

Armando Moock

# TEATRO SELECCIONADO

TOMO I

LA SERPIENTE

3 actos

—

PUEBLECITO

3 actos

CUANDO VENGA EL AMOR

Un acto

---

EDITORIAL CULTURA

Casilla 4130

Santiago de Chile

1937

30387

DISTRIBUIDORES  
EXCLUSIVOS  
PARA CHILE  
LIBRERIA "CULTURA"

Huérfanos 1165 - Casilla 4130.  
Santiago de Chile

*Printed in  
Santiago of Chili*

# “La Serpiente”

COMEDIA EN 3 ACTOS

*“A Camila Quiroga con el  
afecto y admiración del autor”.*

Estrenada con gran éxito por la Compañía Dramática Argentina de CAMILA QUIROGA, el 18 de Junio de 1920, en el Teatro Liceo, de Buenos Aires, y representada por la misma Compañía más de 200 veces en América y en Europa

PERSONAJES DE LA OBRA:

*Luciana*

*Carmen Rosa*

*Mirella*

*Ignacia*

*Pedro*

*Manríquez*

*Walter*

*Roberto*

La acción en Buenos Aires.—Epoca Actual

## ACTO PRIMERO

### HOMBRE Y MUJER QUE LLEGAN A LA VIDA

*Escritorio confortable, lujoso y coquetamente amoblado, es la sala de trabajo de un escritor. Foro y lateral derecha gran ventanal que da al jardín, y terraza. Lateral izquierda, gran chimenea.*

*Al alzarse el telón, diez de la noche. En escena, Luciana, Carmen Rosa y Mirella, esta última da vueltas a la habitación mirando embobada todos los objetos. Luciana acomoda una mesita para servir el café, Carmen Rosa la ayuda. Pausa larga.*

CARMEN R.—Hermosa mantelería tienes, hija mía, estas servilletas tienen un deshilado muy fino y de muy buen gusto: "très chic", como decía Leclerc.

LUCIANA.—A Pedro le agrada así; como buen artista que es, ama el detalle.

CARMEN R.—Hay que felicitarte, Luciana, has tenido una suerte desde todo punto de vista envidiable.

LUCIANA.—No lo sabes tú bien, Pedro es el hombre ideal.

CARMEN R.—¿Lo quieres?

LUCIANA.—Furiosamente, como yo sé querer.

CARMEN R.—Bueno, es una tontería preguntarte si lo quieres: tú, ya se sabe, tienes un corazón tierno; pero y él, ¿él cómo te trata?

LUCIANA.—Tonta! El me quiere mucho; no es un ricacho, no, los escritores nunca serán millonarios, pero gana bastante; ya ves la casa que me ha puesto, me mimó como a una hija, como a una esposa, como a una amante: soy feliz, yo que creí que nunca llegaría a serlo; mira que mi situación

después que me separé de mi marido, no era de las más risueñas.

CARMEN R.—Bien vale, entonces, este techo el desprecio de las gentes?

LUCIANA.—Mira, mi hijita, nosotras las mujeres cuya vida matrimonial se descalabra, lo primero que tenemos que hacer; cuando no somos ricas, es desentendernos de prejuicios y leyes; de hecho estamos fuera de la ley; no somos ni solteras, ni casadas, ni viudas.

CARMEN R.—Debían de pasar al género neutro, entonces. Y de tu marido, has tenido noticias?

LUCIANA.—Me han dicho que está en Córdoba: cuentan que le va muy bien.

CARMEN R.—¿Y él sabe? . . .

LUCIANA.—Seguro que sí, yo no he ocultado esto. y Pedro, por su parte, tampoco se ha preocupado de ello; lo que sí que, tú comprendes, no eran las circunstancias como para mandarle a mí marido, un parte anunciando mi nueva alianza.

CARMEN R.—Celebro tu buen humor.

LUCIANA.—Oh! Tenemos tiempo para llorar nosotras las mujeres!

CARMEN R.—Tienes razón. Las lágrimas que me han resbalado por aquí! . . . Si se embotellaran, te aseguro que con las de etiqueta Almanzor, habría para servir un banquete de treinta cubiertos.

LUCIANA.—¡Eres loca!

CARMEN R.—Si supiera ese imbécil cuánto sufrí por él! Algunos creen que se nos aja la cara de reír, y es de llorar. Ah!, si yo pudiera encontrar un hombre que me quisiera honradamente; bueno, dentro de la honradez con que se nos puede querer.

LUCIANA.—Paciencia, hija, ya vendrá.

CARMEN R.—En tanto, estoy expuesta a todos los males y a todos los vicios, y lo peor es que por más que me retoco la fachada, envejezco.

LUCIANA.—La verdad es que hay hombres raros.

CARMEN R.—Ya lo creo que los hay.

LUCIANA.—Lo que yo creo es que todos sus vicios y refinamientos nos parecen desagradables cuando no los conocemos, cuando no los hemos tratado y charlado con ellos, pero luego, ya en confianza, nos parecen aceptables, naturales, lógicos, y hasta nos agradan.

CARMEN R.—Lucía!

LUCIANA.—(*Toca el timbre y va a la puerta*). Ignacia! Ignacia! (*A Carmen Rosa*). Hazte la decente.

CARMEN R.—Eso viste mucho. Ahí tienes a Mirella. . . parece un angelito de Dios. . . Mirella!

MIRELLA.—Tía?

IGNACIA.—(*Por foro izq*). Llamaba la señora?

LUCIANA.—Está listo el servicio de café?

IGNACIA.—Sí, señora.

LUCIANA.—Tráigalo y avise a los señores.

IGNACIA.—Está bien, señora. . . (*Mutis por foro izquierda*).

CARMEN R.—En qué estabas?

MIRELLA.—Mirando al jardín, tía: se ve tan lindo con la luna.

LUCIANA.—Luego iremos a dar una vuelta, quieres?

MIRELLA.—Oh, sí, señora Luciana.

CARMEN R.—Y te ha gustado el señor Walter?

MIRELLA.—Sí, mucho, es muy simpático, pero ni me ha mirado.

CARMEN R.—Es que eres muy tonta; te quedas como estatua y los hombres no gustan de contemplar obras de arte mientras comen.

MIRELLA.—Traté de agradar, lo he mirado mucho, le he hablado todo el tiempo y apenas me respondió.

CARMEN R.—Es que no eres lo suficientemente insinuante. Yo no sé cuándo vas a aprender. . .!

MIRELLA.—Pero, tía, si no le gusto.

LUCIANA.—No la riñas. Walter, entusiasmado con la charla de Pedro, no ha prestado atención a nada; hacía tanto tiempo que no estaban juntos.

CARMEN R.—Esta muchacha es siempre así, un mozo como Walter que le convendría tanto. Es rico, Luciana?

LUCIANA.—Debe serlo. Pobre Mirella, no hagas caso de tu tía.

CARMEN R.—Por su bien lo hago, que yo. . .

MIRELLA.—Qué culpa tengo si no le gusto. (*Va al ventanal, derecha, parece que llora*).

CARMEN R.—Donde tú la ves, no sé qué tiene que enloquece a los hombres. González estaba peor que un chico por ella, pero era un infeliz, no tenía donde poner su sombra.

LUCIANA.—Y se querían.

CARMEN R.—Eso no se pregunta, siendo pobres, ¡calcula tú...!

LUCIANA.—¿Y entonces?

CARMEN R.—Ah! No. Yo tengo que velar por sus intereses. Un hombre rico, si no se hace querer ni desear, se hace soportable por lo menos. Experiencia, hija, experiencia, yo quiero colocarla bien.

LUCIANA.—Pareces una mamá en lo razonable. (*Yendo a la puerta de la izquierda*). Pedro, cuando gusten pasar.

VOZ PEDRO.—Pasa Walter, Manríquez, Roberto, adelante.

CARMEN R.—Ese viejo Manríquez parece un fresco.

LUCIANA.—Es el mismísimo demonio, pero no es de los que se pescan así no más, y tiene fortuna.

CARMEN R.—Las dos cosas las sé.

VOZ PEDRO.—Pasa Walter, Manríquez, Roberto, adelante.

WALTER.—Es interesante eso que nos dices, Pedro.

MANRIQUEZ.—Curiosísimo. Encantadora Luciana, qué simpático es verse atendido por damas tan gentiles.

CARMEN R.—Galantería que nos llena de orgullo.

MANRIQUEZ.—En un gentil hombre todas sus sinceridades son galanterías. Luciana, he de hacerle una advertencia de amigo: en la mesa se ha quedado sola madame Chartreuse.

LUCIANA.—Ah! Muy bien!

PEDRO.—Este Manríquez...!

LUCIANA.—No, deja, Pedro, yo iré en su busca; yo traeré a esa madame, que hasta de ella tengo celos. (*Al pasar, acaricia a Pedro y mutis lateral izquierda*).

MANRIQUEZ.—Me encantan las mujeres comprensivas.

CARMEN R.—En ausencia del ama de la casa haré los honores. Tomen asiento.

WALTER.—Gracias, señora.

PEDRO.—Eso es; sentémonos.

MANRIQUEZ.—Yo me quedo de pie.

CARMEN R.—Quiere usted crecer?

MANRIQUEZ.—No. Cuando se llega a cierta edad hay que cumplir con ciertos preceptos higiénicos. Mefisto hizo tal, y ya ve usted, con los años que tiene, nunca llegó a ser barrigón.

LUCIANA.—Digan de qué se ríen para reír yo también.

PEDRO.—Has llegado tarde. Creí que nos darías café.

LUCIANA.—No me dejes en vergüenza ni seas impaciente, ya viene. Aquí tiene a madame, Manríquez.

MANRIQUEZ.—Es usted, Luciana, la mujer más dañinamente útil del mundo.

LUCIANA.—Mirella, sirve tú, linda, yo voy a preparar el café, que así le agrada a mi señor. Sobre el mueble está la caja de cigarros. (*Mutis foro izquierda*).

MIRELLA.—Con mucho gusto. (*Sirve el chartreuse*).

CARMEN R.—Nos repartiremos para servirlos. (*Va por los cigarros*).

MANRIQUEZ.—Es Ud. por ventura la Mirella de Mistral?

MIRELLA.—No lo sé, señor Manríquez.

ROBERTO.—Pero merecía serlo.

MANRIQUEZ.—Mira tú, Pedro, cómo tu discípulo despierta a los influjos de unos ojos color de ámbar... digo, ¿qué color tienen sus ojos, Mirella?

MIRELLA.—No me mire así, señor Manríquez... No ve, Ud. me ha hecho derramar el chartreuse.

WALTER.—Pues es delicioso tu "home", Pedro.

PEDRO.—Lo más delicioso que tiene es que en él vivo feliz.

MIRELLA.—Le sirvo a Ud., Roberto?

ROBERTO.—Sí, Mirella, si usted quiere... Gracias, muchas gracias.

CARMEN R.—Un cigarro, Mefisto?

MANRIQUEZ.—Sí. Un cigarro, una copa y unos ojos. luego después la muerte; pero no me la ofrezca usted, porque no la deseo.

WALTER.—Gracias, Mirella. (*A Pedro*). Linda muchacha, me gusta porque no habla; una mujer silenciosa, parece tan inteligente; se creería que está pensando.

MANRIQUEZ.—Pero tú buscas talento en la mujer?

WALTER.—¿Y qué he de buscar?

MANRIQUEZ.—Amor.

CARMEN R.—No. Eso sí que no. No les tolero que porque estamos en minoría hablen mal de nosotras.

WALTER.—Es usted feminista, acaso?

CARMEN R.—Y de las militantes, sí, señor. (*Todos ríen*). Sí, señor, el feminismo es la liberación de la mujer.

MANRIQUEZ.—La liberación del hombre, dirá usted. . . já já. . .

CARMEN R.—No se ría.

MANRIQUEZ.—No me río, participo de sus ideas: la mujer libre.

PEDRO.—Carmen Rosa, Manríquez quiere burlarse de usted.

CARMEN R.—Dí tú algo, Mirella.

MIRELLA.—No puede ser, señor Manríquez; no quiera usted reírse de nosotras.

WALTER.—Es encantadora esta chica.

MIRELLA.—Gracias, señor Walter. ¿No me encuentra Ud. razón?

WALTER.—De encontrársela no, pero la merece.

LUCIANA.—Por aquí Ignacia, sobre esta mesa. Y disculpen Uds. si hubo demora.

WALTER.—Disculpada.

MANRIQUEZ.—Por unanimidad. Estará delicioso.  
(Mutis Ignacia)

CARMEN R.—Se han reído de nosotras porque somos feministas.

LUCIANA.—Déjales, rien porque temen. Cuántos terrones, Walter?

WALTER.—Dos.

MIRELLA.—Le ayudo, Luciana?

PEDRO.—Vamos, Luciana, qué dirán mis amigos!

LUCIANA.—Que te quiero y por eso te acaricio.

PEDRO.—Mira como rien.

LUCIANA.—Envidia!

MANRIQUEZ.—Sí, Carmen Rosa. Uds. creen pillos a los hombres, pero son más de lo que Uds. creen: en los tiempos primitivos los hombres eran pocos en la tierra; compraban, hacían cambalaches, robaban mujeres, las tenían por docenas, no les costaban nada y ellas estaban muy felices; luego los tiempos fueron haciéndose difíciles, y fué preciso éictar una ley prohibiendo la poligamia. Vino el matrimonio unitario; los hombres necesitaban de los hombres para el progreso, una sola mujer para cuidar de él, pero la ciencia y la civilización avanza y nos exigen más ya al hombre de cerebro. Al hombre creador se le hace imposible mantener esa mujer, y entonces hemos inventado el feminismo que quiere decir en francés "fiche moi la paix", "agárrate con tus uñas", en cas-

tellano; cada uno para cada uno. Para el progreso, la ciencia, el arte, eso es feminismo.

LUCIANA.— Sí. Tú, Pedrito, ya sé, con tres, eres desabrido, pobre pichón!

CARMEN R.—Pero, ¿es cierto eso?

WALTER.—¡Y tan cierto! Es cuestión de estómago, de economía.

PEDRO.—Ha pasado con las mujeres lo que con los dioses: después de tener tantos, nos hemos quedado con uno.

MANRIQUEZ.—Los que no, sin ninguno.

CARMEN.—Pero esa es una canallada: no es verdad, Luciana?

LUCIANA.—Indudablemente.

MANRIQUEZ.—Bueno, pero esto lo contamos en confianza.

CARMEN.—Estoy desolada; esa es una infamia. Siempre acomodando la vida a su conveniencia. Yo no soy más feminista. ¡Ah! ¡No! Ni aunque me rueguen. No faltaría otra cosa!

MANRIQUEZ.—Ja, ja, ja...!

CARMEN R.—Usted es el demonio.

MANRIQUEZ.—¿Tentador?

CARMEN R.—(Coqueta). ¡Quién sabe!

WALTER.—Deliciosamente preparado el café, señora.

LUCIANA.—Gracias, Walter.

PEDRO.—No se lo digas que va a enfatuarse.

LUCIANA.—(Tapándole la boca). Cállese, cállese el malo.

PEDRO.—Luciana, Luciana! Te olvidas que no estamos solos.

LUCIANA.—Ellos comprenden y perdonan.

WALTER.—Indudablemente.

CARMEN R.—(A Luciana). Llévame a tu cuarto para ponerme un poco de polvos.

LUCIANA.—Pero sí, mi linda, ven. Con permiso de ustedes; un momento.

TODOS.—Ustedes lo tienen.

CARMEN R.—¿Vienes Mirella?

MIRELLA.—Yo no. Estoy bien.

CARMEN R.—(Bajo). Y no seas tonta. (Mutis Carmen Rosa y Luciana, Mirella y Roberto aprovechan para alejarse del grupo).

WALTER.—Pues, mira tú, Pedro, no creí encontrarte así.

MANRIQUEZ.—Has visto un disparate igual al que comete? Ahora, después de tantas luchas como las que hemos librado, teniendo una situación y dinero, no digo riqueza pero sí un buen pasar, venir a caer en esto; es ridículo!

PEDRO.—Dirás cuanto quieras. Mira, Walter, tú sabes de mi vida, tú sabes que cuando empecé a escribir todos me despreciaron; era un pobre diablo con hambre y con ilusiones, mi familia y todo el mundo me aislaron como a leproso, yo seguí luchando y he triunfado. No veo yo por qué he de volver a ellos. Ahora no me importa nada ni nadie. Me he venido a este chalet a vivir feliz, a seguir realizando mi obra; he encontrado esta mujer que me quiere...

WALTER.—Pero, ¿quién es?

PEDRO.—Es...

MANRIQUEZ.—Yo diré. Es la mujer de otro.

PEDRO.—Que otro abandonó, dirás.

MANRIQUEZ.—Bueno, y por qué la abandonó? Porque dicen que... era demasiado para él y...

PEDRO.—Esas son habladurías. Lo cierto es que esta mujer sin preguntarme nada, me quiso, me ha dado su vida y su cariño...

WALTER.—Pero es una situación anormal.

PEDRO.—Y qué me importa! Anormal también era la situación cuando todos me aislaban porque no era nadie, las mujeres que amé me despreciaron, sería muy necio, ahora, vengo a ellas.

MANRIQUEZ.—Pero esa no es razón para que mates tu vida viviendo públicamente con una mujer que es de otro.

PEDRO.—Es mía; ella es quien cuida de mí y de mi casa. Soy feliz, respiro tranquilidad y paz, es buena. ¿Ven ustedes este cuarto coquetamente adornado? Fueron sus manos las que lo aderezaron así. ¿Ven esas flores sobre mi mesa de trabajo? Fué ella quien amorosamente las dispuso para mí.

WALTER.—¡Ah! ¡Vamos! Ya comprendo: estás enamorado.

PEDRO.—No. Tú sabes que con la dosis de escepticismo y amargura que hemos bebido, es difícil que entre en nos-

otros el amor; la quiero solamente, y esto tiene su ventaja; *si me engaña, si me cansa, la despediré y asunto concluído.*

MANRIQUEZ. — Ja, ja, ja. La despediré! Qué fácil es decirlo y cuánto cuesta hacerlo. La despediré! No, Pedro, estas mujeres entran en nuestra vida y es un desgarrón de nuestra alma el quererlas separar; se afianzan tanto que aniquilan la voluntad.

PEDRO. — ¡La voluntad? Precisamente sobre eso versa mi obra, la primera que voy a elaborar sinceramente, espiritualmente; ya he escrito mucho para la prensa, para el público, ahora voy a escribir para mí, para los escogidos. La voy a titular "La Voluntad"; es una idea curiosa.

MANRIQUEZ. — Eres un porfiado. En fin, allá tú; desde luego te he de decir, pero te lo digo en serio: desde que has tomado a esta mujer, no cumples como antes con los compromisos del diario, y tú comprendes que no debes abusar de que yo sea el director, será un mal para ti. Dime; ¿tienes el artículo del sábado?

PEDRO. — Aun no, pero hoy lo haré, mañana estará en la redacción.

MANRIQUEZ. — ¿Ves? Malo, Pedro, créeme, deja esta mujer, y si necesitas una compañera busca una esposa.

PEDRO. — Más vale que no toquemos el punto.

MANRIQUEZ. — Si tú quieres... Pero no olvides una razón indiscutible que te da tu amigo: "los sentidos unen más que los sentimientos", y esta mujer, con los antecedentes que tiene, se va a enredar en tu vida y te va a arrastrar.

PEDRO. — A propósito de esto voy a contarles el asunto de mi obra "La Voluntad", sé que está llamada a producir sensación. (*Siguen hablando*).

ROBERTO. — Mirella, no lo puedo ocultar por más tiempo, yo siento que la quiero, que la quiero mucho, es todo lo que puedo decir.

MIRELLA. — Roberto, es usted muy bueno pensando en mí, pero no puede ser, no debió usted hablarme nunca de esto.

ROBERTO. — ¿Y por qué?

MIRELLA. — Yo no puedo quererlo. No lo merezco.

ROBERTO. — No lo diga usted.

MIRELLA. — Sí. A usted no sabría mentirle... pero, no hablemos de esto.

ROBERTO. — Sí, sí, hablemos, se lo suplico, Mirella

MIRELLA.—Si usted supiera mi vida! . . .

ROBERTO.—No la sé, pero la adivino.

MIRELLA.—¿Y entonces a qué insistir?

ROBERTO.—Yo sé que usted es buena a pesar de todo.

MIRELLA.—A pesar de todo! . . . Si no se gana nada con ser buena así como soy, cuando se es mala así como soy.

ROBERTO.—¡Mirella!

MIRELLA.—¡Roberto!

PEDRO.—Es muy sencilla la teoría; el hombre es una máquina, una máquina eléctrica, con un polo positivo, el yo bueno, y otro negativo, el yo malo: desde que nacemos vamos creando y acumulando energía; el yo positivo tiende a la bondad y el yo negativo a anularla; el yo positivo lo situaríamos en el corazón y gobernaría los sentimientos, el yo negativo en el cerebro, gobernando nuestros actos. Pues bien; si nosotros ponemos en lucha esas fuerzas por medio del motor generador estómago, desarrollamos otra fuerza resultante de las dos primeras, la voluntad, y vendría a ser algo así como el alma.

MANRIQUEZ.—Qué divertido!

WALTER.—Para teoría no está mal y para novela mejor.

PEDRO. — Resulta que agentes extraños obran sobre nosotros, pues se altera la máquina. Sea por caso una mujer que nos atrae; el yo positivo y el yo negativo luchan, influenciados por la voluntad consciente o inconsciente de esa mujer: crecen por la lucha las energías de los dos polos; como el mal y el bien van en el mismo sentido, pero en distintas direcciones, chocan, estalla la chispa produciendo calor y luz; eso es lo que se llama pasión, por eso dura lo que una chispa. Y como las dos energías se han fundido, pues desaparece la voluntad; por eso los enamorados no la tienen.

WALTER.—Es curioso! Y . . . ?

PEDRO.—Y así sucede con todas las pasiones; el odio, los celos, venganza, etc. Somos máquinas generadoras de impulsos inconscientes, necesitamos ser muy buenos mecánicos para lograr aprovechar esa fuerza: la voluntad.

MANRIQUEZ.—Pedro, eso está muy bien, pero es de un materialismo aplastante. ¿En tu máquina, dónde está Dios?

PEDRO.—¿Dios? Dios es la resultante pura de la voluntad, es la esencia, es lo más perfecto que crea esa máquina; Dios somos nosotros cuando nos sentimos buenos y purificados por la desgracia o el dolor.

WALTER.—De modo que cuando decimos que existe un solo Dios? . . .

PEDRO.—Nos referimos al que creamos dentro de nosotros mismos; y es por eso que el Dios de mucha gente vale tan poco como ellas.

MANRIQUEZ.—Demonios! Has salido más mefistofélico que yo.

PEDRO.—¡Ah! Yo estoy orgulloso de darme cuenta de lo que es la máquina y manejarla a mi antojo.

CARMEN R.—¿Has visto? Fíjate donde se ha ido Mirella. Luego quieres que no me disguste. Allí con ese mequetrefe de Roberto.

LUCIANA.—Déjalos; son muchachos.

CARMEN R.—Señor Walter, Luciana me contó que usted ha viajado mucho.

WALTER.—En efecto, he viajado y por países muy raros.

MIRELLA.—¡Oh! Qué interesante es eso. (*Viene al grupo por temor a la tía*).

PEDRO.—Este sin ser escritor, salió más andariego.

WALTER.—La profesión. Siendo ingeniero ya se sabe. . . Me tocó en suerte entrar en ese sindicato yanqui, y con ellos he ido, sin pensar que iba tan lejos.

MIRELLA.—¡Qué lindo será viajar! (*Tratando de ser amable*).

WALTER.—Pronto los reanudaré; quiere ir conmigo?

CARMEN R.—Contesta, niña! Qué corta es esta muchacha!

MIRELLA.—¡Oh! Yo . . . me gustaría viajar. . . pero. . .

TODOS.—Ja, ja, ja!

MANRIQUEZ.—Pobre chica.

CARMEN R.—Eres una infeliz, no serás nunca nada.

ROBERTO.—No diga usted eso.

LUCIANA.—Walter, ¿por qué no nos cuenta alguna de sus aventuras, algo de lo que haya visto?

CARMEN R.—Sí, sí. Sería muy interesante.

WALTER.— Yo contaría, pero no se me ocurre qué.

MANRIQUEZ.—Cualquier cosa, hombre.

PEDRO.—En los viajes suceden siempre hechos que no se olvidan jamás.

WALTER.—Lo que más me impresionó? Pues escuchén. Fué en Bengala. Estábamos haciendo los trazos para un ferrocarril, y tuvimos que acampar en plena selva virgen.

CARMEN R.—¡Oh! ¡Qué horror!

MANRIQUEZ.—Se prohíben las exclamaciones.

WALTER.—Naturalmente, íbamos bien provistos de armas, pero no por eso dejábamos de sentir un poco de temor. Por las noches rugían los leones.

LUCIANA.—¡Oh! ¡Qué miedo!

MANRIQUEZ.—(*Acercándose a Mirella y rugiéndole al oído*). Bruuh!!

MIRELLA.—¡Ay! ¡Que me ha asustado!

WALTER.—Un día estando recostado en el catre de campaña, oímos ruido entre los cañaverales, cogiendo la carabina salimos con precaución a ponernos en guardia y divisamos una hermosa serpiente que ejecutaba movimientos extraños: empezamos a observar y caímos en cuenta; un robusto tigre veteadado había salido a su encuentro; las dos fieras se aprestan para la lucha, miden el terreno y fuerzas; el tigre agazapado, los ojos fosforescentes de furor, acecha; ella, oscilando la cabeza, arrojando y recogiendo ágilmente su lengua vermiforme, se acerca arrastrando su cuerpo anillado, lenta, muy lentamente; el tigre se percató de su juego, rugió atronando el aire, recatándose sobre sus patas traseras, dió un impulso formidable a su cuerpo para lanzarse sobre ella. La creímos despedazada; ella no se movió, saltó el tigre pero sin el vigor que creímos; lo había fascinado. Y empezó la lucha; ella, ágilmente esquivó el primer zarpazo y se enredó en el cuerpo jaspeado de la bestia que rugía de coraje, trataba de morderla, sus fauces de dientes carniceros, bufaba, y ella silbando levemente, daba una vuelta más en su cuerpo; quiso él desasirse y se vió cogido, y fué un combate horrendo; silbaba ella, rugía él, debatiéndose; y el rugido de sus huesos atenazados por la sierpe, se mezclaba con el ruido de los anillos. La sierpe envuelta por entero en él, sin quitarle la vista, lo fué apretando, matando, hasta que la fiera cabeza del tigre cayó tronchada por la muerte. Ella, entonces, después de sorberle los sesos por los ojos, con la lentitud

propia de su sangre helada, se marchó ondulante, feliz, parecía una mujer.

PEDRO.—Es curioso e interesante.

MANRIQUEZ.—Y muy de actualidad.

MIRELLA.—¡Pobre tigre!

WALTER.—Tiene usted razón, Mirella. Pobre tigre!

CARMEN R.—Es horroroso! ¿Tuvo usted mucho miedo?

WALTER.—Yo no era el tigre, Carmen Rosa.

(*Luciana se pone a fumar la colilla del cigarro que Pedro ha dejado sobre la mesa*).

PEDRO.—Luciana, ¿qué haces? ¿Estás loca? . . .

LUCIANA. — ¿Y por qué? Sólo ustedes pueden fumar? . . . No. Si lo hago de broma, no te enojés. . . Pedrito!

PEDRO.—Ustedes disculpen. Haces unas cosas de chica.

CARMEN R.—Hoy es de moda fumar.

PEDRO.—Yo estoy pasado de moda.

MANRIQUEZ.—Lo peor es que se ha fumado mi cigarro, y yo no sé. . .

LUCIANA.—¡Cómo! ¿Es su cigarro? ¡Qué asco!

PEDRO.—¡Luciana! (*Entra la criada*).

LUCIANA.—Perdón, perdoncito, nunca más, nunca más, no?

PEDRO.—Bueno, pero quédate quieta. Hoy te estás luciendo.

MANRIQUEZ.—Hombre no te pongas molesto, todos hemos pasado por estos trances y. . .

CARMEN R.—Se enoja, pero en el fondo le agrada que así sea.

MANRIQUEZ.—En eso estamos de acuerdo, Carmen Rosa.

CARMEN R.—En fin, hombres, por algo se empieza.

MANRIQUEZ.—Pero no continuemos, eh?

CARMEN R.—¿Tan mal me quiere?

MANRIQUEZ.—Hay algo peor: le tengo miedo.

CARMEN R.—Pues, mire usted, no creo tener una cara como para comerme a nadie.

MANRIQUEZ.—Por eso. (*Sale la criada llevando la vajilla*).

MANRIQUEZ.—Ustedes se pelean demasiado.

PEDRO.—Signo que empiezan a quererse.

MANRIQUEZ.—¿Démosles en el gusto, Carmen Rosa?

CARMEN R.—Es que ahora soy yo quien empieza a tenerle miedo.

WALTER.—Y este muchacho tan callado, Pedro?

PEDRO.—Es mi discípulo; un mozo muy inteligente y emprendedor.

WALTER.—¿Escribe?

PEDRO.—Bastante correctamente, me equivocaría mucho si no triunfa. ¿Dí, Manríquez, estás contento de mi recomendado?

MANRIQUEZ.—¿De quién? ¿De Roberto? Ya le he dicho a él: trabajar y el diario es suyo.

ROBERTO.—Le agradezco, señor Manríquez.

MANRIQUEZ.—Y usted sabe que no sé de elogios; tiene usted verdaderos méritos.

ROBERTO.—Usted es muy bondadoso.

LUCIANA.—El defecto de Roberto es ser muy apocado.

PEDRO.—Déjalo; poco a poco...

MANRIQUEZ.—Tiene un buen maestro.

ROBERTO.—Si algún día soy algo, se lo deberé a él.

PEDRO.—Bueno, van siendo demasiados agradecimientos, vamos a otra cosa.

WALTER.—Vamos a casa, digo yo...

MANRIQUEZ.—Son las once pasadas.

CARMEN R.—¡Santo Dios! Vamos, Mirella...

LUCIANA.—Si es temprano aún.

CARMEN R.—No digas! Acompáñanos. Vamos, Mirella. Con permiso, señores.

MANRIQUEZ.—Las aguardamos. Nos iremos juntos.

CARMEN R.—Son ustedes muy amables. (*Mutis Carmen, Mirella y Luciana*).

MANRIQUEZ.—(*A Walter*). ¿Qué te parece, Pedrito?

WALTER.—Que ha tenido muy buen gusto: bonita mujer.

PEDRO.—Es muy buena.

WALTER.—Ya Manríquez me había hablado de ella. (*Manríquez le dá una mirada que lo fulmina*). Pero esa chica, esa Mirella...

PEDRO.—¿Te ha gustado?

WALTER.—Es simpática, me hace recordar a una muchacha que conocí en unas regatas en el Tigre.

PEDRO.—¡Ah! ¡Ya...!

MANRIQUEZ.—Te quedas mucho tiempo acá?

WALTER.—¿Por qué me lo preguntas? Tal vez sí.

MANRIQUEZ.—Nada. Como Carmen Rosa me ha tomado a mí... bueno, nos acompañaremos.

CARMEN R.—Perdonen si hemos tardado. Pedro, he tenido mucho gusto...

PEDRO.—Buenas noches, tienen su casa, vengan a ver a Luciana.

LUCIANA.—Sí, no te pierdas. No salimos casi.

CARMEN R.—Tendrás que despedirme.

MIRELLA.—Señor...

PEDRO.—Buenas noches, Mirella; y perdone si se ha aburrido.

MIRELLA.—De ningún modo, me he divertido mucho.

CARMEN R.—Y créale, es a nosotros a quien no ha divertido.

WALTER.—No participo de su opinión. Mirella ha estado encantadoramente deliciosa.

MIRELLA.—Gracias, señor Walter.

WALTER.—No tiene de qué dármelas, Mirella.

MIRELLA.—Señor Walter!

WALTER.—(*Mismo tono*). Señorita Mirella! No se enfade. Así me gusta, que ría.

CARMEN R.—Pero, riéte, niña. Qué muchacha, Dios mío! ¡No has salido a tu tía!

MANRIQUEZ.—Menos mal!

CARMEN R.—¡Manríquez!

MANRIQUEZ.—Lo digo porque sería sensible para Walter que me gustasen ustedes dos.

CARMEN R.—Ah! Demonio! Buenas noches.

LUCIANA.—Nosotros los acompañamos.

WALTER.—Bueno, vamos.

ROBERTO.—(*Bajo a Mirella*). ¿La veré Mirella?

MIRELLA.—(*Mismo tono*). Si tía quiere!...

PEDRO.— Ya sabes el camino, Walter; ven cuando quieras; a almorzar, a cenar, cuando gustes...

WALTER.—No lo echaré en saco roto; hemos de conversar.

PEDRO.—Ya lo creo.

MANRIQUEZ.—No olvides el artículo. Los niños adelante, Carmen Rosa, el brazo?

CARMEN R.—Gracias. Mirella, sal. . .

MANRIQUEZ.—Mucha sal. . . (*Mutis Pedro, Mirella, Walter, Manriquez y Carmen Rosa*).

LUCIANA.—Está triste, Roberto. Le gustó la chica?

ROBERTO.—Quizá demasiado.

LUCIANA.—¿En serio?

ROBERTO.— No sé si las mujeres pueden o deben gustar en serio. (*Salen. Queda sola la escena un momento. Fuera se oyen palabras de despedida, risas, luego entra Luciana cogida mimosamente del brazo de Pedro*).

LUCIANA.—Oh! Estaba deseando que se fueran.

PEDRO.—¿Y para qué?

LUCIANA.—Para darte un beso, dos, tres. . . Así.

PEDRO.—Luciana, he de reconvenirte.

LUCIANA.—No quiero.

PEDRO.—Pero he de hacerlo; has estado incorrecta, una señora no hace esas cosas.

LUCIANA.—Porque te quiero.

PEDRO.—No lo vuelvas a hacer.

LUCIANA.—¿Me perdonas?

PEDRO.—Sí.

LUCIANA.—¿Cómo se perdona? Ah! Así, sí. Ahora vamos al jardín, hay una noche preciosa.

PEDRO.—No. Ahora voy a trabajar.

LUCIANA.—Ay! Qué lástima, con la luna que hay! . . .

PEDRO.—Con la luna que hay.

LUCIANA.—¿Qué vas a hacer?

PEDRO.—Voy a escribir mi artículo de mañana.

LUCIANA.—Vamos un ratito, luego te vienes!

PEDRO.—No, no insistas, no iré.

LUCIANA.—Me enojo contigo.

PEDRO.—Harás mal.

LUCIANA.—Voy yo sola.

PEDRO.—Ánda. (*Pedro se sienta a escribir. Pausa larga*).

LUCIANA.—No. No voy.

PEDRO.—¿Sabes? Lo mejor que podrías hacer es irte acostar.

LUCIANA.—No tengo sueño.

PEDRO.—Bueno, entonces me vas a dejar tranquilo.

LUCIANA.—Yo te acompaño aquí. (*Se instala a su lado, a mirarlo escribir*).

PEDRO.—Bueno, pero quieta, eh?

LUCIANA.—Bien quietecita. (*Pausa, Pedro escribe*).

Ay! qué gorda te salió esa "a".

PEDRO.—Pero, Luciana!...

LUCIANA.—No, no, no, si no te miro más, voy a sentarme acá. (*Pedro va a escribir*). Oye, oye, préstame un libro que quiero leer.

PEDRO.—Toma uno.

LUCIANA.—Pero que sea divertido, ¿eh?

PEDRO.—Ahí está la última novela publicada. (*Luciana viene al escritorio a tomar el libro, tiende el brazo por sobre su cabeza*).

LUCIANA.—¿Este?

PEDRO.—Sí, ese. (*Luciana va a sentarse al sofá*). Oye, qué perfume es ese que llevas ahora?

LUCIANA.—¿Te gusta?

PEDRO.—Sí. No es desagradable, pero tiene un olor penetrante.

LUCIANA.—Es una combinación de varios perfumes, que yo he inventado. (*Pedro trata de escribir, pero el perfume lo persigue, huele repetidas veces, ella sonríe diabólica. Por fin se pone a la tarea. Luciana lee, luego salta al final del libro, bosteza ruidosamente, luego deja caer el libro, lo recoge, lo vuelve a dejar caer y vuelve a recogerlo. Recostada en el sofá juega con los pies, se mira el calzado, recoge un poco la falda, contempla el techo, pero sin perder de vista a Pedro*).

PEDRO.—(*Dictándose lo que escribe*). Por lo tanto, el gobierno debe arbitrar medidas que tiendan a normalizar esa situación que por días se va haciendo intolerable y...

LUCIANA.—(*Saltando de su asiento*). ¿Oye, que va a haber huelga?

PEDRO.—(*Exasperado*). No, mujer, no!

LUCIANA.—Pero no te enojas.

PEDRO.—Mira, mejor es que te vayas a acostar.

LUCIANA.—Bueno, bueno. Sí, sí, me voy.

PEDRO.—Buenas noches.

LUCIANA.—¿No te enojas?

PEDRO.—No, mujer, no!

LUCIANA.—¿Vas a ir pronto?

PEDRO.—Sí, mujer, sí!

LUCIANA.—Buenas noches. (*Desde la puerta le envía un último beso, él se queda embelesado mirando por donde se ha ido, luego sólo se oye el rasguear de la pluma y una que otra frase*).

PEDRO.—No es el pueblo, son sus representantes los que deben velar... los fondos públicos desaparecen en despilfarros inicuos... es la desorganización... es el caos... por una parte la política de conveniencias, por otra... (*Cruje la puerta y aparece Luciana en bata de noche*). Pero, Luciana, ya es demasiado!

LUCIANA.—Es que me da miedo, me aburro estando sola. Está tan linda la noche que he venido a buscar la guitarra para acompañarme. (*Pedro opta por volver a escribir, ella cruza la habitación, entra en un cuarto, y sale con una guitarra. Atraviesa haciendo sonar las cuerdas, arrastrando los pies y mirándolo de reojo; él sigue imperturbable. Llega a la puerta, vacila, lo mira y por fin dando una vuelta al botón de la luz eléctrica deja a oscuras la sala. La luna que entra por los ventanales ilumina la mesa de trabajo*).

PEDRO.—¿Qué haces, Luciana?

LUCIANA.—(*Corre a sentarse sobre la mesa*). ¡Qué linda noche!

PEDRO.—Tú estás loca.

LUCIANA.—Yo que era un pierrot enamorado y venía a tu ventana a cantar una serenata. (*Rasguea en la guitarra y entona una canción de amor; de pronto la voz se le apaga, queda cortada por un beso*).

LUCIANA.—Déjame cantar, tonto.

PEDRO.—No quiero. (*Luciana huye, él la persigue, pasan las sombras inundándose, a veces, de luna, suenan las cuerdas de la guitarra, pequeños grititos de ella que se escabulle, risas ahogadas*).

LUCIANA. — Déjate! Vas a romper la guitarra... Déjate... Después dices que soy yo... (*Persiguiéndose, retozándose, se pierden por la puerta lateral, se oyen sus risas distantes y cae el telón*).

## ACTO SEGUNDO

### MUJER QUE NO SE VA

*El mismo decorado del acto anterior. Ha pasado un año, suficientes cambios en la habitación para justificar el lapso transcurrido. Mediodía. Al alzarse el telón, en escena Pedro escribiendo en su mesa de trabajo. Pausa larga.*

PEDRO.—(*Dictando lo que escribe*). “Y la sombra de aquel hombre gigante pasó por el mundo absorbiéndolo entero; era la voluntad que infundía a los débiles la desconfianza y el temor de un Dios”... Eso es. En fin, hoy he escrito algo... Veamos... veintidós carillas... bien... ahora... (*Se pone en pie, se tambalea y lleva su mano al cerebro*). Me duele el cerebro... ¿Qué iba a hacer yo?... (*Se pasea*).

LUCIANA.—(*Golpeando con los nudillos en los cristales del ventanal que da al jardín*). Se puede pasar, caballero?

PEDRO.—(*Con un mohín de desagrado*). Sí, pasa, Luciana.

LUCIANA.—(*Que trae el cabello en desorden y el sombrero de paja a modo de cesta*). Uff! Qué calorazo me he tomado, el sol está que pica como abeja.

PEDRO.—¿De dónde vienes?

LUCIANA.—De la huerta, fui a buscar flores para la salita, y mira lo que traje.

PEDRO.—Cerezas! Ya están maduras?

LUCIANA.—Del todo no; pero, mira, es una lástima, los pájaros se las están comiendo antes que maduren.

PEDRO.—Realmente es una lástima que se coman la fruta sin dejarla madurar.

LUCIANA.—¡Oh! pero son tan lindos los pájaros! Cómo cantan y vuelan de rama en rama!

PEDRO.—Son muy lindos, cantan y vuelan de rama en rama, pero se comen la fruta sin dejarla madurar.

LUCIANA.—Oye, toma, prueba.

PEDRO.—No, gracias, no tengo deseos.

LUCIANA.—Están bien ricas.

PEDRO.—Gracias, no.

LUCIANA.—¿Te sientes mal?

PEDRO.—No me siento bien.

LUCIANA.—Es que eres desobediente, el médico te ha dicho que no debes escribir, que tu cerebro necesita reposo, que es exceso de trabajo.

PEDRO.—Es muy sencillo decir, no trabaje usted. no... qué decía?

LUCIANA.—Pero, Pedro!

PEDRO.— Ah!... sí... bueno... Hoy he escrito. eh?

LUCIANA.—¿Sí? ¡Oh! qué bueno, a ver? Oh! Tanto, tanto. Cuando termines la obra me tendrás que hacer un regalo, ya sabes...

PEDRO.—Sí, sí... Ya va faltando poco.

LUCIANA.—¿Y es bonito lo que has escrito?

PEDRO.—Te interesa? ¿Quieres que te lea algo?

LUCIANA.—Sí, sí, bueno, Pedrito.

PEDRO.— Pero sin interrumpirme. Siéntate. Así. bueno. Atención, eh?

LUCIANA.—Aguarda. Déjame acomodarme bien para no molestarme, ya.

PEDRO.—“Sí, dijo don Alvaro, arrojando la ceniza de su habano, los hombres, amigo Fontana, somos unas máquinas tan bien organizadas, que con una exactitud matemática subordinamos nuestros actos y pensamientos: hay hombres que no cambian jamás de disco”. “No, señor, no es posible; el amo, el dueño, el patrón dispone, la ley dice, la moral enseña, la religión ordena, nuestro jefe manda, está dispuesto... y todo máquina. Ahora voy a lo que usted decía: el yo enemigo residiría en el cerebro y gobernaría la palabra y el pensamiento, el sentido; el yo amigo residiría en el corazón gobernando el pensamiento...”

LUCIANA.—Qué gracioso, no? Sigue.

PEDRO.—“El exceso de trabajo de los dos yo, produce la ruptura, la atrofia, la anulación de la fuerza, de la voluntad; de allí los enajenados, los tontos, los degenerados;

intermitencia en la máquina, falta de elementos funcionales, parálisis parcial y parálisis total, la muerte y . . .”

LUCIANA.—Oye?

PEDRO.—Qué?

LUCIANA.—¿Por qué no escribes versos? A mí me gustan tanto.

PEDRO.—Eh! Vete al demonio!

LUCIANA.—Si encuentro bien bonito lo que leías.

PEDRO.—Bueno. Déjame en paz.

LUCIANA.—Pedro, te has puesto de un carácter . . .

PEDRO.—Bueno, bueno, hazme el favor de no ponerte a llorar.

LUCIANA.—Si es que no sé cómo agradarte.

PEDRO.—Bueno, pero no llores.

LUCIANA.—¡Pedro, Pedrito!

PEDRO.—Sí, bueno, discúlpame, ya sabes que estoy enfermo, no puedo dominar los nervios . . . y . . .

LUCIANA.—Yo comprendo . . .

PEDRO.—¿Está Roberto ahí?

LUCIANA.—Debe estar arriba . . . ¿Quieres que lo llame?

PEDRO.—¿A quién? . . . Ah!, sí . . . dile a Roberto que venga. (*Mutis de Luciana, se ve la sombra que pasa tras la vidriera que da al jardín. Se la oye cantar: "Dónde vas con mantón de manila, dónde vas con vestido chinés . . . etc."*. Pedro tiene un gesto de desagrado y cansancio, se pasea por el cuarto palpándose la cabeza. Va al escritorio, disuelve unas pastillas en un vaso de agua y las ingiere. Luego Roberto y Luciana. Pedro sigue paseando, sin verlos ni oírlos).

ROBERTO.—Pedro, me llamaba?

PEDRO.—Ah! Está usted aquí Roberto? Si yo lo llamaba . . . ¡Ah!, sí . . . (*Hace chasquear los dedos y se rasca la oreja*) . . . me va a hacer usted el favor . . .

ROBERTO.—Usted dirá.

PEDRO.—Ah! Estos capítulos, si tiene tiempo, que los pusiera a máquina.

ROBERTO.—Con mucho gusto, inmediatamente.

PEDRO.—Gracias. Y qué tal, se trabaja?

ROBERTO.—Así, así, regular . . . Entonces me llevo esto . . . con permiso.

PEDRO.—¿Qué cosa? Ah! Sí . . . Luego me leerá eso que ha escrito, eh?

ROBERTO.—Sí, con mucho gusto, si usted quiere oírme. . . (*Mutis Roberto*).

LUCIANA.—Es muy buen muchacho, Roberto.

PEDRO.—Sí, muy buen muchacho. . . ¿Qué iba a hacer yo? . . . Ah! sí. . . me voy a recostar un rato, Luciana.

LUCIANA.—Muy bien hecho.

PEDRO.—Si viene Manríquez me despiertas.

LUCIANA.—Sí, muy bien.

PEDRO.—Pero no olvides.

LUCIANA.—No, no.

PEDRO. — Pero no me sigas, eres como mi sombra: no puedo dar un paso sin que lo des tú.

LUCIANA.—Te iba a acompañar.

PEDRO.—No me acompañes; sé el camino.

LUCIANA.—¡Bueno, hombre, bueno! (*Mutis Pedro*). Está insoportable este Pedro, ya me está cansando. (*Se queda un momento indecisa, como buscando qué hacer, por fin va al escritorio y comienza a garabatear papeles que luego arroja al cesto hecho boñitas*). Realmente yo no he nacido para escribir. (*Toca el timbre*). ¡Ignacia! Ignacia!

IGNACIA.—¿Llamaba la señora?

LUCIANA.—¡Ah! Muy bien, has traído los floreros. Vamos a arreglar las flores.

IGNACIA.—Sí, señora. (*Pausa*).

LUCIANA.—Oye, has sabido en qué terminó el disgusto del vecino con su señora?

IGNACIA.—Creo que el caballero se mandó mudar y no volvió en toda la noche.

LUCIANA.—Eso es bonito; ella es una antipática. Se perfuma con Piel de España, debe ser una ordinaria.

IGNACIA.—Tal vez, señora.

LUCIANA.—Oye, y ese señor de chaquet gris que los visita, ¿quién es?

IGNACIA.—La criada dice que es amigo del señor.

LUCIANA.—¿Será solamente amigo del señor?

IGNACIA.—No sé, señora, nada más me dijo. . .

LUCIANA.—Dame esas rosas.

IGNACIA.—Sí, señora.

LUCIANA.—¿Qué te decía el señor Méndez cuando te detuvo ayer?

IGNACIA.—Fué para recomendarme que si divisaba un gatito negro que se les ha escapado, le avisara.

LUCIANA.—¿Y no te ha dicho nada de mí?

IGNACIA.—Nada. Que encuentra muy guapa a la señora.

LUCIANA.—¿Eso te ha dicho?

IGNACIA.—Bueno, y no tiene nada de extraño, lo dice todo el mundo y con razón.

LUCIANA.—Eres una muchacha muy simpática, yo estoy muy contenta con tu servicio, no quiero que te vayas nunca de mi lado.

IGNACIA.—Yo también estoy muy contenta con la señora.

LUCIANA.—Pon este florero sobre el mueble. (*Cuando Ignacia está lejos*). ¿No es verdad que este corset nuevo me modela muy bien el cuerpo?

IGNACIA.—Muy bien se le ve, señora.

LUCIANA.—Y tú tienes otro aspecto con mi antiguo corset.

IGNACIA.—¡Oh, señora Luciana!

LUCIANA.—Dime, ¿tienes novio?

IGNACIA.—A veces, señora.

LUCIANA.—¿Cómo a veces?

IGNACIA.—Sí, porque suele perderse que no sé de él.

LUCIANA.—Ah! Vamos!

IGNACIA.—¿Han llamado? Sí... con permiso señora. (*Mutis*).

LUCIANA.—¿Quién será? (*Se acomoda los cabellos al espejo*).

IGNACIA.—La señorita Mirella.

LUCIANA.—Ah! Que pase.

MIRELLA.—Lucianita. (*Está transformada en una gran dama lujosamente ataviada*).

LUCIANA.—Mirella, ¿cómo te va, linda? (*Mirella cambia un gesto de inteligencia con Ignacia. Mutis de esta última*).

MIRELLA.—¿Y Pedro?

LUCIANA.—Un poquito mejor. ¡Pero, ingrata, te pierdes, con los deseos que tenía de verte!

MIRELLA.—Oh! No te imaginas lo ocupada que estuve; calcula! ¡Tú que sabes lo que es organizar una casa!

LUCIANA.—¿Y estás contenta?

MIRELLA.—Oh! Mucho. Walter es muy bueno.

LUCIANA.—No sabes cuánto me he alegrado que llegaras a un acuerdo con Walter, es un hombre muy serio.

MIRELLA.—Y me quiere entrañablemente.

LUCIANA.—Y con razón, te lo mereces; estás lindísima, y qué elegante! Tienes muy buen gusto, chiquilla.

MIRELLA.—¡Oh! No. Es tía Carmen Rosa quien ha elegido las "toilettes". Ella sabe. Yo! . . . ¿No ha venido?

Quedamos en juntarnos acá a las tres. Oh! bien es cierto que aun es temprano. Me he adelantado, falta un cuarto.

LUCIANA.—Qué relojito más mono.

MIRELLA.—Me lo regaló Walter. Debe ser desagradable regalar un reloj a una mujer para que ella vea la hora de la cita con otro.

LUCIANA.—¿Por qué lo dices?

MIRELLA.—Se me ocurrió en este momento. Con Walter estamos esperando poner un poco de orden en el nidito para invitarlos.

LUCIANA.—Oh! . . . Estoy ansiosa por conocerlo, debe ser muy simpático.

MIRELLA.—Se ha hecho todo lo posible por hacerlo confortable, por lo demás Walter no es hombre que repare en gastos.

LUCIANA.—Buena cualidad. Pero qué bien te veo, no me canso de mirarte. Pero, sí, te falta un poquito de "cra-yón" en los ojos.

MIRELLA.—Sí, ¿tú crees? . . .

LUCIANA.—Evidente. una sombra aclara; yo te voy a poner.

ROBERTO.—Con permiso.

LUCIANA.—Pase, Roberto. Mire quién está aquí.

ROBERTO.—Oh! Mirella!

MIRELLA.—Roberto, cómo está usted?

ROBERTO.—Bien, gracias; Mirella y usted? He venido a dejar estas copias para Pedro.

LUCIANA.—Sobre el escritorio si hace el favor. Mire que se ve linda! Con permiso, voy por eso, Mirella. Hágale compañía unos minutos, Roberto, si no le es molestia. (*Mutis*).

ROBERTO.—De ningún modo.

MIRELLA.—Te avisó Ignacia?

ROBERTO.—Sí, Mirella, sí. . . Mirella: tú me haces el hombre más desgraciado.

MIRELLA.—Calla, no seas mal agradecido.

ROBERTO.—Oh! Mirella, yo no sé, yo voy a perder la razón; ayer y anteayer te he esperado.

MIRELLA.—Me fué imposible salir. Walter no se movió de casa.

ROBERTO.—¡Walter! ¡Walter! ¿Tú crees que voy a poder vivir así? Los celos me muerden. Ese hombre! Mirella, tú parecías tan buena, igual, igual a las demás.

MIRELLA.—Buena soy, y tanto, que por seguir siendo fiel a mis sentimientos estoy traicionando a ese hombre que no tiene culpa alguna que no lo quiera.

ROBERTO.—Déjalo entonces.

MIRELLA.—No puedo, si no fuera tan inútil como soy, si me pudiera bastar a mí misma.

ROBERTO.—¡No puedes! Si quisieras...

MIRELLA.—Nunca ustedes están dispuestos a reconocer los sacrificios que por ustedes hacemos. ¿Tú crees que no comprendo que es indigno lo que hago?

ROBERTO.—Más indigno soy yo que aun sigo queriéndote. ¡Ah! ¡De qué lodo nos han hecho! Me avergüenzo de mí mismo y de mi pasión.

MIRELLA.—No seas cruel, Roberto, no lo digas.

ROBERTO.—Es verdad.

MIRELLA.—Por eso mismo. Si no fuera por la miseria.

ROBERTO.—¡Ah! Sí. La miseria y el amor nos hacen ser más ruines, más bajos e innobles de lo que somos, de lo que desearíamos ser. ¡Es horrible! Eres mi perdición, Mirella!

MIRELLA.—¡Pobre mi Roberto! Mira, yo quisiera no quererte, comprendo tu tortura, pero...

ROBERTO.—Ya no vivo, he abandonado el trabajo, al paso que voy me despedirán y todo por ti.

MIRELLA.—¡Oh! No, no me mires más, no pienses más en mí, yo quiero que trabajes! ¡Si yo te pudiera ayudar!

ROBERTO.—Es que no puedo alejarte, es que te enseñoreas en mi cerebro; las letras que escribo bailan en el papel, y se borran y apareces tú, mi Mirella... Mirella.

MIRELLA.—¡Roberto! Me das mucha pena, te aseguro. Cuidado.

IGNACIA.—La señora Carmen Rosa.

ROBERTO.—¿Nos veremos mañana?

MIRELLA.—Sí.

CARMEN ROSA.—Caramba, qué puntual has sido; creí ser yo quien te aguardaría.

MIRELLA.—Buenas tardes, tía. (*Mutis Ignacia*).

ROBERTO.—¿Cómo está usted, Carmen Rosa?

CARMEN ROSA.—Bien, gracias. ¿Y qué dicen esas letras?

ROBERTO.—Así... así...

CARMEN ROSA.—Leí unos cuentos suyos, me hicieron llorar; yo soy muy sensible, esos amores desgraciados, escritos, me emocionan mucho.

LUCIANA.—Aquí tienes, Mirella. ¡Carmen Rosa!

CARMEN ROSA.—¿Qué novedades tienes para comentar?

ROBERTO.—Yo, con el permiso de ustedes, me retiro. Buenas tardes.

MIRELLA.—Buenas tardes, Roberto.

CARMEN ROSA.—¿Qué le parece? ¿cómo encuentra a Mirella?

ROBERTO.—Muy bien, felicitándola estaba, ha sido una suerte.

CARMEN ROSA.—¿Verdad que sí? Obra mía.

ROBERTO.—Entonces felicitaciones a las dos. Buenas tardes, Carmen Rosa. (*Mutis Roberto*).

CARMEN ROSA.—Lástima que este muchacho sea un infeliz.

MIRELLA.—¡Pero, tía!

LUCIANA.—Ven aquí, Mirella.

CARMEN ROSA.—¿Qué vas a hacer? ¡Ah! Muy bien, estaba por indicártelo.

LUCIANA.—Mírate. Quedas muy bien.

MIRELLA.—¡Qué ojos, Dios mío!

LUCIANA.—Has tenido la exclamación exacta; eso van a decir los hombres: ¡Qué ojos, Dios mío!

CARMEN ROSA.—Déjate así, no te toques. En fin, niña, me alegro que esta muchacha vaya botando la pelusa, Bueno, ¿vamos?

LUCIANA.—¿Tan pronto?

CARMEN ROSA.—¿Cómo tan pronto? ¿Tú también vienes con nosotras?

LUCIANA.—Yo no, niña, no puedo salir, está durmiendo Pedro y no le he dicho nada.

MIRELLA.—¿Y qué más da? ¡Le dirás cuando vuelvas!

CARMEN ROSA.—¿Eres esclava acaso? No hay que dejarse tiranizar.

LUCIANA.—A él no le agrada.

CARMEN ROSA.—Que se pele, no faltaría más. (*Toca el timbre*).

LUCIANA.—¿Y dónde van?

CARMEN ROSA.—Vamos de compras. Te hará bien mariposear un rato. ¿Trajiste plata?

MIRELLA.—Sí, tía.

CARMEN ROSA.—¿Pero suficiente?

MIRELLA.—Creo que sí.

IGNACIA.—¿Llamaba la señora?

LUCIANA.—Traiga lo necesario para salir.

IGNACIA.—Está bien, señora. (*Mutis Ignacia*).

CARMEN ROSA.—Bueno, entonces me prestarás unos pesos.

MIRELLA.—Pero, sí, tía, cuantos guste.

CARMEN ROSA.—Así me parece, porque bastante me he sacrificado. ¡Ay! hija, cómo me gusta tirar el dinero y hacer crujir las sedas; yo nací para gran señora.

IGNACIA.—Aquí tiene la señora. ¿Le ayudo?

LUCIANA.—Sí, Ignacia.

CARMEN ROSA.—¿Manríquez no ha venido?

LUCIANA.—Aun no, pero no tardará.

CARMEN ROSA.—Ese me anda escabullendo el bulto, lo he llamado por teléfono y por carta y se hace el sordo.

LUCIANA.—¿Ha sucedido algo?

CARMEN ROSA.—Es para pedirle dinero; tiene buen olfato, no sabe quien soy yo; el día menos pensado me dejó caer en la redacción y armo un escándalo. Sí. Sí. Basta que me dé uno de esos ataques que yo me sé.

MIRELLA.—¡Tía!

CARMEN ROSA.—No hay tía que valga. Menos mal que si no paga Manríquez, pagará Walter y si no es Walter.

LUCIANA.—Dices unas cosas, Carmen Rosa.

CARMEN ROSA.—Sí, hijita, ya no soy feminista; no, no. Manríquez me dió la receta; que pague las consecuencias.

LUCIANA.—Cuando ustedes gusten.

MIRELLA.—¿Vamos?

CARMEN ROSA.—¿Supongo que nos llevarás en coche?

MIRELLA.—Si usted quiere...

CARMEN ROSA.—¿Cómo si yo quiero? ¡Pareces tonta!

LUCIANA.—Si viene el señor Manríquez, Ignacia, avise al señor.

IGNACIA.—Está bien, señora.

LUCIANA.—No lo olvide usted.

IGNACIA.—No, señora. (*Mutis Luciana, Mirella y Carmen Rosa. Ignacia abre las ventanas y ordena el cuarto. Pausa*).

ROBERTO.—¿Se han marchado las señoras?

IGNACIA.—Sí, don Roberto.

ROBERTO.—¿Luciana también?

IGNACIA.—También. ¿Quería usted hablarlas?

ROBERTO.—Sí, pero no tiene importancia. ¿No vino hoy el médico?

IGNACIA.—No ha venido, señor.

ROBERTO.—¿Pedro, duerme?

IGNACIA.—Sí, señor.

ROBERTO.—Me avisa cuando venga.

IGNACIA.—Sí, señor.

ROBERTO.—Diga, Ignacia. ¿Mirella... no dijo nada?

IGNACIA.—¡Ah! Ya salió aquello. No, señor. Nada dijo. ¿Le gusta mucho la señorita Mirella? Parece muy buena.

ROBERTO.—Sí, es muy buena.

IGNACIA.—La señora Carmen Rosa, es quien la echa a perder.

ROBERTO.—Sí, ella es.

IGNACIA.—Y muy caritativa, siempre me da algo, mientras que las otras...

ROBERTO.—Han llamado.

IGNACIA.—Voy. (*Silencio*).

MANRIQUEZ.—Buenas tardes, Roberto. ¿Y Pedro?

ROBERTO.—Está reposando.

IGNACIA.—Voy a avisarle, dió orden... (*Mutis*).

MANRIQUEZ.—Y celebro, amigo Roberto, encontrarme con usted, deseaba hablarle.

ROBERTO.—Usted dirá, señor Manríquez.

MANRIQUEZ.—Y realmente me es muy molesto tener que adoptar este tono de seriedad para con usted, pero lo hago por su bien: el jefe de crónica se me queja porque dice, que de un tiempo a esta parte, no cumple como es debido en su puesto; no llega usted a las horas, y se marcha antes de tiempo, sus escritos están llenos de errores que sus compañeros tienen que corregir, y eso no es propio, Roberto, no quisiera yo equivocarme, pero usted...

ROBERTO.—Es verdad, señor Manríquez, con vergüenza lo confieso, ha pasado por mi vida una racha de infortunio. he tenido disgustos, preocupaciones y sin querer he desatendido la obligación, pero yo le aseguro que aquello ha pasado, que pasará...

MANRIQUEZ.—Es de esperarlo. En atención a que usted fué un buen empleado, le he dicho al señor Morales de aguardar a que usted vuelva sobre sus pasos; usted es un mozo que tiene talento y sería de lamentar...

ROBERTO.—Ha sido la racha, señor Manríquez, pero ya pasó...

MANRIQUEZ.—Cuestión de faldas, de seguro. Cuidado, Roberto, mire que si en los hombres ya formados esto trae trastornos, en los mozos que aun no han encauzado su vida, puede traer el fracaso... Mañana, cuando llegue al diario, vaya a mi oficina, allí charlaremos más largamente.

ROBERTO.—Está bien, señor Manríquez.

MANRIQUEZ.—Y no se disguste por esto que le he dicho.

ROBERTO.—De ningún modo.

MANRIQUEZ.—No se hable más de esto. Dígame, pasando a otra cosa, ¿no vino por aquí Carmen Rosa?

ROBERTO.— Cuando usted llegó, hacía poco que marchara.

MANRIQUEZ.—¡Demonios! Nunca se es lo bastante suspicaz.

PEDRO.—Perdona, Manríquez, si te hice esperar.

MANRIQUEZ.—Nada hombre, sabía que descansabas.

PEDRO.—No, si ya no descanso.

MANRIQUEZ.—¿Te sientes mal?

ROBERTO.—Sobre la mesa he dejado las copias, Pedro.

PEDRO.—Gracias, Roberto. (*Mutis Roberto*). Hombre, hoy he escrito bastante.

MANRIQUEZ.—Me alegro.

PEDRO.—“La voluntad” ya va adquiriendo volumen; me ha costado un gran trabajo, pero en fin, en un par de días... sí en un par de días estará todo terminado... ¡Ah! Sí.

MANRIQUEZ.—¿Qué tienes?

PEDRO.—Cansancio. Estoy perdiendo la memoria de un modo lamentable.

MANRIQUEZ.—No hay que dejarse así.

PEDRO.—No, si he visto médico... pero... Mira, estoy hablando y me olvido de lo que digo, de lo que hago, me cuesta escribir, las ideas me danzan en el cerebro y terminan por marcharse, siento el vacío. Cuando fuerzo mi voluntad las letras empiezan a titilar, y veo infinitos puntitos rojos. Es una debilidad cerebral muy grande.

MANRIQUEZ.—Tú nunca has querido creer, Pedro, que esa mujer te perjudica.

PEDRO.—Sí, es verdad, tienes razón.

MANRIQUEZ.—¿Y entonces qué esperas?

PEDRO.—Hombre...

MANRIQUEZ.—¿Sabes lo que debes agregar en tu libro? La voluntad de los hombres depende de la voluntad de la mujer.

PEDRO.—¡Oh! Eso no! ¡Ah! Dime, no he visto publicado mi último artículo... ¿hay exceso de material, tal vez?

MANRIQUEZ.—No. Ha sido que...

PEDRO.—Dí, ¿qué ha sido?

MANRIQUEZ.—Tal vez tú... no corregiste... no lo meditaste bastante... lo cierto es que...

PEDRO.—Lo rechazan?

MANRIQUEZ.—Hombre, tanto como eso...

PEDRO.—¿Y entonces?... ¡Ah! ¡Ya te comprendo!

MANRIQUEZ.—Vamos, no te pongas así... por eso yo te decía tú necesitas reposo; tú mismo dices que la máquina sufre perturbaciones, por eso te aconsejaba...

PEDRO.—¡Oh! ¡Es horrible! A los quince años de labor me rechazan un artículo por... malo!

MANRIQUEZ.—Luciana se ha apoderado de tu vida, estás enamorado de ella, tú que decías que te molestaba...

PEDRO.—La dejaré.

MANRIQUEZ.—¿Y qué aguardas?

PEDRO.—¡Ah! Sí. A ti, a ti te lo puedo confesar, Manríquez, es algo extraño; cuando está lejos la odio, la desprecio, me molesta, tanto, que juro alejarme de ella, pero se acerca, viene a mí, y no sé... su mirada, sus besos quemantes, sus brazos que aprietan, su voz que murmura, que solloza, cálida, cristalina...; su andar, su gesto, no sé qué tiene que me subyuga, me domina. ¡Oh, Manríquez! ¡Qué atracción perturbadora y sacrílega tiene esa mujer! ¡Qué vil me reconozco dentro de todo esto, ya no soy un hombre, ya no soy yo! ¡La odio! ¡La odio!

MANRIQUEZ.—¡Ah! "Los sentidos atraen más que los sentimientos."

PEDRO.—¡Ah! ¡No! Pero, ¿y la voluntad?

MANRIQUEZ.—Demuéstrala, sepárate de esa mujer. ¡Ah! Pero no serás capaz!

PEDRO.—¿Que no soy capaz? No me provoques. (*Ío-ca el timbre*).

MANRIQUEZ.—¿Qué vas a hacer?

PEDRO.—Ya verás.

IGNACIA.—¿Llamó el señor?

PEDRO.—Diga a la señora que venga.

IGNACIA.—Ha salido, señor.

PEDRO.—¿Cómo? Ha salido, ¿y a qué momento?

MANRIQUEZ.—A cualquier momento, hombre, para el caso es lo mismo.

PEDRO.—Bueno, déjelo, Ignacia. (*Mutis Ignacia*). Pero es extraño, ella no tiene costumbre de salir sin avisarme.

MANRIQUEZ.—Pues hoy lo ha hecho, y lo peor es quizá dónde ha ido.

PEDRO.—No trates de despertarme celos; Luciana tendrá muchos defectos pero...

MANRIQUEZ.—Bueno, hombre, no la defiendas tanto.

PEDRO.—No la definiendo, la justifico, me justifico yo; no por nada vivimos juntos hace dos años. ¡Ah! ¡Pero ya

MANRIQUEZ.—Bueno, hombre, pero no te enojés.

PEDRO.—¡Ah! Es que me he puesto de un carácter insufrible, ni yo mismo me soporto.

MANRIQUEZ.—¿Qué te parece si fuéramos a dar una vuelta? Afuera tengo mi auto.

PEDRO.—Es una buena idea, vamos, así me distraeré y puede que se me quite este malestar.

MANRIQUEZ.— (*Poniéndose el sombrero*). Vamos andando.

IGNACIA.—La señora Luciana y la señora Carmen Rosa.

MANRIQUEZ.—¡Bombas!

CARMEN ROSA.—Hola, Manríquez, por fin lo encuentro.

MANRIQUEZ.—¿Cómo está usted?

LUCIANA.—Buenas tardes, Manríquez. ¿Cómo te sientes, Pedrito?

PEDRO.—Bien.

LUCIANA.—¿Sabes lo que te he traído?

PEDRO.—No, ni me interesa.

CARMEN ROSA.—Dispense, Pedro, que no lo saludara antes; ha sido tan grande el gustazo que he tenido al encontrar a Manríquez.

MANRIQUEZ.—Se estima en lo que vale. . . Nos otros . . . es decir, yo, me iba . . .

CARMEN ROSA.—Qué coincidencia, yo también; he pasado a dejar a Luciana y me voy.

MANRIQUEZ.—Es que yo estoy apurado.

CARMEN ROSA.—Afortunadamente tenemos auto a la puerta.

MANRIQUEZ.—Yo me voy a pie.

CARMEN ROSA.—¿Y el auto?

MANRIQUEZ.—¡Estalló! . . . va a estallar!

CARMEN ROSA.—¡Ay! Con lo que a mí me gustan las "pannes"; el auto que se detiene y la gente que nos rodea a curiosear, y nosotros . . .

MANRIQUEZ.—En "panne" ;no es eso?

CARMEN ROSA.—¿Qué buen humor tiene este Manríquez!

MANRIQUEZ.—Buenas tardes, Pedro; hasta pronto, Luciana.

PEDRO.—Y telefona cualquier novedad.

MANRIQUEZ.—Descuida.

LUCIANA.—Buenas tardes.

CARMEN ROSA.—Adiós, Luciana. ¿No te decía yo que hoy era mi día? Hasta pronto, Pedro.

LUCIANA.—No olvides que mañana tomas el té conmigo.

CARMEN ROSA.— Pierde cuidado. ¿Vamos Manríquez? ¿Verdad que usted no pensaba irse tan bien acompañado?

MANRIQUEZ.—No, encantadora Carmen Rosa.

CARMEN ROSA.—¡Qué hombre más galante! Así se explica que las mujeres lo adoren y lo persigan. (*Mutis Carmen Rosa y Manríquez. Pausa*).

LUCIANA.—¿Qué tienes? ¿Qué te sucede?

PEDRO.—Nada

LUCIANA.—¿Y por qué estás así? ¿Te disgustó que saliera sin advertírtelo?

PEDRO.—No. Muy dueña eres de hacerlo; siempre lo has hecho.

LUCIANA.—Pero tú comprendes que no iba a ir a despertarte para decírtelo. Carmen Rosa y Mirella me aguardaban.

PEDRO.—No veo yo el porqué del empeño tuyo al quererme dar explicaciones que no te pido.

LUCIANA.—Pero yo me complazco en dártelas.

PEDRO.—¡Si es de tu gusto! . . . (*Pausa*).

LUCIANA.—Te vas a ver muy bien con la corbatita que te he traído. Deja probarla.

PEDRO.—No. Son ya demasiados mimos y empalagos.

LUCIANA.—¿Cómo? ¿Ya no hay manera de serte agradable?

PEDRO.—Tú lo has dicho.

LUCIANA.—Te pones cada día peor, estás de un carácter insufrible, insoportable.

PEDRO.—Lo que me admira es que tú me soportes.

LUCIANA.—¿Qué quieres decir con eso?

PEDRO.—Me parece que hablo bastante claro; por lo demás, no creo haber empleado ninguna figura metafórica que no alcances a comprender.

LUCIANA.—No necesitas cometer la grosería de decirme que no tengo talento, bien lo sé.

PEDRO. Para una mujer no es una ofensa; hay muchas que se complacen, que se empeñan en no tener talento. Les es tan agradable decir tonterías...

LUCIANA.—Si ustedes no celebraran esas tonterías...

PEDRO.—Si no las toleráramos, dirás.

LUCIANA.—Vieras la cara que pones cuando estás disgustado, te reirías y vendrías a darme un beso.

PEDRO.—Ni me voy a reír, ni te voy a dar un beso.

LUCIANA.—Entonces, resueltamente, ¿te molesto?

PEDRO.—No contradigo a las mujeres.

LUCIANA.—Perfectamente. No dirás más tarde que fui yo la culpable; he hecho todo lo posible por serte amable. Buenas noches. (*Inicia el mutis*).

PEDRO.—Luciana, te agradeceré que te quedes unos momentos. He de hablarte.

LUCIANA.—Está bien: tú dirás. ¿Pero por qué esa cara? Me das miedo... Oye, ¿te sientes mal?

PEDRO.—No te acerques, hazme el favor de sentarte. Escúchame: de un tiempo a esta parte siento mi salud quebrantada y...

LUCIANA.—Es que no haces caso, no te cuidas, eres porfiado.

PEDRO.—Bueno... decía... ¡Ah! Sí... Luego que mis rentas han disminuído y naturalmente...

LUCIANA.—¡Ah! ¡Vamos! Ya sé con qué me vas a salir. Que hay que reducir los gastos? Pero sabes muy bien que yo no te pido nada, que me conformo con todo; el bienestar que me has dado lo acepté porque así lo quisiste, si no puede seguir, para mí es lo mismo. ¡Pobre mi viejo! ¿Y por eso te pones así?

PEDRO.—Siéntate, prometiste escucharme; no se trata de eso... Cuando... bueno, cuando resolvimos vivir juntos, si fué con el propósito de no separarnos, en previsión, dijimos que si alguno de nosotros veía la conveniencia, la necesidad de hacerlo, nos separaríamos como dos buenos amigos, tratando de guardar el más grato recuerdo de nuestra vida común.

LUCIANA.—Pedro...

PEDRO.—Creo, Luciana, que ha llegado el momento de separarnos.

LUCIANA.—¿Cómo?

PEDRO.—Supongo que no quebrantaremos nuestro acuerdo.

LUCIANA.—¿De modo que me despides, que te echas?

PEDRO.—No, Luciana, nos separamos que es diferente.

LUCIANA.—Pero, Pedro, ¿qué te he hecho yo? ¿Se ha desagradado algo? Dilo.

PEDRO.—No. Nada, absolutamente, Luciana, te agradezco mucho los sacrificios que has hecho por mí, el cariño que me has tenido. . .

LUCIANA.—Que te tengo, Pedro. ¡Oh! Pero no es posible. No.

PEDRO. Yo hice cuanto pude por hacerte la estancia lo más llevadera. . .

LUCIANA.—No puedo creer que estés hablando en serio.

PEDRO.—Pues va a ser preciso que creas.

LUCIANA. Entonces, entonces. . . tú. . . ¿ya no me quieres?

PEDRO.—Ya no te quiero, ya ves si soy franco; no debo ni puedo ya quererte, necesito estar solo, ir lejos. *(Durante todo el diálogo Pedro se empeña en no mirarla ni acercarse a ella, teme que lo fascine).*

LUCIANA.—¡Ah! Ya comprendo; habrás encontrado otra mujer que te agrade más, te irás a casar. . .

PEDRO.—Te ruego que no echés a vuelo tu fantasía; no he encontrado ni busco otra mujer.

LUCIANA.—Pero, Pedro, ¿has pensado bien lo que dices?

PEDRO.—Lo he reflexionado mucho. Yo te proporcionaré todo lo que necesites, te ayudaré en todo lo que pueda. . .

LUCIANA.—No, no sigas hablando. No creí nunca que llegaría un momento en que me despedirías como se le despide a un criado: "ya no te necesito más, vete".

PEDRO.—Te ruego que no tomes así. . .

LUCIANA.—Pero si es eso; soy para ti una cosa inútil. ¡Oh! ¡Qué ingratos son los hombres! Yo que te he entregado mi vida entera, yo que despojándome de toda serie de prejuicios vine a arrinconarme a tu lado renunciando a todo, todo, ¿me entiendes? Yo ya no tengo familia, ni mis-

tades, nada; pero estaba feliz porque te tenía a ti, y cuando murmuraban por nuestra unión ilícita, mi dignidad no se ofendía porque sabía que tú valías más que todas esas murmuraciones. Después de dos años de unión no te exijo amor, pero por lo menos cariño, y yo sé que tú me lo tienes. Pedro; tú no me puedes abandonar; dime que no.

PEDRO.—Luciana, no prolonguemos esta situación por demás triste y molesta.

LUCIANA.—¡De nada vale el pasado! No queda en ti ni un buen recuerdo, nada que te una a mí. ¡Fuí demasiado confiada! ¡Oh! Si hubiésemos tenido un hijo sería ya diferente! . . . Sí. Me iré, ¿dónde? ¡Quién lo sabe! A cualquier parte, será lo mismo. Yo sí que no me puedo ir tranquila; sí no tengo cerebro, tengo corazón, Pedro. Tú me enseñaste a quererte tanto, tanto que no sé . . . ¡Pedro! Mira, mírame cómo te suplico.

PEDRO.—Es inútil, no insistas. No veo yo por qué te sorprende tanto que te pida que nos separemos. ¿No lo habíamos acordado? No nos unimos en esa confianza? Nuestra unión no tenía otra razón de ser que el amor y ya no lo siento, ¿qué voy a hacer? Se nos haría intolerable la vida.

LUCIANA.—Tu frialdad, tu cinismo para rechazar-me, me indignan.

PEDRO.—Sin embargo es bien razonable lo que te digo.

LUCIANA.—¡Oh! ¡No! ¿Y este es el hombre a quien entregué mi vida? Yo que te había elevado por sobre todo el mundo, ciega y plena de confianza; hechos una sola masa, mi alma y mi cuerpo los tendí sobre tu mesa y sobre tu lecho para que tú, el hombre superior a quien adoraba, el hombre único a quien quise y di en holocausto todas las felicidades, los goces y dichas que pudieran existir en mí para que me elevaras a la altura de tus sentimientos y nobleza, y tú con un gesto brutal de bestia que sació sus apetitos, me rechazas. A mí, a mí que todas las dichas y satisfacciones que pude adivinar o presentir fuí a ofrecértelas.

PEDRO.—Luciana, vamos por un camino penoso de recorrer; ni mi estado de ánimo, ni mi salud, me permiten continuar.

LUCIANA.¡Oh! ¡Cómo pude ser tan ciega! No merecías mi amor.

PEDRO.— ¡Tu amor! ¡Lo conozco! Bueno, en fin.

¿qué ventaja crees sacar de esta escena? ¿Qué necesitas, qué pides para dejarme libre de tu amor?

LUCIANA.—¡Oh! ¡Miserable! ¿Que qué pido? ¡Eres abominable! ¿Eso es lo único que te dicen tus sentimientos? ¿Crees estar tratando con una mujerzuela? Yo debía escupirte a la cara.

PEDRO.—¿Y qué te detiene?

LUCIANA.—¿Que qué me detiene? La piedad, la repugnancia que me inspiras.

PEDRO.—¡Cállate!

LUCIANA.—¡Callarme! No. Ahora tienes que oírme: tú, hombre grande, hombre sabio, hombre Dios, eres indigno con toda la indignidad de los conscientes, has envilecido mi vida con tus vicios, el amor que te daba creías que lo merecías, que me lo pagabas.

PEDRO.—¡Calla! Te desprecio, te abomino, te odio, hace mucho tiempo que estaba por decírtelo, óyelo bien ahora: el amor salvaje que me dabas, que extraías de no sé qué filtro infernal, ha estado envenenando y agotando mi vida. ¡Ah! Ahora comprendo por qué te dejó "el otro", presintió en ti la serpiente, anulabas sus energías como quisieras anularme a mí. ¡Ah! ¡No! Cuánto tiempo deseaba gritártelo y la piedad me detenía; me envolvías en tus artes maléficas, sentía que al lanzar mis labios contra tus labios, enlazado entre tus brazos, apretado contra tus carnes insaciables, se diluía mi vida buena y sana; adorándote, te maldecía, amándote, te odiaba como te odio.

LUCIANA.—Merecías que te hubiese estrangulado cuando venías en busca de mis caricias. ¡Cómo te desprecio! ¿Sabes lo que lamento? No haberte engañado, no haberte hecho traición, eso sólo merecías de mí.

PEDRO.—¡Vete, vete de esta casa!

LUCIANA.—No me voy.

PEDRO.—¡Calla! ¡Fuera he dicho! ¡Miserable! ¡Mala mujer! ¡Fuera! *(Hace un paso en ademán de pegar. Luciana se ha quedado clavada en su sitio de sorpresa al ver la actitud enérgica de Pedro a quien no creía capaz de alzarle la voz)* ¡Fuera, he dicho! ¡Pronto! *(Luciana retrocede hasta hacer mutis. Pausa. Pedro queda jadeando de cansancio y nervioso. Luego con una expresión de supremo regocijo, como hombre que se ve libre de un peso)*. ¡Se va! ¡Por fin! ¡Se va! ¡Yo! ¡Yo la he echado! ¡Yo! *(Abre las ventanas para respirar me-*

¡Oh! enciende un cigarrillo y se sienta a saborear su triunfo. Pausa larga. Aparece Luciana de sombrero).

LUCIANA.—No he querido aguardar, encerrada en mi cuarto, el tiempo necesario para encontrar un sitio donde ir a arrojar mi cuerpo y mi pena, y he resuelto marchar hoy mismo. . . ¡Oh! No te intranquilices, óyeme por última vez, Pedro. He dicho a Ignacia que haga unos paquetes de mis ropas, confiando en tu bondad que no encontraría oposición. y que enviaré por ellos. . . Supongo que no he hecho mal. . .

PEDRO.—De ningún modo, puedes llevar cuanto quieras.

LUCIANA.—Gracias, Pedro. Ahora, sólo me resta pedirte perdón.

PEDRO.—No. No, de nada tienes que pedírmelo.

LUCIANA.—Sí. Sé que te he causado un disgusto muy grande, pero me dijiste cosas tan horribles, que me hirieron tanto, que he dicho algo que ni a pensarlo me habría atrevido, pero, te suplico que me creas, estoy bien arrepentida. ¡Pedro! No me guardes rencor, mira que sería bien desgraciada sabiendo que tú. . . tú, el único hombre que he querido, lo único de mi vida me. . . (Llora).

PEDRO.—Vamos, Luciana, repórtate. Yo también fui violento te prometo que no me acordaré más de esto.

LUCIANA.—Qué bueno eres, Pedro. Gracias. (Sollozo histéricamente).

PEDRO.—Serénate.

LUCIANA.—Disculpa que llore, tengo tanta necesidad de ello, no quisiera hacerlo en la calle. . . Me siento tan desgraciada, tengo tal opresión al corazón que esto me hace bien. (Llora en silencio).

PEDRO.—¿Quieres beber un poco de agua?

LUCIANA.—Sí. Si me haces el favor. . . Gracias, muchas gracias, Pedro. . . (Pausa). ¡Ah! Le he dicho a Ignacia que mi hermana, que está muy grave, me ha hecho llamar, porque tú, Pedro. . . comprenderás, es muy triste tener que decir.

PEDRO.—No tengas cuidado.

LUCIANA.—Bueno, y me voy. Si alguna vez necesitas de mis cuidados, si. . . para qué te digo cuando tú lo sabes, Pedro. . . Adiós. . .

PEDRO.—Adiós, que la suerte te acompañe.

LUCIANA.—Gracias. (Hace ademán de salir). Pero

me dejarás ir sin siquiera darme la mano?... ¿Tanto me desprecias? (*Pausa*).

PEDRO.—No... Adiós.

LUCIANA.—Adiós, y que seas muy feliz. (*Abrazándose súbitamente a él*). ¡Pedro! ¡Mi Pedrito!

PEDRO.—(*Rechazándola suavemente*).—No, Luciana. No.

LUCIANA.—(*Arrodillándose y abrazada a sus piernas*). Si no puedo. Déjame llorar, no puedo, lejos de ti no podré vivir. No me eches, te lo ruego, te lo suplico.

PEDRO.—Ya sabes que no puede ser, por tu bien y por el mío.

LUCIANA.—No importa, despréciame, ódiame, má-tame, pero no me alejes de tu lado.

PEDRO.—Vamos, Luciana, levántate, es ridículo.

LUCIANA.—Pégame, despedázame el rostro para que nadie se atreva a poner sus ojos y sus besos donde tú los pusiste.

PEDRO.—Levántate, Luciana, no estás en tu juicio.

LUCIANA.—(*Poniéndose en pie sin desprenderse de él*). Quisiera que me mataras para que así como te debo la vida, deberte la muerte. Escúchame: supieras cómo te quise cuando ahora poco, frenético de ira, como nunca te había visto, los puños crispados, me gritaste, me ofendiste, me humillaste. Eras otro hombre. (*Mirándolo a los ojos, él esquiva la vista*). Otro Pedro que yo no conocía, que me faltaba querer, que he adorado.

PEDRO.—Bueno, Luciana, adiós.

LUCIANA.—En nombre del cariño que me tuviste, de la felicidad que hemos disfrutado juntos, por el amor que te tengo, no me abandones. No te pido que me quieras, te pido piedad, compasión. Yo que he sido tu hermana, tu esposa, tu amante, déjame ahora ser tu esclava, tu sierva.

PEDRO.—(*Ya débilmente*). No, Luciana, no.

LUCIANA.—Relégame al último rincón de tu casa, despréciame, ódiame, pero que yo te oiga, que te vea. Déjame aunque sólo sea para tener en quien desahogar tu cólera; yo me haré culpable de todo lo malo que te suceda y me sentiré feliz al ver marcadas mis carnes por tus manos, pensando que un día tú las besaste.

PEDRO.—No, Luciana, véte, no me obligues...

LUCIANA.—Si tienes un sentimiento noble, si hay algo en ti, tiene que revelarse; yo no te molestaré en nada. Piensa en la vida que hemos vivido juntos, piensa que en todos los objetos, en todos los cuartos de esta casa hay un recuerdo tuyo y mío, todo nos habla de nosotros y aunque esté lejos siempre estaré aquí. Si yo soy lo menos, en el jardín, en los árboles, en las plantas, en la ventana, en tu mesa, en tus libros, en el aire, en todas partes está suspendido algo de tu espíritu y el mío. Porque tú me has querido, Pedro; no podrás acercarte, ni oír, ni tocar, ni ver nada, porque en cada gesto tuyo, habrá algo de mí, que te dirá de cariños, de besos, palabras que nos hemos dicho. ¿Recuerdas? “Dime que me querrás siempre, Luciana, que me quieres a mí solo”. “Sí, Pedro, mi Pedrito, a ti solo te quiero”. Y nos abrazábamos así.

PEDRO.—¡Luciana! ¡No! . . .

LUCIANA.—¡Sí! Si me quieres, si lo leo en tus ojos, en tu alma, si me estás besando sin besarme. Pedro, Pedrito, dime que no me voy, que no puedo irme. (*Va acercando su rostro al de él sin quitarle la vista, lo mira como fascinándolo en tanto que lo va envolviendo con sus brazos y su cuerpo*). ¡Ah! ¡Mi Pedrito! (*Se besan furiosamente*). ¡Nunca nos separaremos! ¡Para toda la vida! (*La sierpe envuelta por entero en él, sin quitarle la vista, lo fué apretando, matando, hasta que la fiera cabeza del tigre cayó tronchada*).

PEDRO.—(*Dejando caer su rostro en el hombro de Luciana, con desaliento*). ¡Para toda la vida!

TELON

## ACTO TERCERO

### HOMBRE QUE SE VA

*El mismo decorado de los actos anteriores. Invierno. En la chimenea arde un fuego brillante*

*Al alzarse el telón, en escena, junto a la derecha, Pedro, Manriquez, y Walter; al otro extremo de la sala, alrededor de una mesita de juego: Luciana, Mirella y Carmen Rosa. Luciana lee las cartas a Mirella.*

LUCIANA.—Aquí tienes, está bien claro: un joven moreno que te corteja y que será un gran amor, lucha con el otro, otro moreno; mira tú. ¡Ah! pero hay una desgracia en tu casa . . .

CARMEN ROSA.—¿Muerte?

LUCIANA.—No. Parece que el moreno . . .

MIRELLA.—¿Cuál?

LUCIANA.—No está bien claro, parece que el que te gusta . . . pero, mira, está confuso, aquí sale pérdida de dinero, un gran disgusto.

CARMEN ROSA.—No precisa decirlo: después de las pérdidas de dinero vienen las disputas. ¡Cuéntamelo a mí!

LUCIANA.—No me confundas. Un gran disgusto, luego . . . ¡Ah! un viaje . . .

MIRELLA.—¿A Europa?

CARMEN ROSA.—Antes de preguntar a dónde, se pregunta con quién.

LUCIANA.—No puedo precisar, pero va a ser pronto. Luego todo se arregla bien.

MIRELLA.—¿Y qué más?

LUCIANA.—Nada más. Bueno, te sale mejor que a Carmen Rosa. Pero no te pongas triste ni le des importancia.

WALTER.—Hoy no hay que perder la reunión; se corre el "Ensayo" y tenemos muy buenos datos.

MANRIQUEZ.—¡Ah! Sí, iremos.

MIRELLA.—Me da fastidio verte tan jugador.

WALTER.—Jugador no; lo hago por matar las tardes de los días domingos.

CARMEN ROSA.—Evidente. Luego me participará de esas noticias.

WALTER.—Con mucho gusto.

LUCIANA.— (*Sirviendo confites*). Le diré, Manriquez, que los confites que me trajo hoy son exquisitos. Sírvase.

MANRIQUEZ.—No, gracias.

LUCIANA.—¿Quiere que le diga la suerte, entonces?

MANRIQUEZ.—No. muchas gracias; no me interesa.

MIRELLA.—¿Teme que sepamos sus secretos?

MANRIQUEZ.—No, lo único que me preocupa es lo imprevisto; si no fuera por eso perdería el 50 por ciento de interés la vida.

WALTER.—Tienes razón.

LUCIANA.—¡Uff! Estoy más aburrida... Pedro enfermo, siempre malhumorado; me gustaría que hubiese un terremoto, un incendio, cualquier cosa así, para distraerme.

CARMEN ROSA.—¡Caramba con las distracciones!

LUCIANA.—Eso sacude los nervios, sale de la monotonía. Te aseguro que no sé qué hacerme en la casa; todo el día voy de habitación en habitación husmeando como si anduviera en busca de algo...

MIRELLA.—Tres cuartos de eso me sucede a mí.

LUCIANA.—Es que no hay que hacer; por las mañanas voy a misa, leo el diario...

MIRELLA.—Como yo.

LUCIANA.—Pero es tan soso, después de leída la Vida Social y los hechos de policía, no queda nada. Podía caérseme una empastadura.

CARMEN ROSA.—¿Y para qué? (*Luciana sirve confites*).

LUCIANA.—Para tener que ir donde el dentista, para poder decir: mañana a las tres en punto tengo que estar allí, poder pensar en eso todo el día, luego olvidarme y llegada la hora, salir con retraso, precipitadamente, llegar y haber perdido el turno.

CARMEN ROSA.—Eres loca.

LUCIANA.—Sin ser indiscreta, ¿dónde ha comprado estos confites que me trajo, Manríquez?

MANRIQUEZ.—Menos averigua Dios y perdona.

LUCIANA.—Exquisitos.

MANRIQUEZ.—¿Yo o los bombones?

LUCIANA.—Tal vez los bombones. (*Todos rien*).

WALTER.—¿Te has fijado lo piadosamente que hablamos de nuestros semejantes cuando hacemos la digestión?

MANRIQUEZ.—Se siente tanta seguridad en sí mismo y se mira el mundo con tal desprecio.

PEDRO.—Es que máquina que está bien alimentada, en plena combustión, los dos yo están fortificados, hay un exceso de voluntad que se transforma en buen humor.

MANRIQUEZ.—Por eso los demócratas devienen aristócratas cuando la máquina está en plena combustión?

LUCIANA.—¿Por qué no nos cuenta, Manríquez, cuándo se casa?

MANRIQUEZ.—Eso se lo ha soplado Carmen Rosa.

MIRELLA.—No preguntamos eso.

LUCIANA.—Se le ha visto en muy buena compañía.

CARMEN ROSA.—Hay que felicitarlo, es una chica muy guapa.

MANRIQUEZ.—Gracias, pero no pienso casarme. (*Mira fijamente a Luciana, ésta finge no darse cuenta*).

MIRELLA.—¿Y por qué no, Manríquez?

MANRIQUEZ.—Porque no tengo tiempo.

WALTER.—Y es, como ustedes ven, una razón bien poderosa.

CARMEN ROSA.—¿Qué lástima! Yo que me había forjado tantas ilusiones. Crea, Manríquez, que pienso en usted todo el tiempo. (*Pedro contempla el fuego abstraído*).

MANRIQUEZ.—¿Tiene usted muchas deudas?

CARMEN ROSA.—¿Qué prosaico! Se le habla de amor y usted piensa en el interés.

MANRIQUEZ.—Siempre que se habla de amor se termina discutiendo de dinero.

LUCIANA.—Supongo que no es la falta de dinero lo que le impide casarse con esa linda chica. (*Con las de Caín*).

WALTER.—Indudablemente que no. Es que los tenorios tienen dos graves inconvenientes para el matrimonio.

CARMEN ROSA.—Eso es interesante: ¿cuáles son?

WALTER.—1.º Que una vez hecha la conquista de

la esposa no la pueden abandonar, y 2.º, que como han visto tanto temen las infidelidades de la cónyuge.

MIRELLA.—Es un buen castigo.

MANRIQUEZ.—Hay algo de eso, pero no es todo. Es que tengo un concepto muy elevado de mí mismo.

LUCIANA.—¡Qué presuntuoso!

MANRIQUEZ.—Hay ciertos hombres que no deben casarse nunca.

CARMEN ROSA.— Explíquese, que está quedando muy mal parado.

MANRIQUEZ.—Los hombres geniales, los que están llamados a realizar una obra completa no deben casarse.

WALTER.—Estamos en perfecto acuerdo.

MANRIQUEZ.—Esos hombres son la resulta del perfeccionamiento de una raza, son el mejor ejemplar, han llegado al summum y sus hijos son degenerados.

WALTER.—Su obra son sus hijos, no deben dejar más.

MANRIQUEZ.—Es muy triste pensar que el pobre Verlaine, maestro maravilloso, haya dejado un hijo idiota, guardabarreras del Metropolitano de París.

CARMEN ROSA.—Perdonen, señores genios.

MANRIQUEZ.—Sí. Genio fracasado, pero genio. ¡Qué diablos! Luego que tengo muchas preocupaciones en la cabeza y no tendría tiempo para divertir a mi mujer.

MIRELLA.—¿Entonces usted cree que nosotras necesitamos que nos diviertan?

WALTER.—Evidente, o las divertimos nosotros o nos divierten ellas.

MANRIQUEZ.—Con el agravante que cuando se cansan de divertirnos, buscan quién las divierta.

WALTER.—La mujer que se aburre es infinitamente peligrosa.

MIRELLA. — Tienen ustedes una pésima idea de la mujer.

CARMEN ROSA.—Yo conozco algo de la vida y puedo asegurar que no sólo "los genios" son engañados por sus mujeres; conozco modestos comerciantes que...

LUCIANA.—Y yo también.

MANRIQUEZ.—Pero esos son hombres felices.

CARMEN ROSA.—¿Qué llama hombres felices?

MANRIQUEZ.—Aquellos de quien el mundo entero se mofa y ellos lo ignoran.

LUCIANA.—Estos intelectuales son temibles.

CARMEN ROSA.—Y de un materialismo aplastante.

MANRIQUEZ.—De tan romántico e idealista que soy, he llegado al materialismo más grosero.

CARMEN ROSA.—El optimismo de ustedes le pone a una el corazón en un puño. De aquí en adelante, cuando tenga un día negro de desaliento, en vez de irme a meter a un teatro a reír, vendré a ustedes para que con sus magníficas teorías sobre los hombres y las mujeres me llenen de aliento.

MANRIQUEZ.—Y hará muy bien. De un tiempo a esta parte, han tomado el teatro por un circo donde no se va a oír hablar al talentoso sino al imbécil; hay mucha gente que quisiera que en el teatro le dijeran las estupideces que no han tenido tiempo de hacer ni decir.

LUCIANA.—Me figuro oír hablar a Roberto.

CARMEN.—¡Verdad! Roberto no ha venido.

WALTER.—¡Es cierto!

LUCIANA.—Y es extraño; siempre almuerza con nosotros los domingos.

MANRIQUEZ.—Oye, Pedro...

PEDRO.—¿Qué?

MANRIQUEZ.—Había olvidado decirte...

PEDRO.—¿Qué ha pasado?

MANRIQUEZ.—Roberto ha dejado de pertenecer a la redacción.

MIRELLA.— (*Con ansiedad mal disimulada*). ¿Lo han despedido?

MANRIQUEZ.—No. Presentó su renuncia.

PEDRO.—Es una lástima.

MANRIQUEZ.—Sí. Era un muchacho inteligente. Yo me equivoqué con él. Empezaba tan bien...

LUCIANA.—¡Pobre Roberto!

CARMEN ROSA.—Simpático el muchacho!

LUCIANA.—¿Qué tienes, Mirella?

MIRELLA.—Nada; absolutamente nada...

LUCIANA.—Te vi tan pálida.

MIRELLA.—Tal vez de estar sentada tanto tiempo.

(*Va al ventanal*).

WALTER.—Pedro,, no estés así, parece que estuvieras disgustado.

PEDRO.—¡Oh! No lo pienses, Walter.

WALTER.—No has hablado una palabra.

PEDRO.—Me siento mal, nervioso; este malvado tiempo de Buenos Aires, tan pronto llueve como sale el sol; tengo los nervios tensos como las cuerdas de un violín.

WALTER.—Déjate de tonterías. Son las dos y cuarto, vé a ponerte tu sombrero y nos vamos al Hipódromo.

MANRIQUEZ.—Allí te distraerás.

PEDRO.—No, gracias.

MANRIQUEZ.—Vamos Luciana. Mirella, Carmen Rosa, a ponerse bonitas y nos vamos a las carreras.

LUCIANA.—¿Pedro también va?

WALTER.—También, evidente.

PEDRO.—No insistan, no voy, he de trabajar.

MANRIQUEZ.—Hoy es día de descanso.

PEDRO.—No iré.

LUCIANA.—Yo tampoco voy, entonces.

PEDRO.—Vé tú, si quieres.

LUCIANA.—No, de ningún modo.

CARMEN ROSA.—¿Y a mí también me invitan?

MANRIQUEZ.—También.

CARMEN ROSA.—¿Usted es un genio! Espero que me proporcionará unas dos fijas.

MANRIQUEZ.—Y usted, ¿qué me va a dar?

CARMEN ROSA.— ¡Hombre, por Dios! Usted que tiene tanto sprit, suele tener arrestos ordinarios: “¿Qué me va a dar?”

MANRIQUEZ.—Este mundo es de toma y daca.

CARMEN ROSA.—Si es así, le daré el placer de lucirse conmigo en el Hipódromo.

MANRIQUEZ.—¡Pish!

CARMEN ROSA.—¿Le parece poco? Yo que creía que los hombres conquistaban mujeres por el placer de lucirse con ellas, de dar oportunidad a decir: “Mira a Manríquez: ha hecho una nueva conquista.” Yo aparentaré tal cosa; lo escucharé con los labios entreabiertos y los ojos desfallecientes, sonreiré ruborosa, como si me estuviera diciendo algo picaresco, aunque me diga majaderías. Cuando haga descorchar el champagne, en el buffet, brindaré por usted, y al beber morderé la copa.

MANRIQUEZ.—¿Quién le ha dicho que yo haré descorchar champagne?

CARMEN ROSA.—Lo presiento. No porque le agrade beberlo, sino porque nos vean. Luego: con qué emoción voy a apretar entre mis dedos enguantados los diez billetes a "General Capdevila", que usted me obsequiará por ser ésta la fija del día.

MANRIQUEZ.—Es usted fantástica.

CARMEN ROSA.—Si pierde, lo consolaré acariciándole, así, la barbilla, y diciéndole: "No te aflijas, monín, que eres rico". Si gana, le prometo un beso cinematográfico.

MANRIQUEZ.—Juguemos a que esto era un sueño. (*Pasa Luciana en dirección al ventanal a reunirse con Mirella; Manríquez la sigue con la vista*).

CARMEN ROSA.—¡Tacaño!

MANRIQUEZ.—El beso puede dármelo: lo acepto.

CARMEN ROSA.—Los besos son como los cohetes, señor mío, sólo deben estallar cuando va a haber fiesta.

MANRIQUEZ.—Me parece acertado.

CARMEN ROSA.—(*Indignada al ver que Manríquez no le escucha por mirar a Luciana*). Agradezco sus desdenes. Si no estuviese usted entontecido por Luciana, sería otra cosa, pero...

MANRIQUEZ.—¡Calle usted! Es un embuste!

CARMEN ROSA.—¿A qué ocultarlo? Si eso a nadie se escapa. Sólo a Pedro, y eso, porque hace las veces de marido.

MANRIQUEZ.—Qué mal intencionada es usted.

CARMEN ROSA.—¡Ja, ja, ja!

MANRIQUEZ.—Donde pone mano pone mala intriga. Ya ve usted a esa pobre chica Mirella...

CARMEN ROSA.—Respecto a eso, tengo la conciencia bien tranquila. ¿Qué quería usted que hiciera de ella? No sabe trabajar, creo que apenas lee... ¿Que la casara?

MANRIQUEZ.—Digo yo.

CARMEN ROSA.—¿Se habría casado usted con ella?

MANRIQUEZ.—Yo no, pero...

CARMEN ROSA.—Ni nadie. Yo soy su familia, y mis relaciones no son como para matrimoniarse. Si no hubiese tenido el buen criterio de ponerla en manos de Walter, quizá dónde hubiera ido a parar; quizá qué malos vientos la habrían arrastrado. Ustedes los hombres, no entienden de estas cosas. He procedido con ella como la más corriente y perfecta

de las buenas mamás; la he entregado a un hombre serio, de situación y que la quiere. Ya pueden recriminarme.

MANRIQUEZ.—No he dicho nada.

CARMEN ROSA.—Yo; lo justo y necesario. (*Siguen hablando*).

MIRELLA.—¡Oh! Luciana. Yo no quiero ir con ellos.

LUCIANA.—¿Qué tienes?

MIRELLA.—Nada. Te ruego me pidas te acompañe: luego te explicaré.

WALTER.—Bueno, ¿vamos, Mirella?

MIRELLA.—¡Oh! Yo... Walter.

LUCIANA.—Yo le había pedido a Mirella que me acompañara esta tarde, paso tan sola.

WALTER.—¡Ah! Sí. A Mirella no le entusiasman los caballos.

MIRELLA.—Me ponen muy nerviosa.

WALTER.—La primera vez que fuimos rompió los guantes.

CARMEN ROSA.—¡Qué tonta la muchacha! Acompañenme a ponerme el sombrero, no quiero atrasar a estos señores.

WALTER.—Eso es, ya es tarde. (*Mutis Carmen Rosa, Mirella y Luciana. Pedro en el ventanal contempla el jardín. Manríquez se queda mirando a Luciana hasta que desaparece*). Oye, ¿sabes una cosa?

MANRIQUEZ.—¿Qué?

WALTER.—Te está gustando demasiado Luciana.

MANRIQUEZ.—¡Imbécil! Es una tontería que te quedes, Pedro.

WALTER.—La reunión va a ser interesantísima.

PEDRO.—De ningún modo, no podría estar tranquilo.

MANRIQUEZ.—Te atormentas demasiado.

WALTER.—¿Quién apura tu obra?

PEDRO.—Es que ya debiera estar terminada y no hago nada. Miren, me faltan apenas dos o tres carillas y no puedo. Es vergonzoso, me quiero poner a la tarea, porque... ¡Ah! Sí... porque... tengo las ideas, me siento a escribir y nada... la mente en blanco, se borra todo.

WALTER.—Eso te indica que debes descansar.

PEDRO.—Sí. Después. Es una inquietud... (*Se pasea*).

*Pasa Carmen Rosa, luego Luciana y Mirella).*

CARMEN ROSA.—Ya me tienen ustedes lista.

WALTER.—Vamos, entonces.

MANRIQUEZ.—¿Pero qué tiene, Carmen Rosa? Está pálida, horrorosamente pálida.

CARMEN ROSA.—¡Que me asusta!

MANRIQUEZ.—¡Ah, nada. nada! yo también me asusté; es el blanquete.

CARMEN ROSA.—¡Majadero! Un poquito de polvo.

MANRIQUEZ.—No se ponga nunca un poquito porque se le va a borrar la cara y sería una lástima.

CARMEN ROSA.—Tan gracioso.

WALTER.—¿Resueltamente, no vas, Pedro?

PEDRO.—No, gracias.

MANRIQUEZ.—¿Y usted no se tienta, Luciana?

LUCIANA.—No, gracias, Manríquez.

MANRIQUEZ.—Lo lamento, está usted encantadora, está en su día; me habría gustado lucirla.

LUCIANA.—Gracias por la invitación y por la galantería.

WALTER.—Hasta luego, Pedro.

PEDRO.—Que les vaya bien, hasta luego.

LUCIANA.—Los acompañamos.

WALTER.—Y pórtate bien.

MIRELLA.—Que ganes mucho dinero.

MANRIQUEZ.—¿Vamos, dama pálida?

CARMEN ROSA.—Vamos, antipático. (*Mutis todos menos Pedro, que continúa paseándose. Pausa. Entran Mirella y Luciana.*)

LUCIANA.—Explicame ahora, ¿qué te sucede?

MIRELLA.—Sí, sí, te explicaré.

LUCIANA.—Pedro, ¿te sientes mal?

PEDRO.—No.

LUCIANA.—No fumes tanto.

PEDRO.—Haz que me preparen café.

LUCIANA.—Eso te hace daño.

PEDRO.—Por favor, Luciana, no me contradigas, te lo suplico, te lo ruego, déjame, no me digas nada. (*Mutis*).

MIRELLA.—Pobre Pedro, qué cambiado está.

LUCIANA.—No lo sabes bien. Pero cuéntame, ¿qué te sucede?

MIRELLA.—Estoy desesperada, Luciana, ayúdame tú.

LUCIANA.—Me asustas.

MIRELLA.—Al hombre que quiero más, al único que he querido le he hecho un gran daño.

LUCIANA.—No te aflijas así.

MIRELLA.—Roberto...

LUCIANA.—¿Cómo? ¿Roberto?

MIRELLA.—Sí. Lo quiero, lo he querido siempre. Yo he sido la culpable que le hayan despedido del diario. Yo, porque las horas que él debía trabajar se las quité. Toda su ilusión era su trabajo y lo ha sacrificado por mí. Es preciso que yo le hable, que le diga que me perdone; estará desesperado el pobre.

LUCIANA.—Pero tú, Mirella, tú...

MIRELLA.—Yo he sido.

LUCIANA.—¿Y qué puedo hacer por tí?

MIRELLA.—Permitirme hablarle.

LUCIANA.—Pero no ha venido.

MIRELLA.—Sí. Está aquí, lo vi llegar. No me digas que no, Luciana, no me lo digas.

LUCIANA.—¿Cómo puedes pensar!

MIRELLA.—Lo quiero tanto!

LUCIANA.—¿Y Walter? No me había imaginado...

MIRELLA.—¡Es horrible! Todos dirán que soy mala y no, es...

LUCIANA.—No te pongas así, vendrá él y te encontrará fea. (*Toca el timbre*).

MIRELLA.—Qué buena eres, Luciana.

IGNACIA.—¿Llamó la señora?

LUCIANA.—Diga a don Roberto que tenga la bondad de venir.

IGNACIA.—Está bien, señora. (*Mutis Ignacia*).

MIRELLA.—Yo debí tener más carácter y no escucharlo. ¡Pobre Roberto! ¡Qué va a ser de él! ¡Ah! Pero lo quiero tanto!

LUCIANA.—¡Lo quiero tanto! Eso no se cambia ni se paga con nada de la vida.

MIRELLA.—Es tan sincero, bueno, franco, leal, me quiere tan noblemente. No me perdonaré nunca. Tú tienes que conseguir de Manríquez que lo vuelva a admitir.

ROBERTO.—¿Se puede?

LUCIANA.—Sí, yo haré cuanto sea posible.

LUCIANA.—Adelante.

ROBERTO.—¿Me dicen que usted me llama, Luciana?

LUCIANA.—Yo no, es Mirella.

MIRELLA.—¡Roberto!

ROBERTO.—Cómo está usted, Mirella.

LUCIANA.—Por qué no vino usted a almorzar, se preguntó por usted.

ROBERTO.—Me retardé un poco, me encontré con unos amigos.

LUCIANA.—Mal hecho. Bueno, los dejo unos momentos. Con permiso. (*Mutis Luciana. Pausa*).

MIRELLA.—¡Roberto! ¡Roberto! Perdóname, te he causado un daño enorme.

ROBERTO.—¿Ya has sabido?

MIRELLA.—Sí, pero es preciso que vuelvas a tu trabajo, yo hablaré.

ROBERTO.—No! Te lo prohibo. Era una cosa fatal, tenía que suceder.

MIRELLA.—Es que yo no podré vivir tranquila pensando que por mi culpa.

ROBERTO.—Soy yo el culpable, yo que te quiero demasiado, yo que sabiendo como eras no fui capaz de olvidarte.

MIRELLA.—¿Y qué vas a hacer ahora, en qué vas a trabajar?

ROBERTO.—Aun no lo sé, necesito consultarlo.

MIRELLA.—¿Y con quién?

ROBERTO.—Contigo. Dime, Mirella, ¿me quieres?

MIRELLA.—Sí, Roberto, no lo puedo remediar.

ROBERTO.—¿Mucho?

MIRELLA.—Creo que no podría más.

ROBERTO.—Mirella, entonces todo está resuelto, nada me importa. Esto fué mi fracaso, he desviado mi camino: mi vocación, todo se ha despedazado en un segundo; todo lo he dado a cambio de tu cariño; necesito rehacer mi vida, empezar de nuevo la lucha, ¿estás dispuesta a ayudarme?

MIRELLA.—¡Oh! ¡Con toda el alma, Roberto!

ROBERTO.—Entonces, sígueme. Vente conmigo.

MIRELLA.—¡Roberto!

ROBERTO.—Yo sé que es un sacrificio que te impongo.

MIRELLA.—Sacrificio no, pero tú comprendes. . .

ROBERTO.—¿Te niegas?

MIRELLA.—No es eso, piensa que no soy libre, piensa que Walter. . .

ROBERTO.—No. No lo nombres. Tú me puedes salvar. Mirella. Yo sé que a tu lado tendré ánimo para luchar, no te pido más que cariño. No seremos ricos, pero seremos felices, Mirella. Dime que sí. . .

MIRELLA.—¡Roberto! Mi Roberto. Sí. Iré contigo. ¡Te quiero!

ROBERTO.—Mañana estaremos lejos.

MIRELLA.—¿Cómo, mañana? Yo quisiera decirle, prevenirlo. . .

ROBERTO.—No. Te convencerán. No.

MIRELLA.—Me exiges demasiado, ese hombre no merece. . .

ROBERTO.—Te lo ruego, Mirella, vámonos!

MIRELLA.—Dios mío, ¿qué voy a hacer? . . . Sí.

ROBERTO.—¿Te aguardo?

MIRELLA.—Sí, Roberto.

ROBERTO.—No olvides que si no llegas soy capaz. . .

MIRELLA.—¡Sí! (*Mutis de Roberto*). ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer? ¡Oh! ¡Lo quiero! ¡Lo quiero! (*Toca el timbre. Pausa*).

IGNACIA.—¿Llamó la señorita?

MIRELLA.—Haga el favor de decir a Luciana que venga y tráigame mi abrigo y mi sombrero.

IGNACIA.—Está bien, señorita. (*Mutis Ignacia*).

MIRELLA.—(*Yendo al escritorio*). Le escribiré unas cuantas líneas. . . Le diré. . . pero, ¿qué le puedo decir, qué explicación puedo darle? No, no, nada. . .

LUCIANA.—¿Y qué? ¿En qué ha terminado?

MIRELLA.—Luciana, me voy, me voy con él.

LUCIANA.—¡No! ¿Estás loca?

MIRELLA.—No sé, pero me voy.

LUCIANA.—Pero, ¿has pensado?

MIRELLA.—Estas cosas no se piensan.

LUCIANA.—¿Y Walter?

MIRELLA.—Te ruego que tú le hables y le digas, ve medo que sufra lo menos posible, que me perdone. . .

LUCIANA.—Yo no lo puedo permitir. No. Arruinas

tu vida y la de ese muchacho. ¿Dónde van a ir? ¿De qué van a vivir?

MIRELLA.—Dios dirá.

IGNACIA.—Aquí tiene la señorita.

MIRELLA.—Gracias. (*Mutis Ignacia*).

LUCIANA.—Sé razonable, Mirella, tú no harás eso.

MIRELLA.—No me detengas, estoy resuelta, hace mucho tiempo que lo estaba, sufro demasiado con la felicidad que Walter me proporciona; no la merezco.

LUCIANA.—Te vas a arrepentir.

MIRELLA.—Con tal que sea la última vez.

LUCIANA.—Pero qué irán a decir de mí que he permitido.

MIRELLA.—¿Eras tú mi guardián? No. Gracias, Luciana, por tus consejos, y adiós.

LUCIANA.—¡Oh! Chiquilla loca!

MIRELLA.— Y dile que me perdone, defíendeme cuando digan que soy mala, tú sabes que no lo soy, tú comprendes, lo quiero, es lo único que puedo ofrecerle: mi vida. (*Mutis Mirella. Pausa*).

VOZ DE MANRIQUEZ.— ¡Caramba! Qué apurada va. ¿No aguarda a Walter?

IGNACIA.—Señora, el señor Manríquez.

LUCIANA.—¿Manríquez? Qué extraño, tan pronto. Hazle pasar.

IGNACIA.—(*En la puerta*). Tenga la bondad de pasar: aquí está la señora.

MANRIQUEZ.—Ya me tiene usted de regreso. (*Mutis Ignacia*).

LUCIANA.—¿No ha ido usted a las carreras?

MANRIQUEZ.—Sí, es decir, no. Tuve unas cuantas palabras de más con Carmen Rosa y regresé.

LUCIANA.—¿Han reñido definitivamente?

MANRIQUEZ.—Sólo se riñe con las personas que se estiman.

LUCIANA.—Voy a avisarle a Pedro.

MANRIQUEZ.—Si usted no tiene mayor prisa, preferiría hablar con usted unos momentos.

LUCIANA.—Si usted quiere.

MANRIQUEZ.—Parece que le molesta estar sola conmigo.

LUCIANA.—De ningún modo, no veo por qué.

MANRIQUEZ.—Eso digo. (*Pausa*); Luciana, no sé cómo irá a tomar usted lo que voy a decirle: hemos conversado con Walter, y viendo el estado en que se encuentra Pedro, y confiando en su generosidad hemos pensado decir a usted. . .

LUCIANA.—Termine usted. . .

MANRIQUEZ.—Hasta este momento no había querido inmiscuirme por motivos que yo me sé.

LUCIANA.—¿Qué me va usted a decir? Me parece comprender. . .

MANRIQUEZ.—Sí, Luciana, usted es una mujercita razonable, usted debe, por algún tiempo, separarse. . .

LUCIANA.—¡Oh! Ya lo adivinaba, ya lo veía venir.

MANRIQUEZ.—Pedro necesita calma, reposo, cuidados.

LUCIANA.—¿Y quién mejor que yo puede proporcionarle esos cuidados?

MANRIQUEZ.—No, Luciana, no.

LUCIANA.—Si lo sé, si lo sabía desde hace mucho que es usted quien desde un comienzo ha tratado de alejar a Pedro de mi lado. Una cosa es hacerse la desentendida y otra es no darse cuenta.

MANRIQUEZ.—Si usted sabe que Pedro va de mal en peor, por el bien suyo y el de él, debía usted. . .

LUCIANA.—No. Eso nunca, Manríquez; ahora que está enfermo con mayor razón debo permanecer a su lado. Lo quiero, me entiende usted, lo quiero, y ni usted ni nadie me impedirá estar cerca de él. Pero, ¿quién es usted para venirme a exigir? ¡Ah! No creí que su villanía llegaría hasta tal extremo.

MANRIQUEZ.—¡Luciana!

LUCIANA.—Sí. Cree usted que soy tan confiada como Pedro, que aun cree en su amistad? No, si yo sé por qué usted es su amigo, es decir, por qué simula serlo. Pero son inútiles todas sus intrigas.

MANRIQUEZ.—Usted me ofende, Luciana, pero yo sé perdonar. Si el móvil hubiese sido separarlos nada me habría costado, pero por no oír el reproche que usted me hace ahora, me abstuve de hacerlo.

LUCIANA.—Si usted hubiese querido! . . . Ja, ja!

MANRIQUEZ.—Sí. Si yo hubiese querido, no se ría.

LUCIANA.—No, Manríquez, están demasiado cerca

de nuestros labios los labios de los hombres para que se atrevan a decirnos: no!

MANRIQUEZ.—Suprema fuerza y suprema confianza de la mujer, están demasiado cerca de nuestros labios los labios de los hombres.

LUCIANA.—Le repugna, lo veo en el gesto, pero todos los medios son buenos cuando se defiende lo que se quiere; más vergonzoso es apoderarse de la confianza de un hombre, introducirse en su casa con el solo y único objeto de destruir su felicidad como usted pretende hacer.

MANRIQUEZ.—Es usted injusta, Luciana.

LUCIANA.—Sí. Porque tengo demasiada seguridad en mí misma no le he desenmascarado; yo debí decírselo a Pedro, hacerle comprender que usted no viene por amistad sino por mí, por mí.

MANRIQUEZ.—Sí, es verdad, por usted. Pero, ¿acusarme? ¿De qué me acusaría sin acusarse?

LUCIANA.—¿Yo?

MANRIQUEZ.—Sí. Usted. Porque si sabía, si sabe que la quiero, que la he querido siempre, tan culpable y tan cómplice es.

LUCIANA.—Aviado estaría el mundo si nosotras las mujeres, fuéramos acusando a todos los que con miradas impúdicas nos desnudan, nos devoran, nos hablan de deseos, de crímenes y de vicios; tendrían que andar los padres, los esposos, los amantes, los hermanos con el arma empuñada castigando traiciones.

MANRIQUEZ.—Y entonces, Luciana, por qué me acusa como traidor, cuando si algún mal he cometido queriéndola es el de no haber podido olvidarla.

LUCIANA.—Calle usted. Manríquez, cómo se atreve a decirme . . .

MANRIQUEZ.—Alguna vez había de cansarme de hacer equilibrios de ironía sobre mi corazón.

LUCIANA.—Se olvida usted que está en casa de Pedro, que soy su mujer, legítima o no, pero soy su mujer.

MANRIQUEZ.—Por qué han de ser tan dañinas las palabras! Desde que la conozco la he querido y usted lo sabe; ¿por qué por el solo hecho de decirlo la ofendo a usted y ofendo a mi amigo? No, Luciana, ésta, mi pasión, merece respeto; sin un reproche, sin una queja, silenciosamente y resignado, en vez de tornar enemigo fuí el protector de ustedes.

Pedro ha dependido de mí, y sólo beneficios supe hacerle porque sabía que él los compartía con usted. Este cariño ha tenido gestos paternales, pero ustedes las mujeres cuando no aman no reconocen jamás los sacrificios.

LUCIANA.—Manríquez, créame que no estuvo en mi ánimo el ofenderlo, el temor de verme alejada de Pedro me hizo mirar en usted un enemigo.

MANRIQUEZ.—Ir noblemente a hacer el bien, y recibir una ofensa de la única persona de quien se quisiera recibir agradecimiento es bien triste.

LUCIANA.—Las circunstancias fueron y no yo. (*Pausa larga*).

MANRIQUEZ.—Si usted quisiera escucharme... Luciana, por su bien, después me dará la razón, nada le faltará, sepárese usted...

LUCIANA.—¡Pedro!

(*Pedro entra precipitadamente y va a su escritorio a revolver papeles*).

PEDRO.—¡Ah! Manríquez, estás acá, cuánto me alegro. voy a escribir, ayúdame, acompáñame.

LUCIANA.—Pedro, yo quería decirte...

PEDRO.—No me digas nada, déjame tranquilo, ya tendrás tiempo para contarme.

LUCIANA.—Pero Pedro...

PEDRO.—Todo el mundo se ha empeñado en que no escriba.

LUCIANA.—Pero, Pedrito, no te pongas así, eres injusto. (*Llora*).

PEDRO.—Perdona, Luciana, si ya no sé ni lo que hago, ni lo que digo... Tráeme café.

LUCIANA.—Sí, todo lo que pidas, todo.

PEDRO.—Mi Luciana, pobrecita; comprendo que te molesto... Anda... (*Mutis Luciana*). Ves tú, Manríquez, no me dejan... ahora yo iba...

MANRIQUEZ.—No te desesperes; a ver, vamos a ver ¿en qué quieres que te ayude?

PEDRO.—Siéntate acá. Léeme las últimas carillas para recordar.

MANRIQUEZ.—(*A su lado leyendo*). "Los pensamientos son actos nerviosos ejecutados con el cerebro; pensar es un ejercicio muscular de la voluntad; pensar lúcida y cuerda es acrecer nuestro Dios interior, es intensificar la vo-

luntad" . . . (Se oye a la criada que canta, Pedro furioso, abriendo la ventana).

PEDRO.—Silencio, silencio. ¿Quién grita aquí? Silencio.

VOZ DE IGNACIA.—Perdone el señor!

PEDRO.—Nada de perdones, que no oiga yo gritar nuevamente. Es increíble, terminaré por matar a alguien. Perdona, Manríquez.

MANRIQUEZ.—Estás nervioso. Continúo: (*Mientras Manríquez lee, Pedro escribe*). "Los hombres cuya voluntad es nula o está bajo la dependencia de otra superior. . ."

PEDRO.—Es natural.

LOS DOS A LA VEZ.—" . . . dejan de ser hombres para ser individuos inconscientes y sus actos no deben ser juzgados".

PEDRO.—Eso<sup>o</sup> es . . . (*Escribe precipitadamente*).

LUCIANA.—Aquí tienes el café, Pedrito.

PEDRO.—¿Quién interrumpe?

LUCIANA.—Soy yo, que . . .

PEDRO.—Ni tú, ni nadie.

LUCIANA.—Es el café.

PEDRO.—Déjalo ahí entonces.

LUCIANA.—No bebas mucho porque ya sabes que . . .

PEDRO.—¡Vete al demonio!

MANRIQUEZ.—Vamos, hombre, no es para tanto.

PEDRO.—(*Saca el revólver del escritorio. Amenazando*). Mira. Si tú o quien fuere, vuelve a entrar, lo seco de un tiro.

LUCIANA.—¡Pedro!

MANRIQUEZ.—Vamos, ¿estás loco? (*a Luciana*). No se aflija.

PEDRO.—Ella. Ella es la culpable de todo.

LUCIANA.—¿Yo? . . . ¡Oh! . . . Pedro!. (*Pausa*).

PEDRO.—Discúlpame, ven . . . dame un beso.

LUCIANA.—Sí, Pedro . . . (*Se besan*).

PEDRO.—Pobre mi Luciana . . . (*La acaricia*). ¡Ah! Pero, tengo que escribir . . .

LUCIANA.—Los dejo. Si . . . (*Mutis Luciana*).

PEDRO.—¿Ves Manríquez? Me quitan las ideas, todos se conjuran. (*Bebe café y empieza a pasearse nerviosamente, se detiene frente a un mueble y lo golpea con el puño; se estruja la frente con las manos*).

MANRIQUEZ.—Vamos! Ven acá. Dejémoslo, si quieres. . .

PEDRO.—¡No! Cómo se alegrarían si no terminara. Pero tú me ayudarás. Lee.

MANRIQUEZ.—“Los hombres, cuando nacen, crean un Dios interior; pequeñito como ellos, luego va creciendo, creciendo, hasta que robustecido por nosotros, por la voluntad, se hace superior; ese Dios es nuestra obra, ese Dios que invocamos cuando la materia nos abandona, porque es nuestra creación, porque es lo único que queda, es lo único que flota como una aureola mientras nuestra carne va muriendo, porque esa es la creación laboriosa de nuestra voluntad: Dios. . .”

LOS DOS A UNA VEZ.—“Es el triunfo del hombre sobre la bestia, del espíritu sobre la carne, del pensamiento sobre el acto, de la creencia sobre la religión; de la verdad sobre la justicia, de la realidad sobre los prejuicios, de nuestro Dios sobre los dioses” . . .

PEDRO. — Aguarda, aguarda. (*Escribe febrilmente, grita, casi ruge estas palabras*). Dios. . . voluntad. . . el yo enemigo. . . las energías. . . el pensamiento. . . ¡Oh! No puedo más, Manríquez, no puedo más, estoy perdido.

MANRIQUEZ.—¿Qué te sucede?

PEDRO.—Mi Dios se va, se va Dios, aquí queda sólo el hombre. . . No viene, estoy perdido. (*Revolviendo la cabeza entre los papeles*). Estoy perdido.

MANRIQUEZ.—Calla, no digas tonterías. (*Pausa*).

PEDRO. — Tienes razón, es ridículo, es absurdo. Yo que no tengo voluntad. . . (*Arrancando las cuartillas de manos de Manríquez. Burlonamente*). Es ridículo! Esto tienen que saberlo, así no me perseguirán. Si ya no soy yo, mi Dios ha muerto. Ella lo ha roto. (*Abriendo puertas y ventanas. Atardece, la sala está en semipenumbra*).

MANRIQUEZ.—¿Qué vas a hacer, Pedro?

PEDRO.—(*Llamando*). Vengan, vengan todos, yo los llamo, vengan a ver la voluntad. (*Coge el alto de papeles y va a la chimenea. Entra Luciana*).

LUCIANA.—¿Por fin has terminado tu obra?

PEDRO.—Sí, para siempre.

MANRIQUEZ.—Pedro, ¿estás loco? (*Trata de detenerlo*).

LUCIANA.—¿Qué haces?

PEDRO.—(*Arroja las cuartillas al fuego; vivos resplandores iluminan la escena*). No me detengas.

LUCIANA.—Pedro, mi Pedro, ¿qué tienes?

PEDRO.—(*Sacudiéndola*) ¿Qué hiciste de mi voluntad? ¿Qué hiciste de mi Dios?

LUCIANA.—Déjame que me haces daño.

MANRIQUEZ.—¡Pedro! ¡Pedro! (*Tratando de contenerlo*).

PEDRO.—A mí nadie puede hacerme daño. (*La suelta con desprecio*). ¿Quién eres tú, sombra? Todos somos sombras. (*Se sienta junto al fuego y se queda contemplándolo ensimismado*).

MANRIQUEZ.—(*Yendo a la puerta*). ¡Ignacia! ¡Ignacia!

LUCIANA.—Pedro! Oh! Dios mío!

IGNACIA.—Señor!

PEDRO.—¡La voluntad! Miren como se retuercen, como se transforman, son mujeres, son serpientes que ondulan.

LUCIANA.—(*Remeciéndolo*). Oh! ¡Dios mío! Pedro, Pedrito. ¿Qué tienes, por qué no me contestas? Soy yo, tu Luciana, tu Luciana que te quiere. Háblame, Pedro! (*Pedro la mira como si no la viera, sigue mirando el fuego*). Manríquez, mírelo usted.

MANRIQUEZ.—¡Pedro! ¿Qué quiere usted que haga?

PEDRO.—Mírales; se retuercen, ondulan, envuelven...

LUCIANA.—(*Incorporándose con terror, avanza unos pasos y se queda mirando a los dos hombres*). Pedro!... Manríquez! ¿Qué hago yo? No se vaya, no me deje sola.

MANRIQUEZ.—Calma, Luciana.

LUCIANA.—(*Se acerca a Pedro, lo ve caído y luego ondula y va lentamente hacia Manríquez*). Protéjame, defiéndame. Usted es muy bueno...

PEDRO.—Cómo envuelven, cómo se enroscan en las llamas hasta consumirlas!

LUCIANA.—(*Que ha llegado hasta Manríquez*). Protéjame, me quedo sola. (*Se apoya en él hasta abrazarle*).

MANRIQUEZ.—Sí, yo...

PEDRO.—(*Mirándolos*). Oh! La serpiente. ¡La serpiente!

LUCIANA.—¿Qué desgraciada soy!

MANRIQUEZ.—(Al oír el grito de la serpiente tiene un estremecimiento de terror y levemente trata de separarla de él). Sí. Luciana, sí, yo...

PEDRO.—A mí no, a mí no, yo no soy nadie. A mí no, serpiente. (Mirándolos con extravío, va hundiéndose en su silla, como ocultándose).

LUCIANA.—(Abrazada, colgada al cuello de Manríquez, llorando histéricamente y mirándole a los ojos). Manríquez! Manríquez! Tenga piedad de mí, perdóneme. Usted es mi salvación.

MANRIQUEZ.—(Con voz casi imperceptible). Sí.

### TELON

Empezada en Chile, 1916.

Terminada en Buenos Aires, 1920.

# PUEBLECITO

COMEDIA EN TRES ACTOS

*Para mis sobrinos: Lucía, Jorge,  
Eduardo, Fernando y Luis.*

Estrenada por la Compañía Chilena Bágüena-Bührle, en el Teatro de la Comedia de Santiago (Chile), el 8 de junio de 1918, y en el Teatro Liceo de Buenos Aires, por la Compañía Argentina Camila Quiroga-Salvador Rosich, el 20 de noviembre de 1919.

## REPARTO

### EN SANTIAGO EN BUENOS AIRES

Marta .. . . . .	Sra. Pilar Mata	Sra. Camila Quiroga
Rebeca .. . . . .	" Andrea Ferrer	" Carmen Cassnell
Marcela .. . . . .	" Luisa Otero	" Carola Smith
Teresa .. . . . .	" Elsa Alarcón	" Gloria Ferrandiz
Rita .. . . . .	" Asunción Puente	" Rosa Volpe
Ignacia .. . . . .	" Elena Puelma	" Elisa García
Mercedes .. . . . .	" Aurora Salas	" Ana Farías
Tía Tataya .. . . . .	" " "	" Herminia Susani
Elvira .. . . . .	" Emilia Sierra	" Ana Farías
Juan Antonio .. . . . .	Sr. Pedro Sienna	Sr. Nicolás Fregues
Basilio .. . . . .	" Enrique Bágüena	" Julio Escarcela
Alcalde .. . . . .	" Arturo Bührle	" José Olarra
Felipe .. . . . .	" Luis Romero	" Federico Mansilla
Lorenzo .. . . . .	" Italo Martínez	" Cirilo Etulain
Manuel Jesús .. . . . .	" Juan Ibarra	" Gmo. Battaglia
Isidro .. . . . .	" Ernesto Rocuant	" Alfredo Carrizo
Un chico .. . . . .	Mariña Bührle	" José Casares

En un pueblecito. Epoca actual.

## ACTO PRIMERO

Sala de recibo. Puertas laterales y a foro; junto a esta última, ventana a la calle. Un medio amoblado; sillas, sofá antiguo, sillones de mimbre, mesa de centro; a un rincón una cómoda con un altar de la Virgen rodeada de cirios. Tíestos con flores artificiales. Las tres de la tarde de un caluroso día de Diciembre. Los postigos entornados.

*Están en escena Teresa y Marcela, la primera lee una novela, la segunda teje, contando los puntos en voz alta, interrumpiéndose de vez en cuando para hacer una pregunta o recontar.*

MARCELA.—En esta época, si estuviéramos en Santiago, estaríamos terminando los exámenes. (Por la labor). Uno, dos, tres...

TERESA.—(Sin dejar de leer). Verdad.

MARCELA.—Allá la gente está preparándose para salir a veranear. ¿Te acuerdas?

TERESA.—(Dejando de leer). Qué agitación en el centro, las gentes entrando y saliendo de las tiendas. ¡Qué animación!

MARCELA.—No como en este pueblo en que se muere una de hastío. Se me figura que no estoy viviendo.

TERESA.—Yo recorro como una sonámbula este viejo caserón donde tan felices vivimos antes de ir a Santiago, y busco el motivo que causaba aquella alegría que sentíamos, por ver si logro renovarla.

MARCELA.—Es que es imposible, Teresa.

TERESA.—No hablemos de esto; cuando pienso en nuestras vidas que se enmohecen en este rincón de provincia, siento miedo, me imagino que este viejo sofá, bajo el cual nos ocultábamos a comer la fruta verde robada...

MARCELA.—Aquellos tiempos... Uno, dos, tres, cadena.

TERESA.—Este sofá que desde que yo tengo uso de ra-

zón no se ha movido de su sitio, y que sólo está descolorido.

MARCELA.— ¡Calla, tonta! Uno, dos, tres, cadena; uno, dos.

TERESA.— Cuando me quedo inmóvil mucho tiempo sobre él, me levanto sobresaltada, se me figura que formo parte integrante de él, que no me he de mover más, que me iré (descolorando y envejeciendo en este mismo sitio, que los acontecimientos más variados se irán desarrollando ante mi vista impasible, que los muelles de mi vida como los de este mueble se irán hundiendo, hundiendo, hasta tocar la tierra, hasta morir.

MARCELA.— Dejémonos arrastrar por la vida, a algún punto hemos de arribar.

TERESA.— ¿Crearás que ante esa idea muchas veces he pensado en el suicidio?; un suicidio romántico, novelesco; escribir una carta muy larga contando todo nuestro desaliento, todos nuestros sueños rotos y después, en una noche de luna, cuando todo este pueblo que odiamos duerma, encaminarnos por las calles polvorientas donde arden los chonchones y donde ladran los perros; cruzar el camino real, cruzar la línea, llegar al puente, contemplar un instante la espuma que forma el agua burbujeante entre las piedras allá en el fondo, cerrar los ojos y . . . nada más: dejar de ser.

MARCELA.— ¡Dejar de ser! . . .

TERESA.— Si lográramos obtener que nos fuéramos todos a Santiago . . .

MARCELA.— ¡A Santiago! ¡Qué locura! ¡No, es imposible!

TERESA.— ¿Y por qué ha de serlo? Con la fortuna que tenemos, podríamos vivir allí, holgadamente, y aun gastar lujo.

MARCELA.— ¿Y el fundo quién lo vigila?

TERESA.— Se arrienda, o Lorenzo se encarga de él.

MARCELA.— ¿Tu novio? Qué pronto dispones de él.

TERESA.— ¿Mi novio? ¡Valiente cataplasma va a ser mi novio!

MARCELA.— Harto que te quiere, ya ves los ojitos que te pone. Además debías de fijarte que se ha comprado una cadena de oro para el reloj y que desde ese día usa chaleco.

TERESA.—¡No seas hostigosa! En último caso, pueden vender la propiedad.

MARCELA.—¡Ja, ja, ja!... Tú estás perdiendo la chaveta. ¿Crees por un momento que mi papá va a renunciar a sus tierras?

TERESA.—Las compra en Santiago.

MARCELA.—¿Y sus jugadas de brisca?

TERESA.—Las juega allá.

MARCELA.—¿Y quién reemplazaría allí al señor alcalde, al señor doctor, a don Zenón?

TERESA.—Ya se acostumbraría.

MARCELA.—¿Y mamá? ¿Tú crees que renunciaría a su gallinero, a la fabricación de quesos, a la iglesia, al señor cura, a doña Eulalia, y a la comadre Asunción? Antes se muere. Imagínatela en Santiago y con corsé.

TERESA.—Cállate bárbara, si te oyerá...

MARCELA.—Más vale echarlo a risa.

TERESA.—Bueno, déjame seguir leyendo.

MARCELA.— ¡Caramba! Me equivoqué. Uno, dos, tres, cadena; uno, dos, tres... eso es.

TERESA.—Qué bien escribe Loti. Qué dije debe de ser. Fíjate que Djenána después de encontrarse con...

IGNACIA.—(Adentro). ¡Marcela! ¡Teresa! ¿Dónde están estas muchachas?

MARCELA.—¿Para qué nos querrá?

TERESA.—¡Ay! Verdad que me encargó que vigilara el dulce de frutillas.

MARCELA.—A buena hora te vienes a acordar.

IGNACIA.—¡Marcela! ¡Teresa!... (Entrando). ¿En qué están aquí? ¡Miren qué rositas! Y tú Teresa, ¿cuándo quieres que te confíe algo?

TERESA.—Es que se me olvidó.

IGNACIA.—Comértelo sí que no se te olvida. Se llevan tendidas todo el día.

TERESA.—¿Y qué vamos a hacer?

MARCELA.—Aburrirnos.

IGNACIA.—¿Y por qué no trabajan como yo?...

¡Ah! ¿No pueden? Ellas son señoritas, no pueden salir de la sala.

MARCELA.—Es el único sitio en que se puede estar.

IGNACIA.—¡Dios las perdone! ¡Jesús María! ¡Miren a su madre cómo trabaja! ¡Miren estas manos!

TERESA.—Esas manos son las que no queremos tener nosotras.

MARCELA.—Usted está acostumbrada.

IGNACIA. — Castígame, Señor, por vieja bruta que soy. Yo tengo la culpa; si en vez de mandarlas a Santiago a que se educaran, las meto aquí en la escuela, otro gallo cantaría, pero una siempre con el deseo de que sean lo más posible.

TERESA.—Mejor habría sido que nos hubiese dejado aquí.

MARCELA.—¡No veo con qué objeto nos ha “civilizado”. ¿Para hablar con el boticario, con don Basilio, con el hijo de don Lepe el del almacén? . . .

TERESA.—¿O para hablar en francés con Lorenzo?

MARCELA y TERESA.—¡Ja, ja, ja! . . . ¡Con Lorenzo!

IGNACIA.—No encontrarás en tu vida un joven tan serio y trabajador como Lorenzo.

TERESA.—Y tan bruto.

IGNACIA.—¡Paciencia, Señor, paciencia! (*Golpean en la ventana*).

MARCELA y TERESA.—(*Poniéndose de pie*). ¡La Elvira!

MARCELA.—Entra, niña. ¿Cómo te va?

ELVIRA.—(*Entrando por foro*). ¿Cómo te va? Voy de pasadita.

TERESA.—Pero entra un momento.

ELVIRA.—¿Cómo está, señora Ignacia?

IGNACIA.—Bien, hijita, gracias. ¿Y tu marido? Pero pasa un momentito.

ELVIRA.—Cinco minutitos nada más.

MARCELA.—Toma asiento; cuenta cómo te va yendo.

ELVIRA.—Bien.

TERESA.—Te pierdes que no se sabe de tí.

ELVIRA.—Los quehaceres de la casa no dejan tiempo: hoy estaba por salir desde la mañana.

IGNACIA.—¿Y los niños?

ELVIRA.—A Perico no más lo he tenido con tos.

IGNACIA.—¡Vaya por Dios! ¿Pero ya está bien?

ELVIRA.—Del todo no. ¡Son tan porfiados!

IGNACIA:—Molestan grandes y no lo van a hacer de chicos.

ELVIRA.—Supongo que por las chiquillas no ha de decirlo...

IGNACIA. — No diga, hijita; más vale callarse... (Pausa). Con su permiso, Elvirá; usted me disculpará, estoy haciendo un dulce y...

ELVIRA.—Está usted en su casa; yo también me voy pronto.

IGNACIA.—Por si no la veo, saludos a Javier y que se mejore el chico.

ELVIRA.—Gracias. (Sale Ignacia). ¿Que están disgustadas con misiá Ignacia?

TERESA.—No, niña; son indirectas de la señora porque no me caso con quien ella quiere.

ELVIRA. — Cariño egoísta. Cuando se llega a cierta edad se piensa con el cerebro y se cree que la base de toda felicidad está en el dinero. (Entra la tía Tataya. Es una viejecita pequeña y arrugada, parece un montoncito de azúcar a medio disolver. Tose de vez en cuando, habla muy poco y muy bajo; para andar se apoya en un bastón. Tiene 80 años. En el cuarto hay una silla de brazos junto a la ventana, allí pasa las horas muertas rezando el rosario y hablando a solas). ¿Cómo está usted, misiá Leocadia?

TATAYA. — Ya me ves, hijita, esperando que Dios me lleve... No me sujetes, si puedo yo sola; aquí está mi silla.

TERESA.—La tía Tataya es el niño regalón de la casa

MARCELA.—Duerme la siesta y reza el rosario por nosotras.

TATAYA.—(Instalándose en su silla). Por mí, lo rezo. (Se abstrae, casi inmóvil, pasando su rosario).

ELVIRA.—Miren que está viejita.

TERESA.—Pensar que yo pueda llegar a ser como ella, me da terror; ella, que lo único que conoce del mundo son las cuentas de su rosario y unos amores que dice que tuvo con un mozo de la ciudad, que vino a enamorarla y la dejó embrujada, según cuenta la leyenda. Desde ese día no ha vuelto a salir de casa, no se ha movido de su silla, debe estar esperándolo.

MARCELA.—El día que al anochecer entre yo en este cuarto y no la encuentre en esa silla tendré miedo.

TERESA.—Tú no sabes, Elvira, el desencanto de la vida que nosotras sentimos.

MARCELA. — Hemos aquí de la noche a la mañana, confinadas en este pueblo obscuro y silencioso, en que se embotan los sentidos y en que las pisadas parecen paladas de tierra arrojadas sobre una fosa.

TERESA.—Secuestradas, hundidas para siempre en estas aguas mansas.

ELVIRA.—Ustedes exageran.

MARCELA.—¡Ojalá! ¿Qué vida nos espera? ¿Casarnos? Tener que aceptar, porque no amaremos nunca, al hijo de don Iñigo que se emborracha de diario, a Manuel Jesús que apenas sabe firmarse, al hijo del boticario; en fin, tú les conoces a todos.

TERESA.—Es preferible morirse.

MARCELA.—El gran error es habernos educado en Santiago. Tal vez sin eso nos hubiéramos conformado con esta vida de sumisión, como se han conformado nuestras madres y nuestras abuelas.

TERESA.—Se me imagina que somos las desencantadas de Pierre Loti. ¿No conoces tú la novela de Loti?

ELVIRA.—No. Ahora quién lee cuidando chiquillos y sirvientes.

TERESA.—Es muy linda. En ella se cuenta la vida de las jóvenes turcas que son educadas a la europea. Forman sus padres de cada una de ellas, una mujer esencialmente femenina y culta, y luego las mantienen encerradas hasta que un noble o un militarote la pide en matrimonio, sin saber siquiera, si son feas o hermosas, inteligentes o tontas; nada más que por título y su dote; es una compra que hacen. Y allí, en ese nuevo hogar, terminan entre tinieblas sus días entregadas a un hombre a quien odian.

ELVIRA.—Qué antipática costumbre la de Oriente.

MARCELA.—Esas mujeres son esclavas que tienen que fingir amor, no vivirán jamás su propia vida.

ELVIRA.—No se casen, chiquillas, sin estar enamoradas, que el matrimonio no vale el sacrificio, cuando no se vive al calor de un amor que fué.

TERESA.—¿Eres desgraciada en tu matrimonio?

MARCELA.—¡Pobre Elvira!

ELVIRA.—¿Desgraciada? Tal vez no.

MARCELA.—Cuando te casaste todos decíamos que no querías a Javier.

ELVIRA.—No, no le quería, lo sentía y lo veía inferior a mí, pero era “un partido”, papá y mamá lo eligieron, y no fuí capaz de oponerme.

TERESA.—¿Y lo aceptaste?

ELVIRA.—El insistió diciendo “yo me haré querer”. No es malo.

MARCELA.—¿Lo quieres ahora?

ELVIRA.—Tu pregunta es demasiado indiscreta y no sé qué responder. Nos embrutecemos; llega un momento en que no sabemos nada ni nada nos importa, no tenemos deseos ni ambiciones, no sabemos lo que nos gustaría ser y vivimos porque somos; pasa un día, un año y otro, y los quehaceres nos transforman en máquina; nos olvidamos del corazón y del cerebro. No me preguntes si lo quiero, no sabría responder.

TERESA.—Me quieren casar con Lorenzo, pero están brusco, tan toscote, tan machango, tan ignorante, tan sin sentimientos, que me da asco.

ELVIRA.—No te cases, es un consejo de amiga.

TERESA.—No, si ya estoy resuelta a no aceptarlo.

REBECA.—(Por el foro). ¿Se puede?

MARCELA.—¡Adelante!

REBECA.—Con permiso.

TERESA.—Rebeca, ¡qué milagro!

MARCELA.—¿Cómo te va, Rebeca? Siéntate y cuéntanos qué te trae por acá.

TERESA.—Pero siéntate, niña. ¿Y los abuelos cómo quedaron?

REBECA.—Están bien, gracias.

MARCELA.—Pensando en ir a verlos estábamos.

REBECA.—Ellos siempre se acuerdan de ustedes y dicen que son unas ingratas... Tía Tataya, ¿cómo está usted?

TATAYA.—¿Quién eres tú? La voz me parece reconocerla, pero... aguarda...

MARCELA.—Si es la Rebeca, tía.

TERESA.—La hija del finado Enrique.

TATAYA.—¿La hija del finado Enrique? ¿La Rebe-

ca? . . . Pero . . . sí . . . qué tonta en no reconocerte. Acércate, pero si se parece, si es igual.

MARCELA.—Eso es infalible, todos nos parecemos.

TATAYA.—Y los abuelos. ¿Cómo están?

REBECA.—Están bien, me encargaron la saludara.

TATAYA.—Enrique . . . Enriquito, como le decíamos, diantre de muchacho . . . si es claro, es su retrato . . . Enrique, tan diablón que era Enrique . . . miren . . . la vida . . . claro . . . igual . . . es igual.

TERESA.—(En voz baja a Rebeca). Dejémosla. Acércate acá.

MARCELA.—Y dinos, Rebeca, ¿y Juan Antonio? Si sabemos ya que Juan Antonio y tú . . .

TERESA.—Sí no es ningún delito . . .

REBECA.—Pero, si es que . . . no es más que un amigo.

TERESA.—De la amistad al amor no hay más que un paso.

REBECA.—Amor . . . no . . . sí . . .

MARCELA.—Si no te vamos a acusar a los abuelos. Cuéntanos.

TERESA.—¿Cuándo te casas?

REBECA.—Si Juan Antonio es muy bueno. (Las muchachas ríen de la ingenuidad de Rebeca).

MARCELA.—Si nadie lo duda.

REBECA.—Yo había venido, porque los abuelos me mandaron que le dijeran a la tía . . . ¿no está la tía? . . . o al tío . . .

TERESA.—Sí está la tía. (Todas se ríen, Rebeca se confunde más).

REBECA.—Porque los abuelos me dijeron que le dijera que llegó ayer carta de la Martita y del tío Moisés y . . .

MARCELA.—¿Y qué dice la Marta?

REBECA.—Que vienen a pasar unos días con nosotros.

TERESA.—¿Viene la Marta?

MARCELA.—¿Y cuándo?

REBECA.—En estos días. Y por eso me dijeron los abuelos que viniera a hablar con la tía, por si ella pudiera prestarnos un catre, porque ustedes saben que nosotras . . .

TERESA.—Pero naturalmente.

REBECA.—Porque ustedes saben que allá en Santiago... y nosotras no tenemos...

MARCELA.—Pero todo lo que quiera. Voy a decirle a mamá. (*Mutis*).

ELVIRA.—Es una sorpresa. ¿Cuánto tiempo que no viene?

REBECA.—Que falta de aquí, ya va para diez años.

ELVIRA.—Ya no te acordarás de tu hermana.

REBECA.—Está muy cambiada, ha mandado retrato; y si vieran qué bien escribe.

MARCELA. — (*Entrando*). Dice mamá que todo lo que se les ofrezca, manden por ello. Si quieren coche para ese día...

TERESA.—... no tienen más que avisar.

REBECA.—Hasta luego, Teresita.

MARCELA.—Pero, ¿ya te vas?

REBECA.—Sí, tengo que estar en casa, porque ustedes saben que los abuelos... hasta luego, Marcelita.

ELVIRA.—Yo también me voy. ¡Jesús! Si son ya cerca de las seis. ¿Nos vamos juntas, Rebeca?

REBECA.—Bueno.

ELVIRA.—Hasta luego, chiquillas.

TERESA.—Y no te pierdas.

ELVIRA.—Ustedes que no tienen nada que hacer, vayan a verme y así conocen al chico.

MARCELA.—Eso es: una de estas tardes iremos.

TERESA.—Y a los abuelos, Rebeca, que también le iremos a hacer visita.

ELVIRA.—Bueno. Adiós, vamos andando, Rebeca.

TERESA.—Adiós.

MARCELA.—No se pierdan. (*Mutis por foro, Elvira y Rebeca. Pausa*).

TERESA.—¡Por Dios, que está cambiada la Elvira!

MARCELA.—Cómo no ha de estarlo, pues, niña, si dicen que Javier le da una vida de perros.

TERESA.—¡Pobre Elvira! Dicen que le pega cada vez que se emborracha.

MARCELA.—Cobarde. A mí viniera a pegarme un marido.

TERESA.—Te quedarías callada como se queda Elvira. ¡Miren la guapa!

MARCELA.—Sí, como no. Me mandaba cambiar inmediatamente.

TERESA.—¿Y los chiquillos?

DON BASILIO.—(Afuera). Santas y buenas tardes.

MARCELA.—Don Basilio.

TERESA.—Si nos viene a buscar para que cantemos en la iglesia, le decimos que no.

MARCELA.—¡Ah! Claro. Pase adelante, don Basilio.

BASILIO.—(Es un tipo solapado e hipócrita, tiene una sonrisilla "je, je", de lo más antipática, se soba las manos constantemente; cuando no, las cruza sobre el vientre). Muy buenas tardes, mis señoritas.

TERESA.—Buenas tardes, don Basilio; ¿y la señora?

BASILIO.—Bien, gracias; y la señora mamá ¿cómo está?

MARCELA.—Por allá adentro haciendo un dulce.

BASILIO.—Vaya, vaya. Todo sea por Dios; siempre aficionada a los dulces mi señora doña Ignacia.

TERESA.—Siempre, don Basilio, siempre.

BASILIO.—Y don Felipe ¿cómo está?

MARCELA.—¿Mi papá? Bien, don Basilio; en el fundo; no tarda en llegar.

BASILIO.—Vaya, vaya con mi señor don Felipe; ¿con que en el fundo, ah? Je, je.

TERESA.—(Bajo a Marcela). Este no va a hablar nunca.

MARCELA.—¿Y usted, don Basilio, estará todo chocho con el nuevo armonio?

BASILIO.—Así no más es, mi señorita Marcela: hacía tanta falta; el otro ya no sonaba y gracias a la generosidad de algunas familias... y eso, precisamente, me trae por acá.

TERESA.—¿Una nueva colecta?

BASILIO.—No, mi señorita Teresa. (Reparando en la tía Tataya). Perdone, mi señorita Leocadia, que no la haya saludado antes; no la había visto.

MARCELA.—Tía Tataya, que la saluda don Basilio. Está un poco sorda ¿sabe? (A don Basilio).

BASILIO.—Vaya, vaya con mi señora Papaya, digo Leocadia. ¿Con que sorda? . . . Je, je.

TATAYA.—¿Cómo te va, Basilio? ¿Y el señor cura?

BASILIO.—Bien, muchas gracias; de él iba a hablar, precisamente, porque ayer, mis señoritas Teresa y Marcela, el señor cura me dijo que sería preciso hacer una fiesta para inaugurar el nuevo armonio, y así dar gracias al Señor.

TERESA.—Naturalmente.

BASILIO.—Sí, pues, eso es. Y pienso que cantarán todas las señoritas de la sociedad, sobre todo ustedes. ¿Qué les parece a ustedes?

MARCELA.—Muy buena idea.

BASILIO.—Yo le dije al señor cura: señor cura, yo iré a hablar con las señoritas, Uds., para que presten su valioso concurso. ¿Qué les parece a Uds.?

MARCELA.—Nosotras tendremos mucho gusto. ¿Quiénes más van a cantar?

BASILIO.—Las señoritas Pérez, las señoritas Macaya, las . . .

TERESA.—Nosotras sentimos mucho, don Basilio, pero no podremos asistir ese día. El señor cura es muy simpático, pero . . .

BASILIO.—Pero mi señorita Teresa, ¿y por qué?

TERESA.—Usted bien sabe, don Basilio, que nosotras no podemos estar juntas con esas.

BASILIO.—Pero en la iglesia, mi señorita Teresa.

TERESA.—Ni en la iglesia, ni en el cielo, ni en ninguna parte.

BASILIO.—Pero ese es orgullo, mis señoritas . . .

MARCELA.—Llámelo usted como quiera. La gente con la gente.

TERESA.—Además usted sabe que a papá no le gusta que vayamos a la iglesia. Así es que será para otra ocasión.

BASILIO.—Pero ¿no habría modo de "congeniar" las cosas? Es para Dios y Nuestra Señora. Yo las pondré a un lado a ustedes y a otro a . . .

MARCELA.—Sólo en el caso que no fueran ellas, y como eso no sucederá . . .

TERESA.—No queremos que nos pase lo de la última vez, que se pusieron a gritar a todo lo que les daba la boca

para que no se oyera lo que nosotras cantábamos. Que griten solas.

BASILIO.—Vaya, vaya, todo sea por Dios, mis señoritas.

FELIPE.—(*Padre de las muchachas. Un campesino: entra por el foro acompañado de su compadre, el alcalde. Lorenzo y Manuel Jesús. Este se queda en la puerta*). Pase por acá, compadre. Entren, jóvenes, por aquí deben de estar las niñas.

MARCELA.—Buenas tardes, papá.

FELIPE.—Buenas tardes, chiquillas. ¿Y tu madre, está por ahí? Avísale que viene conmigo el compadre.

TERESA.—(*Yendo a una puerta*). Mamá... mamá... el señor alcalde.

IGNACIA.—(*Desde adentro*). Ya voy, hijita, ya voy.

ALCALDE.—¿Y cómo están ustedes, señoritas? ¿Siempre buenas mozas, eh?

MARCELA.—Es usted muy amable.

LORENZO.—Don Felipe, Manuel Jesús no quiere entrar.

ALCALDE.—Hola, don Basi, ¿cómo va? ¿Qué dice el cura, mucha limosna? ¡Ja, ja!... (*Ríe a menudo y estrepitosamente*).

FELIPE.—Tomar asiento, pues. Están en su casa. Entra, Lorenzo.

LORENZO.—Estoy convenciendo a Manuel Jesús que no quiere pasar.

FELIPE.—Entre no más, amigo, que aquí entre todos lo vamos a desplumar.

ALCALDE.—Me tinca que la brisquita de hoy va a ser pa mí.

LORENZO.—Entra, hombre, si no muerde nadie.

M. JESUS.—Si ando muy indecente.

LORENZO.—Buenas tardes, Teresita.

TERESA.—Buenas tardes, Lorenzo.

LORENZO.—Buenas tardes, Marcelita. Este está todo achunchao.

M. JESUS.—Achunchao no. ¿Cómo están... señoritas? Ustedes disculpen si vengo en esta facha. (*Va de espuelas, manta y botas*).

MARCELA.—Está muy bien así.

LORENZO.—¡No ves, hombre, achuncharse porque está ensillao! ¡Si venimos del trabajo, pues amigo!

FELIPE.—Dígame, don Basi, ¿qué dice el cura de elecciones?

BASILIO.—Poco sé de elecciones, mi señor don Felipe.

FELIPE.—¿Conque no sabe, no? Dígale que en estas elecciones no se las va a llevar tan pelaitas; que la juventud radical se impone. ¿No es así, compadre?

ALCALDE.—Me paralila, compadre. Ya puede el cura ir poniendo los monos patas p'arriba, que la elección es nuestra. Dé la juventud radical.

BASILIO.—Vaya, vaya, por Dios, mi señor alcalde. *(Los muchachos y muchachas han formado grupo aparte).*

FELIPE.—Oye, Marcela, busca los naipes y los porotos y . . . ¿Qué tal vendría una copita de chacolo?

ALCALDE.—¿Pa qué le digo ná, pues, compadre? *(Mutis, Marcela, derecha).*

IGNACIA.—*(Entrando izquierda).* Buenas tarde, compadre, felices los ojos que lo ven. ¿Y la comadre?

ALCALDE.—¿Cómo le va, comadrita? Todos bien en la casa.

IGNACIA.—Disculpe que no le dé la mano, estoy haciendo un dulce y . . .

ALCALDE.—Está en su casa, comadre.

IGNACIA.—Ya le mandaré un poquito a la comadre para que pruebe.

ALCALDE.—Muy agradecido.

M. JESUS.—Muy buenas tardes, misiá Ignacia.

LORENZO.—Buenas tardes, señora.

IGNACIA.—No se molesten. Ya vuelvo, voy a lavarme las manos.

FELIPE.—No te demorís pa que echemos una manito de brisca. *(Mutis Ignacia).*

MARCELA.—*(Entrando con bandeja y copas).* Sírvanse.

FELIPE.—Atracarse, señores. El que tenga sed que baje al agua. Salud, compadre.

ALCALDE.—¡Salud, por los conspicuos del radicalismo!

LORENZO.—Eso es ser de línea. ¡Tan atenta la Marcelita!

BASILIO.—(*Pausa*). Vaya, vaya por la exigencia...  
Je... je... (*Se sirve*).

LORENZO.—¿Y usted no se sirve, Teresita?

TERESA.—Yo no, gracias.

LORENZO.—Un poquito, por mí.

TERESA.—Miren, pues...

FELIPE.—Bueno, salud. Esto no será vino de misa, pero se deja tomar.

ALCALDE.—¿Al "seco"?

LORENZO.—Al seco.

BASILIO.—Hasta verte Cristo mío. (*Se lo bebe todo*).

ALCALDE.—Rico está.

LORENZO.—De rechupete.

MARCELA.—¿Y usted no se sirve, Manuel Jesús?

M. JESUS.—Si usted me ofrece...

MARCELA.—¿Y por qué no?

M. JESUS.—Salud.

FELIPE.—Oye, Marcela, ¿este chacolí es de la segunda pipa del rincón?

MARCELA.—Sí, papá.

FELIPE.—Pues ha salido muy bueno.

LORENZO.—A Manuel Jesús se le va a hinchar la jeta.

M. JESUS.—Bueno qué bien fino el amigo Lorenzo.

LORENZO.—Ya se enojó.

IGNACIA.—(*Entrando*). Ya estoy a sus órdenes.

ALCALDE.—¿No se sirve una copita de chacolo, comadre? Está bien mansito.

IGNACIA.—Bueno, pues, compadre, ya que me ofrece...

ALCALDE.—¿No ven como cuido a la comadre? Y después dicen que no soy atento. ¡Salud!

FELIPE.—Atracarse acá los que van a jugar.

BASILIO.—Yo con el permiso de ustedes me retiro...

FELIPE.—¿No quiere perder unas chauchitas?...

LORENZO.—Le pega la señora Jenara.

BASILIO.—No, gracias. Bueno. Adiosito mi señor don Felipe. Adiosito mi señora doña Ignacia. Adiosito.

LORENZO.—Qué tanto adiosito, señor. . . Despidase a la inglesa; no va acabar nunca así.

BASILIO.—Vaya, vaya. Cierto no más es. Adiosito.

IGNACIA.—Saludos al señor cura.

FELIPE.—Y a la señora.

ALCALDE.—¿Del cura?

LORENZO.—No sea mal intencionado, señor alcalde. . . si el cura es viudo.

IGNACIA.—No estén diciendo herejías porque no se las celebros.

BASILIO.—Vaya, vaya, con mi señor don Lorenzo, tan bromista. ¡Adiosito! (*Mutis foro*).

TODOS.—Hasta luego.

ALCALDE.—Aquí a mi lado, comadre.

LORENZO.—Ustedes me disculpen, yo no juego hoy: que Manuel Jesús me reemplace.

FELIPE.—Bueno, por hoy lo perdonamos. (*Ignacia, el Alcalde, M. Jesús y Felipe sentados alrededor de la mesa: Teresa y Lorenzo sentados el uno al lado del otro sin hablarse: Marcela junto a la ventana tejiendo; la tía Tataya añora. De pronto se oye la campanita de la parroquia que glosa el Angelus*).

IGNACIA.—El Angelus, niñitas, a rezar.

TATAYA.—Alabado sea Dios el señor que me ha dado un día más de vida.

FELIPE.—Oiga compadre, a nosotros nos llaman allá afuera.

IGNACIA.—¡Herejotes!

ALCALDE.—De allá somos. (*Mutis derecha Alcalde, Felipe, M. Jesús y Lorenzo*).

IGNACIA.—(*De rodillas ante la imagen*). El Angel del Señor anunció a María. Dios te salve María llena eres de gracia. (*Etcétera*). En el nombre del padre, del hijo, del Espíritu Santo amén. (*Todos corean*). Entren, herejes.

FELIPE.—¿Escampó? (*Ha empezado a oscurecer. Marcela sale en busca de una lámpara*).

IGNACIA.—Capaz que Dios los castigue.

ALCALDE.—(*Entrando seguido de M. Jesús y Lorenzo*). ¿Quién da?

M. JESUS.—Yo, si ustedes quieren.

FELIPE.—A ver qué tal mano.

IGNACIA.—Deme buenas cartas, pues.

LORENZO.—¿Se ha acordado hoy de mí, Teresita?

TERESA.—No. No veo por qué había de acordarme.

LORENZO.—¿Ni una vez?

TERESA.—Ni una vez.

LORENZO.—(*Marcela entra con la lámpara*). ¿Y por qué?

TERESA.—Tengo muchas cosas en qué pensar.

LORENZO.—¿Por qué es tan mala conmigo? Yo que me acuerdo tanto de usted.

TERESA.—Muchas gracias.

LORENZO.—Es que con que me lo agradezca sólo no me conformo yo.

TERESA.—Peor para usted. (*Pausa*).

FELIPE.—Guarda, pues, compadre, no me vaya a echar por el desvío.

M. JESUS.—Estamos en la buena, señora.

IGNACIA.—Va a ser con campanillas.

TERESA.—Ya sabe que no me gustan las bromas.

LORENZO.—Yo que estaba tan contento, Teresita; fíjese que acabo de comprar un novillo que ni regalado.

TERESA.—A algún pobre que estaba afligido de dinero.

LORENZO.—Uno tiene que mirar sus intereses... ¿Por qué me desprecia de ese modo, Teresa?

TERESA.—¿Qué decía?

LORENZO.—Ya ni siquiera me escucha.

TERESA.—Estaba distraída.

LORENZO.—Con su permiso: voy a ver qué tal va el juego. (*Va a la mesa*).

TERESA.—Vaya, no más. (*Aparte*). Antipático, pesado, no entiende nunca cuando molesta.

MARCELA.—¿Qué te decía?

TERESA.—Estupideces, majaderías; hablándome de novillos.

MARCELA.—(*Pausa*). ¿Hoy no hubo correo?

TERESA.—No. ¿Esperas carta?

MARCELA.—No. (*Pausa. Marcela y Teresa están sentadas junto a la ventana*).

TERESA.—¿Por qué no habrán encendido el otro farol de la esquina?

MARCELA.—De veras. ¿Por qué será?

LORENZO.—Un peso a que gana la señora Ignacia.

ALCALDE.—Conmigo.

MARCELA.—Qué aburrimiento...

TERESA.—¿Salgamos a andar?...

MARCELA.—No siento deseos de moverme. (*Pausa. Se desperezan*).

TERESA.—Hoy no ha pasado el hombre del sombrero verde.

MARCELA.—Ni la sirvienta de don Andrés.

TERESA.—Mira que es raro.

MARCELA.—Cierto... (*Pausa*).

TERESA.—Allá está mi estrellita. Mañana va a amanecer un día muy bonito; siempre que se ve esa nube blanca amanece... Mira el cielo.

MARCELA.—Igual que todos los días.

TERESA.—Verdad, igual.

IGNACIA.—Y las cuarenta.

M. JESUS.—¡Las cuarenta!...

FELIPE.—¡Caramba con la chambonada!...

ALCALDE.—¡Nos fregamos, compañeros! (*Las dos muchachas bostezan largamente*).

TELON LENTO

## ACTO SEGUNDO

Una salita pobre que sirve a la vez de sala de recibo y comedor. Una puerta foro que da al campo, dos ventanas de reja estilo colonial. Puertas laterales, izquierda y derecha. Una mesa de centro, varios pisos de paja, sillas de bambú, un pequeño trinche. En un rincón, arcos de montar y útiles de labor. Palas, rastrillos, etc. En los muros recortes de revistas, tarjetas postales y algunos retratos en marco de cartón forrados con papel de estaño, varias palmas benditas, un atado de toronjil y yerba mota seca, un cuero de conejo clavado para secar. De las vigas que están al descubierto, penden numerosas cuelgas de cebollas. En un rincón sobre una silla, paquetes y maletas de los viajeros. Las siete de la mañana.

*En escena, don Isidro y la señora Rita arreglando la mesa para el desayuno*

RITA.—¿Dónde se habrá metido Rebeca? Tanto que demora.

ISIDRO.—Pero mujer, ¿qué apuro tan grande tienes?

RITA.—Tres vacas que hay que ordeñar y tanto demorarse, de seguro se ha quedado en conversación con Juan Antonio.

ISIDRO.—Déjalos, para eso son jóvenes.

RITA.—Se va a levantar Martita, y la leche no va a estar lista.

ISIDRO.—Si es muy temprano aun, en la ciudad están acostumbrados a levantarse tarde, además el cansancio del viaje.

RITA.—¿Cómo habrán dormido!

ISIDRO.—Como unos benditos. ¿Tú te imaginas que después de un viaje como el que han hecho, hay tiempo de extrañar la cama?

RITA.—La Mercedes es tan regodeona... Quizá si Martita prefiere la fruta, al desayuno.

ISIDRO.—Pon de las dos cosas y asunto concluído; para todo haces una historia.

RITA.—Estás insoportable; parece que no estuvieras contento de tener a la niña aquí.

ISIDRO.—Lo que hay es que no me gustan las exageraciones.

RITA.—Y esta muchacha que no viene. (*Yendo a la puerta*). Rebeca, apúrate, niña.

ISIDRO.—Chitt... No grites que las vas a despertar.

RITA.—Verdad... Qué te decía yo, allí viene con Juan Antonio.

ISIDRO.—Bueno, ¿y qué? Me avisas cuando esté el desayuno, voy a ver los conejos. (*Mutis*).

RITA.—Miren, qué vergüenza, las servilletas que voy a poner.

REBECA.—(*Seguida de Juan Antonio que trae el balde con leche*). Mira que eres tonto, tanto que te dije...

J. ANTONIO.—¡Ja, ja, ja!

RITA.—¡¡Chitt!! Silencio. No hagan ruido que las van a despertar.

J. ANTONIO.—Perdón, misiá Rita, no se me había alcanzado.

RITA.—Y tú, niña, parece que lo haces de intento el demorararte.

REBECA.—Es que habían soltado los terneros; si no es por Juan Antonio...

RITA.—Bueno, bueno; trae acá la leche y sigue arreglando aquí, mientras yo preparo el desayuno. (*Mutis Rita izquierda, Rebeca empieza a asear los muebles*).

J. ANTONIO.—¿Te ayudo?

REBECA.—Bueno, pero ten cuidado de no hacer bulla, ni vayas a quebrar nada.

J. ANTONIO.—Si no, niña.

REBECA.—Ayer cuando llegó la Martita te busqué por todos lados.

J. ANTONIO.—Yo estaba escondido.

REBECA.—¡Huaso! ¿Así es que no la has visto?

J. ANTONIO.—¡Ja, ja, ja!... Si la vi.

REBECA.—¡Chitts! No te rías tan fuerte, te aicen.

J. ANTONIO.—¡Ja, ja! (*Tapándose la boca*). Güeno que son bien reelegantes, por eso yo no me animé a acercarme, además había tantísima gente.

REBECA.—¿Y te gustó?

J. ANTONIO.—¡Psch! Así, así no más. Mucha calcomanía, mucha labia, mucha... ¡Psch!... ¡Cosas de la ciudad!

REBECA.—¡Miren qué facha!

J. ANTONIO.—Me gustai más vos.

REBECA.—Déjate, chinchoso.

J. ANTONIO.—Además, tiene facha de orgullosa.

REBECA.—¡Orgullosa! Lo menos que tiene. Es más buena... Ya ves conmigo; me besó y me abrazó.

J. ANTONIO.—Miren, qué gracia, cómo que es tu hermana.

REBECA.—Pero ella es una señorita, ha estudiado en los mejores colegios de Santiago... mira todas las maletas que trae: toda es ropa suya, llenas de bordado y cintas, vieras tú.

J. ANTONIO.—¡Uy!

REBECA.—No toquís. Vieras tú las enaguas, las camisas.

J. ANTONIO.—¡Sí que viera!

REBECA.—Mira el quitasol. (*Rebeca abre el quitasol. Juan Antonio se pone debajo*).

J. ANTONIO.—Qué bien nos vemos aquí a la sombrita.

REBECA.—(*Cambiando de tono*). ¿Sabes una cosa? No hemos puesto flores.

J. ANTONIO.—Cierto.

REBECA.—A ella le gustan mucho las flores. Anda a cortar algunas rosas aquí al jardín.

J. ANTONIO.—Güeno.

REBECA.—Pero que no vayan a ser feas, elígelas con cuidado.

J. ANTONIO.—Sí, sí, no me recomendís tanto, también sé elegirlas. (*Mutis por el foro, Juan Antonio: por entre las rejas de la ventana se le ve pasar cortando flores. Rebeca, aprovechando la soledad, se prueba la capa de viaje de Marta y se mira al espejo, luego sintiendo pasos se desviste presurosa*).

RITA.—(*Entrando*). ¿No se ha levantado?

REBECA.—¿Quiere usted que vaya a ver si algo se le ofrece?

RITA.—No, la pobrecita estará cansada. Espera que llame y me avisas.

REBECA.—Bueno. (*Mutis Rita, izquierda. Rebeca yendo a la puerta*). Ya está bueno, Juan Antonio, no cortis más.

J. ANTONIO.—(*Llegando por foro, con un mamojo*). Mira que están bien bonitas. Mirá, ésta se parece a ti.

REBECA.—Cállate, tonto, no digas disparates.

J. ANTONIO.—¡Disparates!... Igualita a ti, rosadita como tus cachetes y tus labios. (*Le da un beso a la flor*).

REBECA.—Tú eres loco.

J. ANTONIO.—Muchas veces lo he pensado y me hace la mar de gracia. Mirale la fachita que tiene, al igual que vos cuando te enojai conmigo, me dan ganas de abrirla pa verle el corazón.

REBECA.—¿Y tú creís que tienen corazón las flores?

J. ANTONIO.—¡Ah! Cierto que dicen que las flores por ser mujeres no tienen corazón.

REBECA.—Miren las cosas que dice. Tenemos, y más corazón que ustedes.

J. ANTONIO.—¿Y vos tenís corazón?

REBECA.—Sí.

J. ANTONIO.—¿Estás segura?

REBECA.—Sí.

J. ANTONIO.—¿Querís hacerme el favor de preguntarle si conoce a un tal Juan Antonio.

REBECA.—Dice que sí.

J. ANTONIO.—¿Y lo quiere?

REBECA.—Dice que esa es pregunta demasiado indiscreta.

J. ANTONIO.—Y tú, Rebeca ¿qué decís tú?

REBECA.—Yo, Juan Antonio. Yo digo lo mismo que él. Bueno, arreglemos las flores. Dame.

J. ANTONIO.—No, hasta que no me contestes.

REBECA.—Ya te contesté. Dame, que se hace tarde.

J. ANTONIO.—No, no, no.

REBECA.—Bueno, sí, sí, mucho.

J. ANTONIO.—¡Ah, así sí! Toma.

REBECA.—Pero conste que te lo he dicho para que me entregara las flores.

J. ANTONIO.—¡Tramposa!

REBECA.—A pillo, pillo y medio.

MARTA.—(Saliendo. Derecha). ¡Qué vergüenza más grande! ¡Yo que me iba a levantar antes que el sol!

REBECA.—¿Cómo ha amanecido, Martita? ¿Por qué no me llamó? (Juan Antonio se va a un rincón).

MARTA.—Bien, gracias. ¿Y la madrina no se ha levantado?

REBECA.—Aun no.

MARTA.—Miren que flojonaza; ligerito voy a despertarla.

REBECA.—¿Qué prefiere de desayuno? Hay frutas, té.

MARTA.—¿Qué prefiere, has dicho? ¿Estás loca?

REBECA.—¿Por qué?

MARTA.—¿De cuando acá me tratas de usted?

REBECA.—Pero es que...

MARTA.—No hay pero que valga. Ven y dame un beso y un abrazo en castigo. ¿Háse visto? En penitencia y ligerito.

REBECA.—(Abrazándola). ¡Marta, Martita!

MARTA.—Hermana... ven acá; siéntate aquí a mi lado; vamos a conversar largo, vas a contarme todos tus secretos; vas a contarme todo lo que no me has contado en los años de ausencia; lo que no cabía en las cartas; yo soy muy curiosa y quiero saber lo que piensa mi hermanita. Yo voy, en tanto, a hincarle el diente a estas peras que están tentadoras; porque he de decirte que no sé si el aire de acá o el viaje, pero lo cierto del caso es que estoy con un apetito voraz.

REBECA.—Pero si son para tí. Este queso ha sido hecho aquí en casa, especial para ti. La abuelita está preparando el té; voy a avisarla.

MARTA.—No, no te escabullas. Déjala, no hay apuro. (Comiendo una). Estas peras están deliciosas. Y dime, que estoy curiosa, ¿cuál es tu novio que no lo he visto?

REBECA.—¿Mi novio? Si yo no tengo novio.

MARTA.—¿Cómo que no? Y aquel de quien tan a menudo y con tanto cariño hablabas en tus cartas; aquel... ¿cómo se llamaba? ¡Ah! ya recuerdo: Juan Antonio; eso es.

REBECA.—No; si no, Martita; yo te aseguro que...

MARTA.—No me asegures nada. (*Reparando, gracias a las miradas angustiosas de Rebeca, en Juan Antonio, que está en un rincón deshojando rosas, tan confundido como Rebeca*). Pero, calla; no había reparado...

REBECA.—Es... es... Juan...

MARTA.—Juan Antonio... ¡Ja... ja... ja!... Juan Antonio ¡qué gracioso! (*Lo examina de pies a cabeza con un airécillo burlón*).

REBECA.—Juan Antonio, te presento a mi hermana.

MARTA.—Mucho gusto en conocerlo, señor Juan Antonio; acérquese con confianza. ¡Ja... ja... ja!... ¡Qué divertido!

J. ANTONIO.—Servidor de usted, para servirle.

MARTA.—¿Conque éste es Juan Antonio? Pero ¡qué graciosa es mi hermanita!

REBECA.—Sí; pero... es... que... voy a traerte el té.

MARTA.—No faltaría otra cosa. Yo voy a sorprender a la abuelita que me cree dormida.

REBECA.—Pero tú... yo iré...

MARTA.—Nada, nada, yo voy. ¡Qué divertido! ¡Ja... ja... ja...! Con su permiso, señor Juan Antonio. ¡Ja... ja... ja... (Mutis izquierda).

J. ANTONIO.—¿Has visto como se ha burlado de mí?...

REBECA.—No lo creas, es que ella es así.

J. ANTONIO.—Razón tenía yo al no querer venir; los de la ciudad son todos iguales.

REBECA.—Es natural, Juan Antonio, que nosotros les parezcamos ridículos.

J. ANTONIO.—Vos lo encontraréis natural, lo que es de mí no se ríe nadie; si esa es la educación que les dan en la ciudad, con su pan se lo coman.

REBECA.—Si no lo ha hecho con mala intención.

J. ANTONIO.—No tratís de disculparla. Lo que es yo me considero tan digno y honrado como el que más, y desde hoy, no vuelvo a poner los pies en esta casa mientras esté en ella esa señorita.

REBECA.—Pero, Juan Antonio, ¿qué culpa tengo yo?

J. ANTONIO.—Lo dicho: a mi rancho, allí todos me respetan. Hasta luego. (*Mutis*).

REBECA.—Oye, Juan Antonio. ¡Vuelve, Juan Antonio... Juan Antonio!...

MARTA.—(*Entrando*). No, yo se lo llevaré, abuelita, yo tengo buenas piernas. (*A Rebeca*). ¿Dónde está? ¿Y Juan Antonio?

REBECA.—Se fué.

MARTA.—¿Y sin despedirse? ¿Pero qué te pasa?

REBECA.—Nada.

MARTA.—¿Que te sucede? ¿Por qué se ha ido? ¿Han reñido?

REBECA.—No.

MARTA.—Dime por qué, entonces.

REBECA.—Se ha ofendido porque creyó que te burlabas de él.

MARTA.—¿Yo? ¡Qué ocurrencia!

REBECA.—Me ha dicho que no volverá, mientras estás tú acá.

MARTA.—No te aflijas. Por donde se ha ido. (*Yendo a la puerta*). ¿Por allí?

REBECA.—¿Qué vas a hacer?

MARTA.—Allá va. ¡Eh! ¡Pschtt! Juan Antonio. (*Se va llamándolo*). ¡Juan Antonioooo!

REBECA.—Qué loca es. Y lo va a alcanzar. Ya mira... Y se detiene... Ya vuelven... Qué loca es.

MARTA.—Venga acá, señor malas pulgas. ¿Conque se iba enojado conmigo, no? Sepa Ud. que conmigo no se enoja nadie, menos un joven tan simpático como usted. Oye, Rebeca, ¿sabes que no tienes mal gusto?

REBECA.—¡Pero, Martita!...

MARTA.—Digo yo, si es de él de quien me hablabas en las cartas...

J. ANTONIO.—Yo señorita, he de decirle que en realidad me molestó que usted se burlara de mí, tal vez yo soy poco fino en mi trato, pero...

MARTA.—Nada, si soy yo la que ha de dar excusas; yo fui la mal educada que me reí de ver lo "planchera" que soy; pero usted me perdona, ¿no es verdad?

REBECA.—Claro que sí.

J. ANTONIO.—¿Perdonarla yo a usted? No es pa tanto.

MARTA.—Así me gusta que no sea usted rencoroso. ¿Sabes, Rebeca, que es bien simpático tu Juan Antonio?

REBECA.—¡¡Martita!!

MARTA.—No te escandalices, niña, es la verdad. Seremos muy buenos amigos, Juan Antonio. Y se me ocurre una idea: Usted que conoce estos lugares, los sitios más pintorescos...

J. ANTONIO.—Como la palma e la mano.

REBECA.—Cuando chico éste no dejó sitio que no recorrió, y aun ahora...

MARTA.—¿Quiere usted ser mi guía?

J. ANTONIO.—Con mucho gusto.

MARTA.—Magnífico. Quiero recordarlo todo. Hoy mismo empezaremos; la Teresa y la Marcela quedaron de pasarme a buscar: iremos juntos.

J. ANTONIO.—Yo no las conozco.

MARTA.—Yo lo presentaré. Quiero recorrer todo el pueblo, de punta a cabo, como cuando era chiquilla.

RITA.—(Seguida de Isidro). Qué cotorra ésta, no le ha parado la boca desde que se ha levantado.

MARTA.—¿Abuelito, cómo ha amanecido?

ISIDRO.—Y tú, loquita, estás desconocida, ¡cuando te fuiste a la ciudad eras tímida!

MARTA.—Y vuelvo hecha una sinvergüenza, ¿no es eso?

ISIDRO.—No, no. No es eso.

RITA.—Siéntate a la mesa, hijita, y disculpa lo pobre.

MARTA.—Me llega a dar vergüenza, me llevo comiendo.

RITA.—Calla, somos nosotros los que nos avergonzamos. ¡Muy mala noche pasaste?

MARTA.—No supe de mí, he dormido como un angelito.

RITA.—Me parece mentira que te estoy viendo; me figuraba que me iba a morir sin verte, eres el vivo retrato de tu madre, la finada que...

MARTA.—Vamos, abuelita, en vez de alegrarte te pones a pensar en cosas tristes.

RITA.—Cómo hubiera gozado la pobre viéndote así.

ISIDRO.—Si estas viejas son así, niña.

MARTA.—Pero esta madrina que no se levanta, voy a despertarla.

ISIDRO.—Déjala dormir.

MARTA.—(*Golpeando*). ¡Madrina flojonaza! Levantarse que me voy a tomar todo el desayuno.

RITA.—¡Encanto de chiquilla! Quien la vió...

MARTA.—Madrina...

MERCEDES.—(*Adentro*). ¡Ya voy, ya voy!...

TERESA.—(*Entrando por foro, seguida de Marcela*).

Buenos días.

ISIDRO.—Buenos días, tengan ustedes. Dios las conserve.

MARCELA.—¿Cómo está, abuelito?

RITA.—Buenos días.

MARTA.—Creí que ya no venían.

TERESA.—Esta, que se atrasa siempre.

MARCELA.—Echame la culpa a mí.

TERESA.—Claro que tú.

MARTA.—Vaya, no peleen.

MARCELA.—Buenos días, Rebeca, supongo que irás con nosotras.

REBECA.—Buenos días, creo que no.

MARTA.—Sí, si irá. Aquí mando yo, ¿verdad, abuelita?

RITA.—Y gracias a ti que estás chiquillas vienen a ver nos.

ISIDRO.—Así no más es.

TERESA.—No sea mala lengua, abuelita, siempre que salimos pasamos a saludarla.

MARTA.—¡Oh por Dios! Tanto cobrarse sentimientos.

ISIDRO.—Siéntense, señoritas.

MARCELA.—Gracias.

MARTA.—¿Ustedes no conocen a Juan Antonio? Les presento a mi guía.

J. ANTONIO.—Para servirles, Juan Antonio...

TERESA.— Parece mentira que no nos conozcamos siendo del mismo pueblo.

MARCELA.— De conocernos, nos conocemos ya de vista, sólo que Juan Antonio parece ser poco aficionado a la tertulia.

J. ANTONIO.—En realidad, no salgo casi, los trabajos de la chacra dejan poco tiempo.

MARTA.—Pero siéntense un momento, chiquillas.

ISIDRO.—¿Con qué les van a hacer cariño a las señoras?

RITA.—¿Qué les sirvo?

REBECA.—Les ofreceré fruta.

TERESA.—No, no, gracias; acabamos de desayunar.

ISIDRO.—Pero la fruta se toma a toda hora.

MARCELA.—A mí no, gracias.

REBECA.—¿Y usted, Teresita?

ISIDRO.—No les exijas, niña, que las tienen mejores en casa.

TERESA.—Eso no.

MARCELA.— Cuéntanos algo de Santiago; estamos ansiosas de saber . . .

MARTA.—Qué voy a contarles de allá; que se aburre una soberanamente, sobre todo en esta época de verano.

TERESA.—¡Ah! Pero allá hay tantas distracciones.

MARTA.—Se las sabe una de memoria; la vida de la ciudad es cansada, el ambiente pesado, siempre las mismas caras; la cortesía y el lujo aburren; les aseguro que no esperaba sino la hora de salir de allí.

MARCELA.—Y nosotras que lo encontramos tan bonito y que soñamos con volver allá.

TERESA.—Cierto; la vida de sociedad, los paseos, los teatros.

MARTA.—Los paseos, los teatros, psh . . .

MARCELA.—¿Cuántos pololos dejaste allá?

MARTA.—¿Pololos? El flirt . . . ¡Qué tontería! Todos dicen la misma cosa, todo es afectación, aparentar más de lo que se es y de lo que se tiene.

TERESA.—¿Has ido al Ateneo?

MARTA.—Psh . . . Eso está muy cursi. ¿Les gusta la literatura?

MARCELA.—Somos locas. ¿Conociste allá a De la Vega, a?...

MARTA.—A ningún literato. Al único que se reconoce por las calles, por su facha, es a Préndez Saldías.

TERESA.—No le conocemos. Tal vez no escribe en el "Zig-Zag"...

MARTA.—Yo traigo algunas novelas en mi maleta, se las prestaré: todos autores franceses y algunos españoles.

MARCELA.—Te lo vamos a agradecer mucho.

TERESA.—¿Traes algo de Loti?

MARTA.—No; traigo Bordeaux, Ricardo León, Martínez Sierra, Ohnet y no sé qué más.

TERESA.—Nosotras estamos leyendo "Las Desencantadas".

MARTA.—Sí, si la conozco, muy linda. Qué simpática Djenana.

MARCELA.—A nosotras nos gusta, porque se nos figura que somos como esas desencantadas.

MARTA.—Son ustedes muy románticas.

ISIDRO.—Lo que es en esto nosotros nos quedamos a la luna de Valencia.

MARTA.—Es que estas chiquillas son un torbellino de preguntas.

RITA.—Déjalas preguntar.

TERESA.—¿Y el paseo de la Plaza?

MARTA.—Siempre igual: la música, la gente que da vueltas, las señoras que miran, los muchachos que dicen pipos, las muchachas que coquetean... La salida de misa de los domingos, el corso, las kermesses, todo, igual.

ISIDRO.—Y aquí tu pueblo ¿cómo lo encuentras? ¿Te acordabas de él?

MARCELA.—Aquí sí que nada ha cambiado.

MARTA.—A decir verdad, no lo recordaba en detalles... Aquello era vago, confuso; las cartas de Rebeca me llevaban un recuerdo lejano. Yo guardaba una grata idea; ustedes no se imaginan lo contenta que estoy. Ayer tarde cuando venía en el coche y llegamos a la cumbre y divisé a lo lejos en el valle el montoncito de casas, y en medio la iglesia como una gallina rodeada de todos sus polluelos, reconocí la alameda, el río con sus sauzales, el cerro, el cementerio, el camino real, reconocí mi "pueblecito"; un olor a tomillo y

hierbabuena penetró hasta mis pulmones. Mi pueblo estaba allá lejos, pequeñito como un juguete, y toda mi infancia la vi reflejarse ante mi vista y sentí una alegría tan inmensa. . . ¡Allá está la casa de los abuelos, grité, allá está la casa! La había reconocido entre todas; esos eran sus árboles añosos y retorcidos; ahí estaba el corredor, y vi a mi madre y a los abuelos, y me ví chiquita jugando con Rebeca. . . Todo, todo lo ví en un instante y me sentí tan feliz, que lloré como estoy llorando ahora, como lloran los abuelos, como lloramos todos al vernos después de tantos años reunidos bajo el mismo techo.

RITA.—. . . ¡Mi chiquilla! (*Abrazándola*).

REBECA.—¡Martita!

ISIDRO.—Y yo que creí que no sabías llorar; se imagina uno que cuando los seres que se quieren se marchan, pierden los sentimientos y no sufren como nosotros.

RITA.—Ya no te irás más. No queremos que te vayas.

MARTA.—Pero ya estoy aquí. Cuando bajábamos la cuesta y nos íbamos acercando, los caballos corrían, pero yo deseaba que tuvieran alas. Todo está igual: en todas partes me siento vivir, pero chiquilla chica, con toda la ingenuidad y la alegría de aquellos años, me dan ganas de saltar y correr, y hasta siento miedo, ese miedo infantil, y quisiera como entonces no saber pensar en nada.

TERESA.—Debe ser muy hermoso volver.

MARTA.—Pero volver después de muchos años, cuando ya los recuerdos buenos y malos se han borrado de la imaginación, y entonces ir reconstruyendo nuestra vida sobre los viejos objetos que un día dejamos olvidados.

ISIDRO.—Volver a su pueblo, debe ser algo así como abrir el arca donde se guarda la fe de bautismo, los premios del colegio, los retratos de la amada y la guedejitas de cabellos de los hijos que se han muerto.

MARTA.—¡Oh!, pero yo he venido a entristecerlos; no, cerremos esta vieja arca y abramos otra nueva, donde iremos fervientemente depositando los despojos de las nuevas alegrías y penas.

REBECA.—(*A J. Antonio*). Mira que dice cosas hermosas, Martita, mira que sabe. ¡Si yo hubiera ido allá! ¿Te gusta?

TERESA.—Tú vas a hacer que terminemos por querer a este pueblo.

MARCELA. — Desde que has llegado nos sentimos otras.

MARTA.—Y no llorar más, los viejos, ¿eh? ¿A dónde nos va a llevar, Juan Antonio?

J. ANTONIO.—Donde ustedes manden.

MARTA.—Donde manda capitán, no manda marinero. Juan Antonio es capitán ahora y usted nos guía. ¿No es verdad, chiquillas?

TERESA.—Naturalmente.

MARTA.—¿Qué le parece, señor capitán, el ejército que le he formado?

J. ANTONIO.—¿Qué me ha de parecer!, nunca mejor.

MARTA.—Andando entonces. ¿A dónde nos lleva?

J. ANTONIO. — Iremos a "Las Pataguas" que está aquí cerquita.

ISIDRO.—Eso es, así llegarán a la hora de almorzar.

TERESA.—¿Y tú, Rebeca?

MARCELA.—¿Tú no piensas ir?

REBECA.—Yo, no, tengo que ayudar...

MARTA.—Entonces yo tampoco voy...

RITA.—Anda, niña.

REBECA.—Pero así... tan...

MARTA.—Así tan... toma, te pones mi velo. (*Le coloca el velo. Todos se ríen*).

RITA.—No, no, qué parece con su traza.

MARTA.—Vamos. Así no más, Rebeca, quién te va a criticar. (*Yendo a la puerta de la madrina*). ¡Madrina!

MERCEDES.—(*Adentro*). Ya voy, ya voy.

MARTA.—No venga, siga durmiendo, yo me voy de paseo. Buenas noches y que usted lo pase bien.

RITA.—Qué chiquilla ésta, qué chiquilla.

MARTA.—Hasta luego.

ISIDRO.—Y cuidado con las locuras.

TERESA.—Hasta luego, abuelo.

MARCELA.—Hasta luego, abuelita.

MARTA.—No se despidan tanto. Vamos... Ni que fuéramos en viaje al otro mundo; en estos pueblos se ven cada dos minutos y para despedirse emplean una hora. Adiós...

Adiós. (*Mutis foro. Marta, Teresa, Rebeca, Marcela y J. Antonio. Rita los acompaña a la puerta.*)

ISIDRO.—Qué chiquilla, igual a Enrique en lo loca.

RITA.—Es un encanto. ¡Adiós, adiós! . . . ¿Has visto qué diferencia con Rebeca? Tan despierta, tan viva, tan inteligente, tan cariñosa, tan señorita.

ISIDRO.—Qué quieres mujer, la ciudad, el trato con gentes; si Rebeca hubiese ido ya verías tú . . .

RITA.—Qué ocurrencia, si ésta es una pava.

MERCEDES.—(*Saliendo. Izquierda.*) Buenos días.

RITA.—¿Y cómo has amanecido?

MERCEDES.—Molidā, hijita, molida. No tengo hueso en su sitio. He pasado una noche de perros.

ISIDRO.—¡Válgame Dios! ¿Mala la cama tal vez?

MERCEDES.—No hijito. Si es que a mis años no estoy para estas aventuras, además, siempre se extraña la cama, mi camita . . .

RITA.—¿Si pudiéramos otro colchón?

MERCEDES.—No, sería lo mismo. No, si está dicho: yo ya chocheo. Admiro la salud de ustedes. Si no hubiese sido por traer a esta chiquilla que estaba tan paliducha y desganaada . . .

RITA.—¿Ha estado enferma?

MERCEDES.—No sabíamos lo que tenía. Moisés se llevaba con la cantilena: llévala donde un médico, y el médico recetaba reposo, distracciones; es anemia, decía; y la muchacha cada día más tristonaa. Estoy verdaderamente asombrada de ver el cambio.

RITA.—(*Sirviendo el té.*) Tú dirás la cantidad de leche que debo ponerte.

MERCEDES.—Basta, basta . . . que en seguida me vienen los dolores de estómago. ¡Ay!, hijita, estoy hecha un marracho. Emboticándome.

ISIDRO.—No hay como las yerbas para eso. Cuantuaú el compadre Diógenes estuvo con unas lipirias y sanó con . . .

RITA.—Pero eso no es lo que tiene Mercedes.

MERCEDES.—Yo no sé lo que tengo.

IGNACIA. — (*Llegando, foro.*) ¿Se puede? Buenos días.

MERCEDES.—¡Ignacia!

IGNACIA.—No te pares. ¿Cómo te va, niña? No qui-

se esperar la tarde para venir a verte. ¿Y cómo quedó mi hermano Moisés? ¿Cómo te va, Rita, cómo estás? Isidro, ¿cómo está?

ISIDRO.—Bien, para servirle.

RITA.—¿Cómo te va, Ignacia?

MERCEDES.—Bien, saludos les mandó, puede que venga, yo supe por las chiquillas que ustedes están bien.

IGNACIA.—Cuánto me alegro de tenerte por aquí. ¿Se quedan muchos días?

MERCEDES.—Quién sabe, depende...

RITA.—Con permiso de ustedes yo voy a mis quehaceres y ustedes dispensen, aquí queda Isidro haciendo los honores. (*Mutis Rita*).

MERCEDES.—Anda, niña, con confianza.

IGNACIA.—No tienes ni para qué pedir permiso. ¿Y qué te ha parecido el pueblo, cómo lo encuentras?

MERCEDES.—Muy agradable, muy bonito. El verano le hace mucho bien al campo.

IGNACIA.—Donde tú ves, niña, este pueblo está hecho una calamidad. Ya no se puede vivir aquí.

ISIDRO.—Dice mucha verdad misía Ignacia.

MERCEDES.—¿Y qué ha sucedido?

IGNACIA.—Que se ha metido una cantidad de gente que no deja vivir, y con quienes una no se puede rozar siquiera. Y a propósito, voy a ponerte en antecedentes para que no te sorprendan: si vienen a hacerte visita las Macaya, no se la devuelvas.

MERCEDES.—¿Pero quiénes son las Macaya?

IGNACIA.—Unas chinas, niña, unas rotas que se han venido acá al pueblo hace poco y quieren mezclarse con la gente; son sobrinas del boticario, de don Lepe que le dicen.

MERCEDES.—¿Pero qué han hecho?

IGNACIA.—Nos tienen envidia, nos alionan a las sirvientes y nos pelan a más y mejor porque no las recibimos. Aquí a la única gente que se puede tratar es a la familia del compadre, el alcalde, a la Eulalia y su hija, a Leonel, el comandante de policía, la madre del maestro de escuela, que es una santa, y nadie más. ¡Ah! al señor cura. Lo que son esas Macaya, el boticario y el civil ¡uff!... El boticario nos hace la guerra, porque fíjate que no es titulado y hasta se las da

de doctor, y tú comprendes que esa es una inmoralidad que no es tolerable. ¿Y sabes lo que ha echado a correr?

MERCEDES.—No se me ocurre.

IGNACIA.—Que yo tengo... (*Le habla al oído*).

MERCEDES.—¿Qué barbaridad!

IGNACIA.—¿Fíjate que son canallas! Y son de lo más entradoras, ligerito se van a venir a meter aquí. Supongo que no las admitirás.

MERCEDES.—Tú comprendes que yo estoy de paso, y no puedo entrar en interioridades.

IGNACIA.—Pero lo justo es que te vayas de parte de tus parientes.

MERCEDES.—¿Y qué es de la Filomena?

IGNACIA.—No digas, no hables, niña, ha sido la vergüenza de la familia; tomó la calle del medio; ha sido el escándalo de todo el pueblo, se juntó con las tales "Escobas".

MERCEDES.—¿Quiénes?

IGNACIA.—Unas niñas alegres. Y es una de las cosas que nos sacan. Hemos sufrido mucho.

ALCALDE.—(*Pasando a caballo frente a la puerta*). Miren dónde pillé a mi comadre comadreando.

ISIDRO.—El señor alcalde.

IGNACIA.—Así no más es, compadre, me pilló comadreando, pero pase un ratito.

ISIDRO.—Señor alcalde, pase un momento a esta su modesta casa.

ALCALDE.—¿Cómo va, Isidro?

ISIDRO.—Para servirle, mi señor.

IGNACIA.—¿Usted conoce a mi cuñada?

ALCALDE.—Como no, la esposa de Moisés, ¿cómo está usted, mi señora?

MERCEDES.—Muy bien, gracias.

ALCALDE.—Ya he visto a su sobrina, ha venido a poner en revolución el gallinero; todos los pijes andan sublevados.

IGNACIA.—Es un dije la chiquilla.

ALCALDE.—Y usted, Isidro, ¿qué dice de la cuestión aguas?

ISIDRO.—Ahí vamos pleiteando, mi señor; ahora faltan los testigos.

ALCALDE.—No se aflija, que yo le voy a mandar

unos testigos hartos buenos; no se aflija que yo le ayudo, Isidro; si falta plata, hable conmigo, la cuestión es embromar a esos bribones. El tal Lepe se va a acordar que con el alcalde no se juega.

ISIDRO.—Muchas gracias.

IGNACIA.—Aquí le estaba contando a la Mercedes... la vida que se pasa.

ALCALDE.—Hay mucha mala gente por acá, señora... Y ¿cómo ha encontrado el pueblo? Se progresa ¿ah?

MERCEDES.—Ya lo creo; ha adelantado mucho esto.

ALCALDE.—Pronto tendremos luz eléctrica; vamos a pavimentar la calle principal, ya está pavimentado todo el frente de la casa de mi comadre, el de la Alcaldía y el de mi casa. Este año voy a hacer cortar todos los sauces de la Avenida y voy a plantar eucaliptos.

MERCEDES.—Es tan bonito el sauzal.

ALCALDE.—Pero ya está viejo, señora, y molestan mucho las ramas. Hay que innovar, señora; hay que innovar.

UN CHICO.—(Llegando con una tarjeta). ¿La señora Mercedes vive aquí?

ISIDRO.—Sí, aquí. Dame... Para usted, Mercedes... (Le dan dos peras de la frutera al chico. Mutis de éste).

MERCEDES.—No tengo mis anteojos. (Leyendo a la distancia). "La familia Macaya saluda a usted y tendrá el gusto de pasar a visitarla esta tarde".

IGNACIA.—(Furibunda). ¡No ven! Qué decía yo... intrusas, metidas. Hazme el favor, Mercedes, de no recibirlas.

MERCEDES.—¿Pero cómo, hijita?

IGNACIA.—¿Qué le parece, compadre?

ALCALDE.—Hay que aplicarles un correctivo. Voy a hacer quitar el farol del frente de su casa.

IGNACIA.—Bien hecho. Y que el comandante pase parte, porque cantan en la noche y molestan al vecindario.

D. BASILIO.—(Llegando por foro). Santos y buenos días, mi señor don Lisandro.

ISIDRO.—¿Cómo va, Basilio?

ALCALDE.—(Aparte a las señoras). ¡Cuándo no tenía que llegar! Este es el secretario del cura; en todas partes anda husmeando para ir a contarle lo que pasa.

BASILIO.—(A Isidro). ¿Cómo han llegado los viajeros?

ALCALDE.—Háganlo entrar. Voy a hacerlo tirar piedras.

IGNACIA.—No sea así, compadre.

ALCALDE.—¡Hola, Basi! ¿Qué se murmura por ahí?

BASILIO.—¿Cómo está, mi señor alcalde? Pasaba por aquí y me detuve a preguntar por las viajeras. Je, je, je.

ALCALDE.—Voy a presentarle, misiá Mercedes, al célebre Basi.

BASILIO.—Je, je, je; este mi señor alcalde; estoy a sus órdenes, mi señora. Conocí mucho a su señor esposo.

MERCEDES.—Me alegro de conocerlo.

ALCALDE.—¿Y qué se cuenta por ahí, Basi? ¿Muchos velorios, muchos casorios y bautizos?

BASILIO.—Los casorios andan escasos, la gente está muy mala y perversa; ya no pasan por la iglesia.

IGNACIA.—Ni por el civil.

ALCALDE.—Señora Mercedes, donde usted lo ve, este es el hombre que hace pasar alegre la vida. Canta cuando nacen, cuando se casan y cuando se mueren.

BASILIO.—Así no más es, mi señora Mercedes. Ahora voy a enterrar a uno del Bajo que murió anteayer.

ALCALDE.—Bueno ¿y es cierto lo que andan diciendo?

BASILIO.—No he sabido nada, mi señor alcalde.

ALCALDE.—Dicen que tu mujer, la Jenara, no te quiere dejar ir más a los casorios porque vuelves medio "cufifo".

BASILIO.—Je, je. Las cosas del señor alcalde. Yo no bebo.

ALCALDE.—Cuando no te pasan trago. ¿Y las niñas no te gustan?

BASILIO.—Vaya, vaya por Dios, mi señor alcalde. Ya no estoy en edad. . .

ALCALDE.—¡A este niño se le va a pasar la edad! Bueno, y pasando a otra cosa, la afinada que le echó al piano ya no sirve.

BASILIO.—Es que está tan malazo.

ALCALDE.—Para eso lo llamé a Ud., para que le quitara lo malazo.

BASILIO.—Voy de nuevo, pues, mi señor Alcalde.

ALCALDE.—Pero lo embromado es que siempre llega a la hora de once, y usted come como un sabañón. ¡Ja. . . ja, ja!

IGNACIA.—Y al pobre señor cura tanto que lo moles-

tan, pero dígame don Basilio que no se preocupe. Imagínate niña que le han levantado una calumnia. Pero nosotras lo hemos de defender.

ALCALDE.—¡Calumnia! La verdad, y veremos quién vence.

BASILIO.—Calumnia, mi señor alcalde, y usted dispense.

IGNACIA.—Como son unos radicalotes, han dado en hablar mal del señor cura y el ama de llaves, una pobre mujer.

ALCALDE.—Pobre mujer, sí como no. ¿Y por qué no la despide y así evita que lo pelen?

IGNACIA.—¿Y por qué ha de despedirla? ¡Vaya! Para darle gusto a ustedes. Hace bien en no admitir que lo atropellen. Malas lenguas.

ALCALDE.—Es que el cura se hace el lesito.

IGNACIA.—Calle, compadre.

BASILIO.—El señor cura párroco es un santo, mi señor.

ALCALDE.—Para qué discutir, ya se verá. Pasando a otra cosa, aprovecho la oportunidad, señora Mercedes, para pedirle el concurso de su sobrina, he sabido que declama y canta, y como nosotros estamos organizando una fiesta, sería de sensación que ella tomase parte.

MERCEDES.—Si ella no sabe, lo hace de afición.

ALCALDE.—No me diga, si ella misma lo ha dicho; además es fiesta de beneficio público; se trata de construir una plaza en este pueblo, cosa que tanto se necesita.

IGNACIA.—¿Y cuándo será esa fiesta?

MERCEDES.—Falta que estemos acá para esa fecha.

ALCALDE.—El sábado veinte.

BASILIO.—¡Cómo, mi señor alcalde, la inauguración del nuevo órgano va a ser el domingo veintiuno!

ALCALDE.—¿Y qué hay con eso?

BASILIO.—Que nos van a deslucir la fiesta. Además la gente se va a levantar tarde y no va a asistir.

ALCALDE.—Eso querrá decir que la gente está poco devota.

BASILIO.—Es que podrían aplazarla y no perjudicarnos.

ALCALDE.—No sea ingenuo, don Basí, es un acuerdo de la Alcaldía en sesión solemne.

BASILIO.—Nos van a aguar la fiesta, ¿no le parece, mi señora? Yo hablaré con las niñas.

ALCALDE.—Se guardará muy bien de hacerlo; eso sería introducir la discordia.

BASILIO.—Vaya, vaya, mi señor alcalde, qué barbaridad.

ALCALDE.—Y me voy que ya es tarde. ¿Se va usted, Basi? Lo llevo en ancas.

BASILIO.—Sí, también me voy. Vaya, adiosito; gusto en conocerla mi señora. Hasta luego, mi señora doña Ignacia, hasta más ver, Isidro. Vaya, vaya, nos ha agüado la fiesta.

MERCEDES.—Hasta luego.

IGNACIA.—Saludos a la Jenara.

BASILIO.—Gracias, mi señora Ignacia. (*Mutis foro*).

ALCALDE.—Viejo pelador, embustero, pillo... Lo eché antes porque se habría quedado pelándome. Se va echando chispas.

MERCEDES.—¿Y es verdad eso de la fiesta?

ALCALDE.—Claro que sí, señora. Van a rabiar.

MERCEDES.—Qué maldad.

IGNACIA.—No saben más que hacer bellacadas al pobre señor cura.

ISIDRO.—(*Yendo al foro*). Ya vienen los niños.

ALCALDE.—(*Yendo al foro*). Psch... La "parvá". Miren, Lorenzo y Manuel Jesús. Psch...

IGNACIA.—(*Yendo a la puerta*). Apúrense, niñitas, que las estoy esperando, ya es hora de almuerzo.

TERESA.—(*Llegando con Lorenzo, Marcela, Rebeca, Manuel Jesús, Marta y Juan Antonio*). Buenas tardes, ¡qué calor!

MARCELA.—¿Usted aquí, mamá?

IGNACIA.—¿Te parece mal? Porque si te parece mal me voy.

MARCELA.—Lo graciosa que está.

LORENZO.—Buenas tardes.

MARTA.—Esperarse que los voy a presentar.

ISIDRO.—Apúrate, Rebeca, anda a ayudarle a la Rita.

MERCEDES.—¿Cómo les ha ido?

REBECA.—Muy bien. (*Mutis izquierda*).

MARTA.—Madrina, tengo el gusto de presentarle a Lorenzo no se qué, a Manuel Jesús no sé cuánto...

MERCEDES.—¡Pero, niña! Señores, cuánto gusto.

ALCALDE.—¿Y ustedes, cómo dieron con las niñas?

LORENZO.—Cosas de la edad.

M. JESUS.—Es que tenemos buen olfato.

MARCELA.—Nos hemos divertido muchísimo. Y hemos andado . . . ¡Puff! . . . La Marta y Juan Antonio se han trepado hasta en los árboles.

J. ANTONIO.—Yo porque no se fuera a caer.

MARTA.—Les contaré; Juan Antonio es un poeta enamorado de la naturaleza; si oyeran las descripciones que ha hecho. Es un compañero ideal.

M. JESUS.—A su lado no es gracia sentirse inspirado.

MARTA.—No pago los piropos. Se sabe el nombre de todos los árboles, de todas las yerbas, de . . .

J. ANTONIO. — El oficio y nada más; si no sabe uno . . .

ALCALDE.—Total, que Juan Antonio ha sido el hombre de las circunstancias.

TERESA.—Ya lo creo; imagínense, que la Marta casi se cae al río.

MARCELA.—Qué susto pasamos.

MARTA.—He aquí a mi salvador. (*Por J. Antonio*).

MERCEDES.—Ya has estado haciendo locuras.

MARTA.—Fué una casualidad, madrina; me resbalé en una piedra, pero Juan Antonio, alcanzó a tomarme de la cintura.

LORENZO.—Es un "gallo" este Juan Antonio.

MARTA.—¿Envidia o caridad?

ALCALDE.—Envidia. Hasta yo la estoy sintiendo, si estoy ahí, se embroma el amigo Juan Antonio.

IGNACIA.—Miren qué viejo verde.

MARTA.—Tenemos proyectado varios paseos.

MARCELA.—Lorenzo tiene ofrecido caballos.

M. JESUS.—Yo también puedo facilitar dos.

TERESA.—Con eso hay bastantes; con tal de que sean mansos.

MARTA.—Juan Antonio nos va a llevar al sandial de su chacra.

ALCALDE.—Juan Antonio sigue siendo el hombre de las circunstancias.

MERCEDES.—Eso será si las mamás dan su permiso.

MARTA.—Y que lo darán, ¿no es verdad, misiá Ignacia.

IGNACIA.—Ya veremos.

LORENZO.—El amigo Juan Antonio se ha pescado firme de la Martita. (*Formando grupo con Teresa y Marcela*).

MARCELA.—Ella también le coquetea.

TERESA.—Se burla de él, lo hace por divertirse.

MARCELA.—El porrazo que se va a dar el pobre Juan Antonio.

TERESA.—La Rebeca no estaba de lo más contenta que digamos.

IGNACIA.—(*Otro grupo, Alcalde, Mercedes, Juan Antonio y Marta solos*). Si quiere nos vamos juntos, compadre.

ALCALDE.—(*Hablando con Isidro*). Es una yegua muy corredora.

IGNACIA.—¡¡Qué!!

ALCALDE.—Mañana se la mando.

IGNACIA.—¡Ah! Yo creía que me decía a mí... Y esta noche, Mercedes, quedamos en que se va comer con nosotros. No digas que no, porque es inútil.

MERCEDES.—Si es así...

IGNACIA.—Vamos andando, niñitas.

TERESA.—Vamos.

LORENZO.—Nosotros las acompañamos.

TERESA.—Si quiere se queda.

IGNACIA.—(*Aparte a Teresa*). Eres una mal educada.

TERESA.—(*Aparte a Ignacia*). Y si no me gusta...

IGNACIA.—(*Aparte a Teresa*). Calla. Hay modos. Ya hablaremos. (*A Lorenzo*). Véngase a almorzar con nosotros Lorenzo.

LORENZO.—Gracias, señora.

REBECA.—(*Entrando lateral derecha*). ¿Se van? ¿No quieren quedarse a almorzar?

IGNACIA.—Qué ocurrencia, este grimillón de gente. Ni malón.

REBECA.—Qué importa... (*Mientras habla observa a Marta y Juan Antonio que charlan sin parar mientes en los demás*).

MARCELA.—Para otra vez será.

MARTA.—Hasta luego.

IGNACIA.—Salgan, demonios. No concluyen nunca de hablar.

TODOS.—Vamos, vamos.

ALCALDE.—(A Mercedes). A sus órdenes para lo que guste mandar en la Alcaldía.

MERCEDES.—Gracias.

ALCALDE.—Lo felicito, amigo Juan Antonio.

J. ANTONIO.—¿Por qué me lo dice?

ALCALDE.—Usted me entiende, amigo; lo felicito. (Mutis, Alcalde, Marcela, Teresa, Ignacia, Lorenzo y Manuel Jesús).

ISIDRO.—Se vuelve joven uno, viendo tanto chiquillo. ¿Está el almuerzo, Rebeca?...

REBECA.—Sí abuelito.

MARTA.—Qué bien lo pasamos; y las chiquillas que decían que usted era tan hurraño. Me encanta conversar con usted por el cariño que le demuestra a su tierra.

J. ANTONIO.—¿Y cómo no he de tenerle cariño si cuesta tantos sudores y sacrificios? Y es que cuando chicos la miramos como madre que nos da la vida, y cuando guainas le abrimos los surcos como arañazos y le echamos la semilla que crece grande; se nos figura que es la mujer a quien queremos, la mujer que premia nuestro esfuerzo con su cariño y su fecundidad.

MARTA.—¿No ve; no digo yo que usted es poeta?

J. ANTONIO.—No se burle, soy un ignorante.

ISIDRO.—¡Ritaaa!... (Mutis derecha). ¿Ya estamos todos? ¿Almorzamos?

J. ANTONIO.—Me voy, me había distraído.

REBECA.—¿No te quedas a almorzar?

J. ANTONIO.—No puedo.

REBECA.—Hasta luego entonces. (Mutis por derecha).

MARTA.—Si lo hace por cumplido.

J. ANTONIO.—No, tengo que dar una vuelta a los trabajos, no he ido en toda la mañana.

MARTA.—Nosotras le hemos robado su tiempo.

J. ANTONIO.—De ningún modo es robo... Hasta luego. (Mercedes ronca en su silla).

MARTA.—Hasta luego. No se despida de la madrina, se ha quedado dormida. (Sale acompañándolo, se les oye reír. Rebeca llega trayendo la sopera humeante, va con cautela a

asomarse a la puerta y se queda mirándolos, luego se entra corriendo, tal vez ha visto que Marta vuelve).

MARTA.—(En la puerta). Hasta luego... Sin falta... eh?...

J. ANTONIO.—(Voz que se aleja). Hasta luego... sin falta. (Marta sonriendo le hace señas con la mano, mientras Rebeca la contempla con ansiedad).

TELON

## ACTO TERCERO

La misma decoración del anterior.

*Las dos de la tarde. En escena, sentados a la mesa, Isidro, Marta, Mercedes, Rita y Rebeca quitando el servicio de la mesa.*

MARTA.—Yo también ayudaré.

RITA.—No, mi hija, no te molestes, no es preciso.

MERCEDES.—Déjenla que trabaje un poco. (*Rebeca entra y sale llevando loza*).

ISIDRO.—No, que está de vacaciones.

MARTA.—Y vacaciones como creo no volveré a pasar. ¡Ah! les contaré que he hecho muy buenas migas con el señor cura y ya me tiene comprometida para cantar en la fiesta de San José.

RITA.—Me alegro.

MERCEDES.—No estés haciendo tantos proyectos porque ya va siendo tiempo de arreglar las maletas y marcharnos.

MARTA.—¡Ay! ¿Tan pronto?

MERCEDES.—Sí, tan pronto. Hace ya más de un mes que estamos aquí.

RITA.—Mercedes, no te la lleves todavía.

ISIDRO.—¿Qué apuro tienen en irse? A no ser que estén molestas.

MARTA.—¿Qué ocurrencia!

MERCEDES.—Eso no, pero tenemos que recordar que el pobre Moisés está solo en Santiago.

MARTA.—Pero el padrino no dice nada.

MERCEDES.—Que no diga nada, no es motivo para que abusemos.

RITA.—Fíjate, Rebeca, que ya se quieren ir.

REBECA.—(*Con desgano*). ¿Y por qué se van tan pronto tía?...

MERCEDES.—Es preciso, hijita. Apenas sea la inauguración del órgano nos vamos. Si no fuera que le hemos prometido al señor cura que ésta cantará ese día, me iba antes.

ISIDRO.—Pero podría dejar a la Martita unos días más.

RITA.—Cierto. (*Mutis Rita con loza*).

MERCEDES.—Yo me siento mal del reuma, y ella tiene que cuidarme.

MARTA.—No, si la tía se va, yo también. Pero volveremos, ¿no es verdad?

MERCEDES.—Si Moisés quiere venir.

RITA.—(*Entrando*). Isidro, allí está Juacho esperando para saber cuál es el potrero que hay que regar.

ISIDRO.—Bueno, voy. ¡Ay! que no se pueda pitar un cigarrillo tranquilo. Con permiso. . . (*Mutis derecha*).

MERCEDES.—¿Y a ti qué te pasa, Rebeca, que te veo tan triste?

MARTA.—Cierto, estás no sé cómo.

REBECA.—No, si no.

MERCEDES.—Hace días que te veo así, ¿estás enferma?

REBECA.—No tía, no tengo nada.

RITA.—Mañas que tiene ésta. Le da por temporadas, no le hagan caso.

MERCEDES.—Bueno. Yo voy a mi cuarto; cuando vayan al ensayo me avisas, Marta.

MARTA.—Bueno, madrina. Tienen que venirnos a buscar y tienen que llegar las primas todavía.

RITA.—¿Van muy adelantados esos ensayos?

MARTA.—Yo ya me sé mi parte.

RITA.—Ardo en deseos de oírte.

MARTA.—Se va a llevar un chasco. (*Mutis Rita*).  
Rebeca. . . ¿Qué tienes?

REBECA.—No, Martita, ¿no has oído?

MARTA.—No. A ti te sucede algo. Tú estás muy distinta de cuando llegué. ¿Estás disgustada conmigo?

REBECA.—No, qué idea.

MARTA.—¿Entonces? No me niegues, tú tienes algo, tú sufres.

REBECA.—Si no. . .

MARTA.—No ves, estás llorando. Cuéntame a mí, no

olvides que soy tu hermana. Pobre chiquilla, ¿qué te sucede? dí. ¿Te han dicho las primas algo que te moleste?

REBECA.—No, no es eso.

MARTA.—¿Y entonces?

REBECA.—Pero no te vayas a enojar...

MARTA.—Me pones en ascuas. ¿Qué?, dí...

REBECA.—Martita... Juan...

MARTA.—¿Juan... qué?

REBECA.—Juan Antonio ya no me quiere.

MARTA.—¿Han reñido?

REBECA.—No, pero ya no me quiere, ya ni me habla siquiera, ni me mira.

MARTA.—Ilusiones tuyas.

REBECA.—No. Juan Antonio es otro, yo sufro mucho, Martita, yo lo quiero.

MARTA.—Y él también.

REBECA.—Desde que tú llegaste...

MARTA.—¿Vaya, estás celosa?

REBECA.—Celosa, no, Martita, pero yo comprendo que él te quiere a ti.

MARTA.—¿Estás loca?

REBECA.—Sí, si te quiere. ¡No te enojés, ah!

MARTA.—Pero, Rebeca...

REBECA.—¿No te ha dicho nada? ¿No te ha hablado a ti?

MARTA.—¿Qué ocurrencia!

REBECA.—¿Verdad que no te ha dicho nada?

MARTA.—Pero no, por el contrario, siempre me habla de ti con mucho cariño.

REBECA.—Antes él venía todas las mañanas cuando yo iba a ordeñar las vacas, y conversaba conmigo, me ayudaba, y ahora ya no lo hace, Ahora no... ahora no, sólo conversa contigo... Dime Martita, tú... ¿tú lo quieres? ¡díme!

MARTA.—¿Yo?

REBECA.—Sí, tú, dime la verdad, si tú le quieres yo me conformo, yo no diré nada.

MARTA.—Hermana, ¿crees que?...

REBECA.—Es natural que yo, siendo como soy, una pobre rústica ignorante...

MARTA.—Calla...

REBECA.—Y tú una señorita . . . que se enamore de ti . . .

MARTA.—No, Rebeca, nunca he tenido ese mal pensamiento.

REBECA.—Si yo no te hago culpable, pero es que es natural que te quiera, eres bonita . . . eres . . .

MARTA.—Calla, no seas tonta.

REBECA.—Sí, si él te quiere.

MARTA.—Perdóname si yo he venido a turbar tu sosiego, puede que sea culpable, pero ha sido sin mala intención, puede que yo . . . la maldita coquetería de la ciudad ha llegado conmigo y yo involuntariamente . . . había tanta ingenuidad y sencillez en Juan Antonio, me gustaba embromar con él sin pensar que podía hacerte daño.

REBECA.—Pero no te enojas, Martita.

MARTA.—Yo le diré a Juan Antonio que hace mal.

REBECA.—No le digas nada, me despreciaría.

MARTA.—Qué niña eres. Yo dentro de unos cuantos días volveré a Santiago y todo tornará a lo de antes.

REBECA.—Qué buena eres, Martita. Pero no le digas que yo te he dicho. ¿No es verdad que él es muy bueno?

MARTA.—Sí, muy bueno.

REBECA.—Desde chicos nos queremos; íbamos juntos a la escuela, y las primeras palabras que aprendió a escribir fueron para mí, me las mandó escritas en una hoja de cuaderno, todavía las guardo. Mira, te voy a mostrar la carta. (*Mutis muy contenta*).

MARTA.—(*Pensativa*). Juan Antonio! . . .

REBECA.—(*Llegando con una cajita de té que es un relicario*). Mira, fíjate.

MARTA.—Qué divertido, ¿quién entiende estos garabatos? Si aquí hay mayúsculas y minúsculas revueltas.

REBECA.—Yo lo entiendo, dice: "Rebequita, yo la quiero mucho. Contésteme, Juan Antonio". Junto con la carta venía una granada.

MARTA.—Qué divertido. ¿También la guardas?

REBECA.—Me la comí escondida en la bodega. (*Ríen*).

MARTA.—¿Y eso?

REBECA.—Regalos que él me hacía; postales, monos de botica, flores que él me lanzaba por sobre la tapia . . .

RITA.—(*Adentro*). ¿Rebeca, niña! Ven un momento.

REBECA.—Voy, abuelita, voy.

MARTA.—Guarda guarda tu tesoro. (*Mutis Rebecca*). Amores... Juan Antonio... ¿Si yo le quiero?... No.

BASILIO.—(*Por foro*). Muy buenas tardes, mi señorita Marta.

MARTA.—Buenas tardes, me ha asustado.

BASILIO.—Vaya por Dios, usted perdone.

MARTA.—¿Ya viene a buscarnos?

BASILIO.—Sí, pues, mire. Si a las señoritas no les es molesto, para que hiciéramos un último ensayito.

MARTA.—Las chiquillas no han llegado, pero no deben tardar.

BASILIO.—Las esperamos un momentito, je... je...

MARTA.—Tome asiento.

BASILIO.—Vaya, vaya, gracias, mi señorita Marta. ¿Todos bien por acá? ¿Misiá Mercedes, misiá Ignacia, don?...

MARTA.—Todos bien, gracias.

BASILIO.—¡Vaya, vaya! (*Mira a todos lados como buscando algo*).

MARTA.—¿Qué busca usted, si no es indiscreción?

BASILIO.—Nada; creí encontrar aquí un ramo de clavos que estaban cortando esta mañana.

MARTA.—No serían para acá.

BASILIO.—Vaya, vaya, si eran para usted.

MARTA.—¿Y quién se lo dijo?

BASILIO.—Esas cosas se adivinan, je, je. ¿Sabe usted quién era?

MARTA.—No sé quién pueda ser.

BASILIO.—Vaya, vaya, se hace la lesita cuando en el pueblo no se habla de otra cosa.

MARTA.—Porque no tienen otra cosa que hacer.

BASILIO.—Vaya con mi señorita Marta cómo se ha incomodado.

MARTA.—No me da ni frío ni calor.

BASILIO.—Dígame, mi señorita, ¿quiere usted que alcance hasta donde mi compadre Floro?, tengo un encarguito de la Jenara, mientras llegan las señoritas.

MARTA.—Vaya, don Basilio.

BASILIO.—Es temprano todavía, je, je. Con su permiso. (*Mutis foro*).

RITA.—(*Entrando*). ¿Había alguien aquí? Me pareció oír...

MARTA.—Don Basilio que venía a buscarme.

RITA.—Bien decía yo.

MARTA.—Qué viejo más antipático y enredador.

RITA.—Es terrible y con esa carita de santurrón es el más hipócrita del pueblo. El es quien fabrica todos los chismes y los hace circular.

MARTA.—Tiene cara...

RITA.—¿No quieres comer nada, hijita?

MARTA.—Ni por broma, acabamos de almorzar.

RITA.—Es que se me figura que se quedan con hambre.

MARTA.—¡No por Dios! Si comemos como ogros.

RITA.—Tan exagerada esta chiquilla. (*Mutis*).

MARCELA.—(*Llegando con Teresa*). Otra vez atrasadas, Martita.

TERESA.—Buenas tardes.

MARTA.—Buenas tardes.

TERESA.—¿No ha venido aún don Basilio?

MARTA.—Sí, si vino, va a volver pronto. ¿Y qué han hecho para venir tan tarde?

TERESA.—¿Qué quieres que hagamos, Marta?

MARCELA.—Aburrirnos soberanamente.

TERESA.—Después de almuerzo yo dormí la siesta.

MARTA.—Les contaré que después de la fiesta me voy a Santiago.

MARCELA.—¡Qué lástima!

TERESA.—Feliz tú que vuelves allá.

MARTA.—Pues no saben ustedes. Sólo de pensar que tengo que regresar, me entristezco, vean lo que son los gustos.

TERESA.—(*Con malicia*). ¡Ah! Pero parece que el temperamento de acá te ha sentado muy bien.

MARTA.—Bromitas aparte. Me encanta esta vida porque es tan sencilla, tan sin complicaciones; aquí se vive en comunión con la Naturaleza y parece que ella diera a la gente una bondad saludable.

MARCELA.—Da gusto. Gente más chismosa y pelá'dora no se ha visto.

MARTA.—Exceso de buen humor; esos son juguetes, intrigas vulgares, mientras que allá es una vida azarosa de especulaciones; envidias y ambiciones; allí no se ve un rostro leal, la codicia brota de los ojos y se filtra por los labios, en los gestos, en los ademanes; los hombres delicados, cultos

y finos, son por lo general unos degenerados de la civilización y cuando se acercan a nosotros, si no los guía la lujuria es la ambición. Encuentran ustedes vulgares, tontos y viciosos a Lorenzo, Manuel Jesús y Juan Antonio, y es que no conocen a los otros, a los cultos, a los viciosos refinados, hombres degenerados por el aire asfixiante de la ciudad, cuyo organismo está debilitado y cuyos sentimientos se han perdido en la lucha desesperada por el mendrugo de pan. Mil y mil veces preferibles estos hombres toscos y vulgares porque no saben fingir, mil y mil veces estos hombres ignorantes porque no han aprendido nada, que hay muchos de los otros que son más ignorantes y más malos y que fingen saber.

MARCELA.—Tú exageras.

TERESA.—Pero es el caso que a nosotras nos han "civilizado" para ellos, y acá nos asfixiamos como "Las Desencantadas".

MARTA.—Ustedes se sienten las desencantadas de este pueblo y yo de la capital. Es la neurosis que invade a las avanzadas del progreso, o tal vez sea la sangre de mis padres y de mis abuelos, rústicos, ignorantes, que no supieron nunca más allá del límite de sus tierras, la que me atrae a este campo bendito de paz y sosiego.

MARCELA.—Tú has venido en la época hermosa, pero tú no conoces, o tal vez no recuerdas, las interminables yeladas de invierno cuando el cielo diluvia incansable.

MARTA.—No, si nuestro tedio, nuestro desencanto, nuestro cansancio de vivir, es el desencanto y cansancio de los "civilizados", es el deseo de lo desconocido que nos devora; los libros nos llevan por rutas ilusorias, y nos hacen vivir demasiado aprisa, vivimos anticipadamente; llegamos a la vejez siendo jóvenes, y nuestros débiles cuerpos no son capaces de arrastrarse con nuestra fantasía; y vemos nuestra vida que por más que corremos siempre se queda atrás de nosotros, porque es nuestra sombra; vivimos con el cerebro elevado al infinito y el corazón pegado a la tierra, de ahí nuestro desencanto. ¿Creen ustedes encontrar la felicidad y el amor allá? Yo creo encontrarlo aquí, otras se imaginarán hallarlo en cualquier otra parte, menos donde están... Y somos unas necias; la felicidad y el amor están en todas partes; flota en el aire junto a nuestras vidas, yo siento que me rodea, pero hay que saberlo esperar, hay que saberlo buscar, hay que saberlo encontrar.

TERESA.—Cierto que dicen que la felicidad y el amor son forasteros que llegan a alojarse en nuestros corazones sin dar aviso.

MARCELA.—Aquí en este pueblo ¿de quién podemos esperar ese amor y esa felicidad?

MARTA.—Caprichos. Siempre deseamos lo imposible, nunca sabemos lo que queremos. Los viejos mueren aguardando lo que no llegará jamás y los jóvenes viven desesperados. Felices los que viven con la vista agachada hacia la tierra, porque van deleitando sus ojos en el paisaje, porque un día han de llegar, sin saber que van a la línea donde se pierde el horizonte, y no sabrán que han llegado.

TERESA.—¡Jesús, que te remontas, hija!

MARCELA.—Piensa que es preciso una comprensión espiritual entre los que se aman.

MARTA.—El amor es un pobre ignorante y ciego que une seres sin conocer estados de almas ni cerebros. Se ama porque se ama, yo creo que la naturaleza da el amor y que el deber nuestro es elevar al ser amado a la altura de nuestros sentimientos.

TERESA.—¡Con qué fuego hablas, niña! ¡Parece que pensaras elevar a la altura de tus sentimientos a alguien!

MARTA.—¡Ah! tonta, todo se te vuelve chacota.

TERESA.—Tiene razón la Marta, será divertido, pero no sé... ahora no encuentro tan antipático a Lorenzo, será el trato, su constancia, su humildad, su vulgaridad, su sencillez, quizá su misma ignorancia, pero ahora...

MARCELA.—¿Lo quieres? dí con franqueza.

MARTA.—Eso. Ya ves, no nos burlamos, ni siquiera nos extraña.

TERESA.—Tanto como quererlo no, pero...

MARTA.—Pero llegarás a quererlo; y si tienes el talento de hacerte comprender y comprenderlo, serás feliz, no lo dudés.

MARCELA.—No se puede negar que Lorenzo tiene una buena defensora.

BASILIO.—(Llegando por foro). ¿Llegaron las señoritas?

MARTA.—Sí.

TERESA.—Esperándolo estamos.

BASILIO.—Vaya, vaya, las señoritas me perdonen.

MARCELA.—¿Vamos ya?

MARTA.—Voy a llamar a Rebeca: (*Yendo hacia la derecha*). Rebeca, ¿vamos a la iglesia a ensayar?

REBECA.—(*Entrando*). Yo no voy a ir hoy, Martita, porque tengo que ayudarle a la abuelita.

MARTA.—Don Basilio, la Rebeca le va a hacer falla hoy.

REBECA.—Mañana iré sin falta, don Basilio.

BASILIO.—Vaya, vaya, qué le hemos de hacer. Je, je...

MARTA.—(*En la puerta que da a la habitación de Mercedes*). Madrina, nos vamos.

MERCEDES.—(*Adentro*). Aguárdense, chiquillas, yo también quiero ir.

TERESA.—No, no, que no vaya.

MARCELA.—Así todos van a conocer el canto antes que lo cantemos.

MARTA.—No vaya, madrina, nadie quiere.

MERCEDES.—(*Saliendo*). ¿Conque no me quieren admitir, niñitas?

TERESA.—No, tía. después resulta que todo el mundo quiere entrar.

MERCEDES.—Bueno, está bien, váyanse.

MARTA.—Hasta luego, madrina. Hasta luego, Rebeca, apúrate en tus quehaceres para que salgamos después.

REBECA.—Bueno, Martita.

TERESA.—Hasta luego.

MARCELA.—Hasta luego.

MERCEDES.—Hasta luego.

REBECA.—Hasta luego. (*Mutis de Teresa, Marcela, Marta y Basilio*).

MERCEDES.—¿Crearás, chiquilla, que me recosté y me quedé profundamente dormida?

REBECA.—Es que a la hora del calor da sueño.

MERCEDES.—Me he puesto muy floja. ¿Pero estas chiquillas pensarán que me voy a quedar sin oír canto?...

REBECA.—Después no va a tener gracia; todos lo conocen.

MERCEDES.—No seas herejota, niña; ¿de cuándo acá los cantos religiosos tienen gracia?

REBECA.—Si yo no quise decir eso.

MERCEDES.—¿La Rita está ocupada?

REBECA.—Sí tía.

MERCEDES.—Bueno; dile que yo voy a buscar a la Ignacia, y que de ahí me voy a la iglesia a oír cantar.

REBECA.—Bueno, tía.

MERCEDES.—Hasta luego.

REBECA.—¿No lleva su quitasol?

MERCEDES.— Es verdad, dámelo. (*Rebeca corre a buscarlo*). Gracias. (*Vase. Rebeca entra y sale en sus quehaceres. Pausa*).

ISIDRO.— (*Llegando acompañado de Juan Antonio*). Entra no más, Juan Antonio; por ahí deben estar las chiquillas.

J. ANTONIO.—Gracias, don Isidro.

ISIDRO.—No te olvides de mandarme mañana la carreta para acarrear la cebá.

J. ANTONIO.—No; sin falta, don Isidro.

ISIDRO.—Si puedes enyugas al "Lipiria" y al "Conejo".

J. ANTONIO.—Bueno que le han gustado los buyecitos esos.

ISIDRO.—Es que son güenastos. (*Mutis Isidro*).

J. ANTONIO.—Buenas tardes, Rebeca.

REBECA.—Buenas tardes, Juan Antonio.

J. ANTONIO.—Fuimos con don Isidro a la chacra.

REBECA.—¿Sí? . . . (*Pausa*).

J. ANTONIO.—Dejó elegios unos melones. (*Pausa*).

REBECA.—Juan Antonio. . .

J. ANTONIO.—¿Qué?

REBECA.—Dime, Juan Antonio, ¿qué tienes conmigo?

J. ANTONIO.—¿Por qué me preguntai eso?

REBECA.—Bien lo sabes. Tú ya no eres el mismo de antes conmigo.

J. ANTONIO.—No, Rebeca; no.

REBECA.—Tú ya no me quieres, Juan Antonio.

J. ANTONIO.—Sí, si te quiero.

REBECA.—No, tú me mientes, pero no sabes hacerlo, te traicionas; dime ¿por qué no vienes ahora por las mañanas?

J. ANTONIO.—He estado ocupado estos días.

REBECA.—¿Y cómo antes tenías tiempo?

J. ANTONIO.—Sí, es que . . .

REBECA.—No, tú has cambiado . . . ¿Crees que no me

he dado cuenta? Desde que llegó la Marta tú ya fuiste un extraño para mí.

J. ANTONIO.—¿Yo?

REBECA.—Sí, tú. Te has vuelto un caballerito; ahora te da vergüenza acercarte a mí.

J. ANTONIO.—¡Rebeca!

REBECA.—Sí, huyes de mí y te sientes molesto cuando estoy a tu lado; en cambio, a Marta no la dejas ni a sol ni a sombra. Cuando ella habla, la miras embobado y con los ojos muy abiertos, como si te la quisieras tragar; y celebras todas sus bromas aunque se burle de ti, y la sigues a todas partes y estás pendiente de sus menores caprichos; y, por fin, como oíste hablar de gente elegante, echaste al trajín la ropa nueva, la de los domingos; ya no eres el campesino que quería a su Rebeca, hoy eres el señor Juan Antonio.

J. ANTONIO.—No es verdad.

REBECA.—Dicen que el viaje del otro día fué para mandarte a hacer un terno a la moda... ¿Para qué te avergüenzas?, dílo con franqueza, tú estás enamorado de Marta; me pasaría de ciega si no lo adivinara, si todo el mundo lo sabe.

J. ANTONIO.—No, no es verdad, mienten...

REBECA.—¿No es verdad? ¿Te atreverías a jurarlo?

J. ANTONIO.—Rebeca... déjame que te explique...  
¿A qué jurar?

REBECA.—Y yo que te creí, yo que he vivido confiada en que me querías, yo que guardaba como un tesoro el cariño mentiroso que me ofreciste, ¿dónde están nuestros proyectos? ¿Dónde están tus promesas? ¡Todos son iguales!

J. ANTONIO.—Si yo te quiero, Rebeca, es que tú no comprendes.

REBECA.—Sí, sí, comprendo demasiado; no agregues el embuste a tu actitud poco generosa, tu conciencia te dirá lo que has de hacer; prefiero que me digas la verdad. Yo he tenido la culpa de no haberlo visto antes. La Marta te ha trastornado el sentido y has olvidado que un día me juraste que me querías. Yo no te guardo rencor, más bien te compadezco, eres un desgraciado.

J. ANTONIO.—Esto que me dices con intención de herirme, tal vez sea la verdad; soy un desgraciado.

REBECA.—¿Cómo te imaginas que Marta puede quererte a ti, un campesino ignorante, viniendo ella de la ciudad

donde hay otros hombres que a ella le deben gustar más, porque están más a su altura?

J. ANTONIO.—Tal vez tengas razón.

REBECA.—¿Tal vez? ¿Crees acaso que la han instruído, la han hecho una señorita para dártela a ti? Eres demasiado ambicioso, Juan Antonio, coquetea con todos.

J. ANTONIO.—Rebeca, no seas así, no te burles.

REBECA.—Injusticia de la vida, me dices a mí que no me burle. ¿Por qué no se lo dices a ella, ella que te pone en ridículo, que te maneja como un monigote?

J. ANTONIO.—No, eso no, eso es falso. No te creía tan mala, Rebeca.

REBECA. — No soy mala, Juan Antonio, es que te quiero demasiado, es que sufro, Juan Antonio. Por el bien tuyo y mío, olvídala.

J. ANTONIO.—Rebeca, perdóname aunque mi falta no tenga perdón. Tú no sabes lo que he luchado y he sufrido tratando de retenerte junto a mí. Soy un canalla. Yo quiero a la Rebeca, me decía, y cerraba los ojos para verte; su imagen, la de ella, aparecía ante mi vista, y no puedo, Rebeca. Perdóname, la quiero; me ha "embrujaado". Ya mi alma no tiene sosiego. Comprendo que es ridícula mi pretensión, comprendo que este amor no puede ser. Veinte veces me he jurado, después de sus burlas, no volver a verla, y sin embargo llego aquí.

REBECA.—Pobre mi Juan Antonio, ella ha tenido la culpa.

J. ANTONIO.—No. He sido yo el cobarde. Ayúdame tú, Rebequita, tú que me quieres, ayúdame a librarme de ella, dile que no me mire más, que no me hable, que me odie, que me desprecie; yo quiero olvidarla para siempre, para siempre.

REBECA.—No te aflijas, Juan Antonio, yo te haré olvidarla, vuelve a mi cariño, yo sí que te quiero.

J. ANTONIO.—Es que estoy "embrujaado".

REBECA.—Rézale a la Virgen para que te ayude. Yo todos los días rezaré un rosario por tí... y por mí para que nos dé fuerzas para querernos.

MARCELA.—(Entrando, seguida de Teresa y Lorenzo). Vaya, está usted aquí, Juan Antonio.

J. ANTONIO.—Buenas tardes.

REBECA.—¿Ya terminó el ensayo?

TERESA.—Sí, hace rato.

REBECA.—¿Fué mi tía?

LORENZO.—Ahí viene...

MARCELA.—... Con mi mamá. Tuvieron que ir a escuchar. (*Entra Manuel Jesús y Marta. Teresa habla con Lorenzo*).

J. ANTONIO.—Yo me voy. (*A Rebeca*).

MARTA.—(*A Manuel Jesús que se le ha acercado*). Yo no lo sabía a usted tan alentadito.

M. JESUS.—¿Porque le pido que piense un poquito en mí?

MARTA.—Por eso y por todo lo que ha dicho.

M. JESUS.—¿Por qué no me da el gustazo de quererme?

MARTA.—Ja, ja, ja. (*Acercándose a Juan Antonio*). ¿Y por qué está tan tristón don Juan Antonio?

J. ANTONIO.—Lo mismo que siempre. (*Siguen hablando en grupos*).

MERCEDES.—(*Llegando con Ignacia*). Martita, arrímanos una silla que vengo rendida de cansada.

MARTA.—No ve, pues, ¿quién la mandó que fuera?

IGNACIA.—Ocurrencia ¡que no íbamos a ir!

MERCEDES.—Lo cierto es que no estoy para trajines, este malvado reuma...

IGNACIA.—Yo estoy poniéndome lo mismo, son los años. (*Siguen hablando*).

TERESA.—No, no. Lorenzo. no sea usted pillo, devuélvame mi clavel.

LORENZO.—Regálemelo, Teresita.

TERESA.—No. (*Juan Antonio conversa con Rebeca volviéndole la espalda a Marta, ésta, mientras charla con Manuel Jesús, lo mira de reojo*).

LORENZO.—Démelo, entonces. Se lo cambio por todo el jardín de mi casa.

TERESA.—(*Coqueta*). Es demasiado ofrecer.

LORENZO.—¡Es poco! Le ofrezco mi vida.

TERESA.—Gracias.

LORENZO.—¿Gracias sí, o gracias no?

TERESA.—No.

LORENZO.— No sea mala, Teresita, yo la quiero tanto.

TERESA.—Calle, que nos pueden oír...

LORENZO.—Que lo oiga el mundo entero, no he de negarlo.

TERESA.—Calle... (*Mirándolo a los ojos*).

LORENZO.—¿Mío?...

TERESA.—(*Poniéndole el dedo en los labios con intención*). ¡Calle!...

LORENZO.—(*Colocando el clavel en su ojal*). Qué buena es usted... Lo guardaré como una reliquia.

MARCELA.—(*Con Marta y Manuel Jesús formando otro grupo*). Mira, Marta, la que no lo quería.

MARTA.—¿No te decía yo que acabarían por entenderse?

MARCELA.—Tú has venido a volver al revés este pueblo.

M. JESUS.—Y a dislocar corazones.

MARTA.—Y sé también de otra parejita que voy a volver al revés. (*Mirando a Marcela y M. Jesús*).

MARCELA.—Eso no lo verán tus ojos.

M. JESUS.—Ni falta que hace.

MERCEDES.—(*A Rebeca*). ¿Y la Rita?

REBECA.—En la cocina debe estar, tía.

IGNACIA.— Dile que venga a vernos. (*Mutis Rebeca*).

MERCEDES.—La pobre se desvive por atendernos... ya le he dicho que no se preocupe tanto.

IGNACIA.—Y es tan buena cocinera, hace unos pica-rones...

RITA.—(*Llega secándose la transpiración con el delantal*). Perdonen la facha...

MERCEDES.—¿Hasta cuándo vas a ser porfiada, niña; mira cómo estás de acalorada!

RITA.—Para que se acuerden de mí cuando estén allá en Santiago. Acabamos de matar un lechoncito y estamos haciendo arrollado.

IGNACIA.—Con lo ricas que son las prietas.

RITA.—Parece que van a quedar bien buenas. Apenas esté le mando un poco para que nos dé su opinión.

IGNACIA.—Gracias, no lo decía para eso. Alabando tus manos estaba.

RITA.—¿Pero para qué están aquí con la calor que hace? Vayan a sentarse debajo del emparrado. Isidro les es-

tuvo preparando unos asientos, unas mesas, y hasta creo que les tiene sandías.

MARTA.—¡Bravo el abuelito!

TERESA.—Vamos allá, chiquillas.

IGNACIA.—Eso es y saquen a estas viejas.

MERCEDES.—Yo de buena gana no me movería.

IGNACIA.—No seas floja, niña, nos van a creer viejas. (*Al oído de Mercedes*). Vamos a cuidar a las chiquillas, hay que andar muy viva. ¿Vamos?

MERCEDES.—Vamos, todo sea por Dios. (*Se paran y salen*).

IGNACIA.—Y lleven la guitarra para que Martita les cante.

LORENZO.—Esa es una magnífica idea.

J. ANTONIO.—Yo me voy.

MARCELA.—¿Irse ahora? no; vamos a jugar juegos de prendas y nos faltan jóvenes.

J. ANTONIO.—Es que tengo que hacer...

TERESA.—Lo deja para otro momento.

M. JESUS.—Claro, hombre, hasta sería mala educación irse ahora.

J. ANTONIO.—No, no es posible...

LORENZO.—Andando, hombre. (*Lo empuja*). ¿Vamos, Teresita?

TERESA.—Vamos. (*Salen muy amigos*).

M. JESUS.—¿Dónde está la guitarra?

MARTA.—(*Yendo a buscarla a un rincón*). Aquí está. (*Al pasar al lado de J. Antonio*). Tengo que hablarle. (*Juan Antonio no se atreve a contestar*).

MARCELA.—¿Y tú no vas, Marta?

MARTA.—Vayan no más, las alcanzo.

MARCELA.—(*A Manuel Jesús*). ¿Se ha fijado en Juan Antonio?

M. JESUS.—Sí.

MARCELA.—Esto me huele a chamusquina.

M. JESUS.—Y a mí. (*Alto a Marta*). No demore, pues nos tiene que cantar; después de la Marcela le toca a usted.

MARCELA.—Sí, cómo no, apróntese por ahí, mientras, que voy a cantar.

M. JESUS.—¡Ah, no?

MARCELA.—No.

M. JESUS.—Ya veremos cuál gana. (*Mutis los dos*).

J. ANTONIO.—(*Pausa*). Aquí me tiene usted.

MARTA.—Juan Antonio, tengo que enojarme con usted, pero muy seriamente.

J. ANTONIO.—¿Conmigo?

MARTA.—Sí, y voy hablar sin rodeos; he notado que usted... Es mi deber de hermana mayor decírselo; yo sé que ella sufre, usted sin motivo justificado se ha alejado de ella hasta llegar casi a no hablarla. Ahora mismo, cuando llegamos noté en sus ojos huellas de lágrimas; eso es injusto, Juan Antonio; ella es mi hermana, es muy buena, y yo la quiero mucho; no la haga usted sufrir.

J. ANTONIO.—Tiene usted razón.

MARTA.—Yo sé que ella no le ha dado motivo ninguno para que usted tome esa actitud, no tiene razón para...

J. ANTONIO.—En estos casos no obra la razón.

MARTA.—Esas son niñerías, usted muy bien lo sabe, usted debe quererla.

J. ANTONIO.—No disimule usted, no me obligue usted a decir lo que no quiero.

MARTA.—¿A mí?

J. ANTONIO.—Yo vivía feliz y contento en mi rincón, pensando en mi trabajo, y ahora...

MARTA.—Concluya usted...

J. ANTONIO.—Lo demás usted lo sabe... Sí, Marta, es preciso que esto termine de una vez.

MARTA.—¡Ja, ja, ja! ¡Qué divertido es usted!

J. ANTONIO.—¿Usted cree? Marta, terminemos este juego de una vez... Usted me hace sufrir.

MARTA.—¡Ja, ja, ja! Qué gracioso con lo que sale.

J. ANTONIO.—(*Furioso*). No se ría usted, Marta, se lo suplico; basta ya de coqueterías, yo no soy uno de esos mocitos de la ciudad. ¡Yo soy un hombre, no se ría usted!

MARTA.—Yo no he querido ofenderlo, Juan Antonio.

J. ANTONIO.—Marta, yo la quiero.

MARTA.—¡Juan Antonio!

J. ANTONIO.—Sí.

MARTA.—¿Pero sabe usted lo que me dice? Esa es una locura...

J. ANTONIO.—Locura, sí. Tiene que ser muy grande mi pasión para afrontar su desprecio.

MARTA.—No, eso no; pero cómo me voy a imaginar que usted siendo el novio de mi hermana va a pensar en mí.

J. ANTONIO.—Marta, Marta, la quiero a usted.

MARTA.—¿Cómo sabe usted si yo allá en Santiago no tengo algún compromiso? Y después de todo no basta decir le quiero, falta que yo le quiera a Ud.

J. ANTONIO.—¿Y usted?...

MARTA.—Un buen amigo y nada más.

J. ANTONIO.—¿No me quiere?

MARTA.—No, Juan Antonio, ¿cree usted que por un momento, si yo hubiese sabido sus intenciones, lo habría admitido? Piense que esa habría sido una traición. ¡Pero qué cara más graciosa pone usted! ¡Ja, ja, ja!

J. ANTONIO.—No se ría Marta. Se ha burlado usted de mí. (*Da un palmetazo en la mesa*).

MARTA.—(*Atemorizada*). Yo no, Juan Antonio...

J. ANTONIO.—Sí, Marta; yo no quería ni siquiera acercarme a usted; tenía miedo, tuve el presentimiento y desde el primer instante traté de huir de usted. Porque su mirada me hacía daño; y usted me atrajo, entre burlas y risas se apoderó de mí y usted lo sabía, usted lo sabe que soy un esclavo, usted sabe que si me manda matar, mataré a otro hombre, sin el menor reparo.

MARTA.—¡Juan Antonio!

J. ANTONIO.—Sí, usted sabe que por usted yo ya no vivo, que no puedo vivir porque a todas horas pienso en usted. Me desgarran las entrañas con sus burlas, ante usted me siento cobarde y me dejo despedazar el corazón. Ahora si no me quiere es una mala mujer.

MARTA.—Juan Antonio, usted me ofende.

J. ANTONIO.—¡Una mala mujer, lo repito!

MARTA.—No, Juan Antonio, si yo no lo puedo querer; yo no me imaginé nunca, yo lo creí una broma, un pasatiempo inocente para ambos.

J. ANTONIO.—¡Pasatiempo!...

MARTA.—Olvídese de mí, reflexione. Rebeca lo sabrá querer, yo no.

J. ANTONIO.—Ya es tarde.

MARTA.—Mañana yo regreso a Santiago, no nos veremos más.

J. ANTONIO.—Eso nunca, jamás, imposible. Pensar Marta, que usted puede ser de otro, pensar que no he de volver a verla. ¿Sabe usted lo que es eso? No, nunca. Adonde vaya iré yo, seré su sombra. Separarme de usted, nunca, prefiero matarme, cometer el crimen más abominable. En fin... no sé, soy salvaje, me llevan los instintos. Yo la quiero, Marta, con todas las fuerzas de mi alma. La quiero, ¿me entiende usted? (*La coge de la mano*).

MARTA.—Suélteme, Juan Antonio, que me hace daño.

J. ANTONIO.—Perdone, Marta... Martita, yo la quiero... yo no sé decir cosas hermosas, la quiero por sobre todos los seres de la tierra, con odio, con amor, con furia... Dígame que me quiere... dígalo usted.

MARTA.—No, Juan Antonio, no puede ser, ¡qué pensaría Rebeca de mí!... Usted... yo...

J. ANTONIO.—Si ya no hay remedio, mi vida entera le pertenece, Martita... (*Rozándole el oído*).

MARTA.—No, Juan Antonio, no...

J. ANTONIO.—Mis tierras, todo lo que tengo y lo que quiera tener será suyo. Yo por usted trabajaré sin descanso, desde el alba hasta que se ponga el sol, yo aprenderé para no parecer ignorante ante sus ojos... yo...

MARTA.—¡Juan Antonio, Juan Antonio, por Dios!

J. ANTONIO.—Te quiero, Marta. Te quiero; dime que serás mía, Martita...

MARTA.—Juan Antonio.

J. ANTONIO.—(*Cogiéndola por la cintura y besándola*). Mía... Marta... Mi Martita.

MARTA.—¡Dios mío, Juan Antonio... No!...

J. ANTONIO.—Sí, mi Martita, te adoro.

MARTA.—(*Apoyada en el hombro de Juan Antonio, solloza*). Juan Antonio, Juan Antonio... La traición...

J. ANTONIO.—¡No nos separaremos nunca!

MARTA.—Te quiero, Juan Antonio. (*Se oyen voces que llaman*).

MARCELA.—(*Adentro*). ¡Martaaa!... ¡Juan Antoniooo!... ¡Rebecaaa!...

MARTA.—¡Oh, por Dios, qué locura!

LORENZO.—(*Adentro*). Vengan, que va a cantar la Marcela.

MARCELA.—(*Adentro*). No crean.

MARTA.—Vaya usted, ¡qué pensarán! . . . ¡Si hubieran venido!

J. ANTONIO.—¿Vendrás, Martita?

MARTA.—Sí. Juan Antonio. (*Mutis. Juan Antonio lentamente y mirándola*).

REBECA.—(*Entrando a dejar el servicio limpio*). ¿Qué tienes, Martita?

MARTA.—(*Abrazándola*). Rebeca, hermana, mía; perdóname . . . ¡Lo quiero! . . . ¡Lo quiero! . . .

REBECA.—¡Marta!

MARTA.—Soy una miserable. Lo quiero. Perdóname.

REBECA.—¿Le has dicho?

MARTA.—Sí. Lo quiero. Nadie me había hablado como él. Nadie. Yo creí que no podría nunca querer a nadie. Perdóname.

MERCEDES.—(*Adentro*). Marta, ven.

MARTA.—Dime, ¿qué quieres que haga? Yo te obedeceré . . . Hermanita . . . Mañana me iré y tú podrás reconquistar su cariño. Perdóname. (*Se oyen risas y aplausos, luego una voz. Alguien canta una tonada con acompañamiento de guitarra*).

REBECA.—¿El te quiere?

MARTA.—Sí, Rebeca. Perdóname. Soy la desencantada de la ciudad que ha venido a quitarte lo que creyó que nunca iba a encontrar. No soy mala. Perdón.

REBECA.—No llores; si era natural. Estaba de Dios que sucediera.

J. ANTONIO.—(*Llega a la puerta y se detiene al ver a Rebeca*). Dicen que vayan . . . que vayan, dicen. (*Pausa*). ¿Vamos, Marta? (*Marta mira a Rebeca, luego a Juan Antonio; vuelve a consultar con la vista a Rebeca sin atreverse a preguntar "¿vamos?"*). Marta lo mira largamente y se pone en pie sin articular palabra. Juan Antonio tras larga vacilación). ¿Y usted no va, Rebeca?

REBECA.—(*Sin mirarlo*). Yo me quedo. (*Mutis de Marta y Juan Antonio. Rebeca hace ademán de llamarlo y aun alcanza a decir*): ¡Juan! . . . (*Con desaliento coge una servilleta y comienza a repasar los platos*). Yo . . . me quedo . . . Yo . . . me quedo . . . (*Rompe a llorar*).

# “Cuando venga el Amor”

POEMA EN UN ACTO

*A la mujer que me obligó a  
hacer de mi amor, una comedia.*

Estrenada por la Compañía Española de Díaz-Perdiguero en el Teatro "La Comedia" de Santiago (Chile), el 20 de febrero de 1920 y en el Teatro Liceo de Buenos Aires, por la Compañía Argentina Camila Quiroga, el 28 de mayo de 1920.

## REPARTO

	EN SANTIAGO	EN BUENOS AIRES
Margot . . . . .	Sra. Mercedes Díaz	Sra. Carmen Casnel
Lolita . . . . .	" E. Silva	Sta. Gloria Ferrandiz
Ofelia . . . . .	" J. Ferrer	Sra. Elisa García
Nieve . . . . .	" A. López	" Delia Martínez
Carlota. . . . .	" F. Salvador	" Rosa Volpe
Adela . . . . .	" L. Bessé	" Angeles Mesa
María. . . . .	" Z. Queirolo	" Luisa Caviglia
Rafael. . . . .	Sr. A. Perdiguero	Sr. Alemany Villa
Gonzalo . . . . .	" C. Castilla	" Alfredo Carrizo
Armando . . . . .	" R. del Campo	" Juan Serantes

Epoca actual. Acto Unico

## ACTO UNICO

*En la terraza de un chalet. Muebles de mimbre. Al foro, un jardín lleno de flores y sol.*

*Derecha e izquierda, las del actor. En escena, Doña Ofelia y Mamá Nieves.*

OFELIA.—¡Válgame Dios! Quién se había de figurar que tan pronto iban a llevársela.

NIEVES.—Si parece mentira. Ayer no más se me figura que la vi con polleritas cortas. ¡Mí Margotita! Yo no sé qué empeño el de ustedes de hacerla casarse! ¿Pa qué?

OFELIA.—Bueno, bueno, vieja; basta ya de conversación; tú no pides nada por hablar. No pregunto tu opinión.

NIEVES.—Para algo he llegado a vieja; por algo me dicen "mamá Nieves". Por lo lindo que es él! Además, mi niña no lo quiere.

OFELIA.—Bueno, mamá Nieves, vaya usted y le dice a Pedro que apure el aseo del comedor.

NIEVES.—Se lo he dicho ya "la mar" de veces, pero no entiende; se lleva jugando con la Carmen.

OFELIA.—Tendré que ir yo para ponerlos al orden.

NIEVES.—Yo no le digo eso, aunque bueno sería que los "raspeará".

OFELIA.—Usted ya no sirve para nada, mamá Nieves; no sirve más que para criticar, rezongar y encontrar malo lo que hacemos nosotros.

NIEVES.—De puro mala dice usted eso; porque me ha agarrao mala voluntad. (*Lloriqueando*). Yo los he querido siempre, yo que soy pa ustedes...

OFELIA.—Te estás poniendo insufrible, Nieves; mira que ponerte a llorar.

GONZALO.—(*Entrando*). ¿Qué hay? ¿Qué tal? ¿No ha venido Rafael?

OFELIA.—Aun no.

GONZALO.—¿Y Margot?

OFELIA.—En su cuarto debe estar.

GONZALO.—¿Ya está todo listo? No sabe, Nieves, las ganas que tengo de ver cómo han quedado esas hojuelas, esos merengues. . . ¿Pero estás llorando, vieja? . . .

NIEVES.—Cómo no he de llorar, cuando ya en esta casa no me toman en cuenta, cuando dicen que ya no sirvo para nada.

GONZALO.—¡Ah! ¡Ya! La eterna cuestión. Has estado discutiendo.

OFELIA.—Sí. La señorita se opone a que Margot se case con Rafael.

NIEVES.—Claro, pues. Pa qué casan a la niña tan jovencita.

GONZALO.—¿Pero, no sabes vieja, que el amor no tiene edad?

NIEVES.—¿Y qué sabe de amor mi niña? ¿Qué sabe de amor, si es un angelito de Dios, mi niña?

GONZALO.—Buen angelito de Dios estás hecha tú.

OFELIA.—Ya estarán quemados los postres, y luego le echarás la culpa a Pedro y a la Carmen.

NIEVES.—Me voy, me voy. Lo que quieren es echarme, porque ya no soy nadie en esta casa. Ya me moriré, ya, y entonces dirán: "Pobre mamá Nieves; tan buena que era, tanto que nos quería y nosotros tan mal que la tratábamos".

GONZALO.—Ja! ja! ja!! Qué divertida eres, Nieves; estás hecha un mamarracho sentimental.

NIEVES.—Mamarracho! . . . Mamarracho! . . .

OFELIA.—Y de paso dile a Margot que estamos aquí en el hall.

NIEVES.—No le digo ná a nadie, yo . . . Mamarracho! . . . Hay otros mamarrachos y yo no digo nadita. (*Mutis*).

GONZALO.—¿Tú también estás triste, Ofelia?

OFELIA.—No. Sí. . . No sé. . . Cuando estoy sola, me pongo a construir vidas para estos chiquillos, y a ninguna me avengo. Los veo felices, desgraciados, ricos, pobres; me alegre y me da pena. Mira que es condición bien triste: los hijos cuando están grandes, cuando ya son los compañeros de nuestra vida, cuando los necesitamos, se echan en brazos de un extraño y se van. . .

GONZALO.—Me da risa oírte hablar de los hijos, como si los hubieras tenido alguna vez.

OFELIA.—Parece que tu tono irónico encierra la amargura de un reproche. Si no los tuve no fué mía la culpa, ni fué porque no los deseara.

GONZALO.—¿Me vas a echar la culpa a mí?

OFELIA.—¿La tendré yo, tal vez?

GONZALO.—¿Yo, entonces?

OFELIA.—¿Vamos a pelearnos?

GONZALO.—No estoy en vena; hoy quiero estar contento. Cuando peleo contigo lo hago por distraerme. Es tan monótona la vida de los viejos...

OFELIA.—Qué gracioso! Ha sido una suerte que Rafael quiera a nuestra Margot.

GONZALO.—Suerte y muy grande. A pesar de ser un muchacho Rafael, me lo imagino un mozo de mis tiempos; reflexivo, juicioso, trabajador; y los hombres de ahora son unos tarambanas.

MARGOT.—(*Llegando*). ¿Me llamabas, padrino?

GONZALO.—Sí, chiquilla.

OFELIA.—Ven aquí a estar con nosotros; necesitamos tenerte a nuestro lado en este día.

GONZALO.—Estás hecha una lindura con ese trajecito.

OFELIA.—Qué viejo más tonto. ¿No te das cuenta por qué está tan bonita? ¿No ves que ya no es la Margot que hacía maldades?

MARGOT.—¿No ve, tío, que soy la señorita seria que se ha peinado de moño, que viste de largo?

GONZALO.—¿Estás contenta?

MARGOT.—Sí, padrino, mucho. Ustedes son muy buenos. Nunca sabré agradecerles lo suficiente.

GONZALO.—Dentro de un momento más llegará tu futuro. Con permiso nuestro y delante de nosotros te besaré.

OFELIA.—¿Para qué le dices esas cosas a la niña?

GONZALO.—Pero si es la verdad. Ya dejarás de pertenecernos.

OFELIA.—Qué feliz habría estado mi hermana al ver a su hija Margot hecha toda una mujer.

GONZALO.—Oh! Estás con una mala sombra espantosa. Andás escudriñando en todos los rincones del corazón para encontrar la tristeza. No te apenes, chiquilla.

OFELIA.—Cómo quieres que no piense en ella, cuando Margot es su vivo retrato.

GONZALO.—Será este el primer acto formal de tu vida, Margot. Vas a entregar tu existencia y tu cariño a un hombre. Empiezas una jornada, por la que hay que deslizarse con mucho tino; has de ser muy juiciosa.

OFELIA.—Nosotros te hemos educado, preparándote para luchar en la vida, del mejor modo que hemos sabido hacerlo.

MARGOT.—Sí, tía. Nunca olvidaré los sacrificios que han hecho por mí. Los quiero mucho.

GONZALO.—Es preciso estar alegre, ahora. No sea cosa que vengas a manchar con lágrimas el vestido de prometida.

MARGOT.—Me entristece el pensar que he de dejarlos solos.

GONZALO.—No pienses en ello. Y tú, vieja, me vas a hacer el favor de no seguir con lloriqueos, ¿qué vas a dejar para el día de la boda?

VOCES DENTRO. — “Nosotros somos de la casa”.  
“Claro! sans facons”.

MARGOT.—Los primos que llegan! Voy a mi cuarto un momento.

OFELIA.—Pero no demores. (*Mutis Margot*). Está hecha una lindura esta chiquilla! (*Entran Carlota, Adela y Armando*).

GONZALO.—(*Yendo a recibirlos*). Adelante, mi querida Carlota! ¿Cómo estás tú?

CARLOTA.—¿Cómo estás, Gonzalo? Ofelia! (*Abrazos, saludos*).

ADELA.—¿Cómo estás, tío?

GONZALO.—Bien, chiquilla, bien. Pasen adelante!... Pasen y tomen asiento. Y tú, Armando, ¿qué cuentas de bueno? ¿Cómo van esos estudios?

ARMANDO.—Bien, muy bien.

CARLOTA.—No le hables de estudios a este flojo. Le ha dado por la malvada literatura.

GONZALO.—Es un adorno para su carrera.

ADELA.—Y Margot, ¿dónde está?

OFELIA.—No tardará en venir.

CARLOTA.—¿Nosotros hemos sido los primeros en llegar?

GONZALO.—Oh! No te preocupes, que no vendrán mu-

chos más. Hemos tratado de hacer una ceremonia de las más sencillas.

OFELIA.—Unos cuantos parientes y los amigos de más intimidad.

CARLOTA.—Qué hallazgo ha hecho Margot! Será muy feliz! Rafael es una excelente persona. No se encuentran dos como él.

ADELA.—Muy simpático.

OFELIA.—Tiene una buena posición; es un mozo serio y sosegado.

GONZALO.—Parece quererla mucho.

OFELIA.—Está enamorado. Haría el sacrificio más grande por complacerla.

ADELA.—Ella es tan simpática. Todo se lo merece.

CARLOTA.—Hemosa parejita. Son buenos mozos.

ARMANDO.—Ah! Con eso basta. Si son buenos mozos es obligatorio el que se quieran. Usted, señora (*a Ofelia*), siempre con el mismo tema: la felicidad consiste en ser buenos mozos y buenos. Se ven casos, mamá, en que no queriéndose, a pesar de ser muy buena y bonita ella, las lenguas dicen: qué mujer más mala! . . .

OFELIA.—Usted siempre yendo a buscar la excepción.

ARMANDO.—Si no fuera por todo el cariño que le tengo y el respeto que sus años me inspiran, me sonreiría. . . conque yo presento un caso excepcional, ¿eh?

GONZALO. — Ustedes, los que se las dan de sabios, de . . . ¿Cómo han dado en decir ahora? Ah! . . . de psicólogos, siempre adivinan en los corazones femeninos, sentimientos que nosotros, el vulgo, no alcanzamos a comprender.

ARMANDO.—No se enfade, tío. A los 18 años las mujeres quieren a cualquiera; sus corazones están vírgenes y ansiosos de amor, hay que interrogar al corazón y a la vida y ellas no lo han hecho nunca; no saben, ni ellas mismas podrían decir cuándo odian y cuándo aman. Por eso yo perdono a las mujeres que caen, porque han amado sin saberlo.

ADELA.—Miren al Cristo que viene aquí perdonando Magdalenas.

OFELIA. — Armando, no continúe en ese tono que pronto desbarra. Ya lo veo a usted ir a lo de siempre: el "amor libre".

CARLOTA.—Jesús, qué disparate!

ARMANDO.—Qué fama me están dando. (*Llegan Lolita y María*).

LOLITA.—Buenas tardes a la distinguida concurrencia.

MARIA.—Buenas tardes.

GONZALO.—Llegó la primavera. Hoy es día de alegría en esta casa y de sol en nuestros corazones.

LOLITA.—¿Poesía tenemos?

ARMANDO.—Y no miente la que lo dice. Poesía son ustedes, poesía hasta que el capullo estalle en vida; treinta años y el epílogo empieza. (*Lolita hace un desprecio a Armando*).

MARIA.—No esté usted hablando de cosas tristes; falta mucho para eso.

ARMANDO.—Nadie lo pone en duda.

OFELIA.—¿Cómo han quedado en tu casa?

MARIA.—Todos buenos, a excepción de Luchito que sigue con la gripe.

CARLOTA.—Qué niño más enfermizo!

LOLITA.—No saben el alegrón que tuve al llegar a esta casa tan silenciosa y triste por costumbre; y encontrarla llena de animación; los balcones y puertas abiertas de par en par tragando luz.

GONZALO.—Es que entre tanto pimpollo bullanguero, este caserón, de silencioso, hase tornado en una jaula donde por placer y por alegrar la vida cantan...

CARLOTA.—Calle usted, hombre de Dios, si aquí lo que se está llevando a escena es un cuento de Perrault: "La bella durmiente del bosque"!... La princesa encantada en su letargo, ensoñaba, llegó el príncipe y con su amor destruyó la magia del hechizo; que no hay magia más poderosa que el amor.

LOLITA.—¿Y dónde está la princesa del encantamiento? ¿Dónde el príncipe galán?

OFELIA.—La princesa en el jardín.

GONZALO.—El príncipe cabalgando en dirección al castillo; pronto sonará la bocina de los modernos "Pegasos" y vendrá el rendido galán a los pies de la amada venturosa.

LOLITA.—Bravo! Vamos a ver a la amada.

MARIA.—Sí, vamos a ver a Margot.

OFELIA.—¿Y nosotros pasemos al salón?

GONZALO.—Sí, pasemos. No tardarán en venir los demás invitados.

OFELIA.—Adelante, Carlota.

LOLITA.—Nosotras nos vamos a saludar a Margotita.

GONZALO.—Eso es, vayan. (*Lolita sigue haciendo respingos a Armando*).

ARMANDO.—Y cuidadito con pelarme.

ADELA.—Miren que pretensiones; ¡quién se va a ocupar de él! (*Mutis de Ofelia y Carlota*).

LOLITA.—¿No te digo yo, niña? Si todos los hombres son unos presuntuosos. (*Otro desprecio al interfecto*).

MARIA.—Se cree persona muy interesante. Psch! . . .

ARMANDO.—No es que crea eso; pero cuando dialogan las mujeres, por insignificante que sea el hombre, siempre es guiso para la salsa picante; porque esas boquitas han sido dibujadas para besar y para satirizar al prójimo masculino.

TODAS.—Ja! ja! ja!

GONZALO.—Vamos, Armando. Ríen porque les has adivinado la intención que llevaban.

LOLITA.—Sí, cómo no!

MARIA.—Ellos siempre tienen razón!

ARMANDO.—(*Haciendo el mutis con Gonzalo*). Y ustedes están muy felices de que sea así. (*Mutis los dos*).

LOLITA.—Me divierte Armando con sus teorías de hombre grave.

MARIA.—¿Te divierte, solamente?

LOLITA.—¿Tonta! ¡Bah! ¡Bien simpático que es!

ADELA.—¿Vamos? (*Cuando se dirigen al foro, aparece Margot*).

LOLITA.—Margot! Ibamos en tu busca.

MARIA.—Viva la novia!

TODAS.—¡Viva! . . . (*Aplausos. Se abrazan y besan*).

MARGOT.—No me acholen. Cuánto agradezco que hayan venido.

LOLITA.—¡Qué linda estás!

MARIA.—¡Qué bien te sienta el peinado alto!

ADELA.—Pareces todo una señora!

MARGOT.—No me lo digas, por Dios!

LOLITA.—¿Te da miedo?

MARGOT.—Sí; miedo de no poder ser más chiquilla.

MARIA.—Feliz tú, que te casas!

LOLITA.—Y tan simpático tu Rafael; te lo envidio.

MARGOT.—Te lo regalo.

LOLITA.—No me gustan las prendas ajenas; me lo quitarías en seguida, y habría de quedarme con el gusto en la boca.

MARIA.—¡Lola!

LOLITA.—Psch! ¿He dicho alguna inconveniencia?

MARGOT.—Vengan acá; cuéntenme sus flirts. (*Se sientan*).

ADELA.—¡Qué hemos de decir nosotras! Cuenta tú, que estás de novia. ¿Estás contenta?

MARGOT.—Sí.

LOLITA.—Oh! Por Dios, qué frío el sí. Yo en tu caso pronunciaría un sí, más lleno que una luna ídem.

MARGOT.—Qué quieres! A medida que se acerca el momento de decir el sí, éste se va debilitando. Cuando llegue el momento de decirlo ante el altar, no se me va a oír pronunciarlo.

MARIA.—¿Es que no quieres a Rafael?

MARGOT.—Sí, le quiero.

LOLITA.—Y entonces, pues, niña... no seas tonta! Un hombre como Rafael... Si fuera yo te aseguro...

MARIA.—Lola, vas a decir un disparate.

LOLITA.—Bueno, hermana: no lo diré, pero me quedo pensándolo.

MARGOT.—Qué chiquilla más tonta!

MARIA.—Cualquiera diría que está loca por casarse.

LOLITA.—Hay verdades grandes como una catedral, y esa que has dicho es una.

ADELA.—¡Quién nos hubiera dicho que tú serías la primera en casarte!

LOLITA.—Dios quiera que no sea la última!

MARGOT.—Si me lo hubiesen dicho no lo habría creído.

LOLITA.—Tú que no flirteabas, tú que no te atreías ni a mirar a un hombre porque les tenías miedo.

MARIA.—¿Miedo a los hombres o al amor?

LOLITA.—Al amor, porque a los hombres...

MARGOT.—Nunca se te quitará lo chacotera... ¿Y cómo va tu flirteo con Armando?

MARIA.—Están peleados, niña.

ADELA.—Siempre pasan lo mismo.

LOLITA.—Ah! No! Esta es la última, ¿sabes? Tu hermanito está hecho todo un antipático. Cree que me va a dominar pero se ha equivocado.

MARGOT.—¿Y por qué pelean?

LOLITA.—Porque es un celoso de siete suelas. Fíjate que enojarse porque flirteo ingenuamente con Canales.

ADELA.—Pero cómo se te ocurre que al otro le va a gustar, siendo su novia.

LOLITA.—Si no le gusta que se pele.

MARIA.—¿Y cuándo se casarán ustedes?

MARGOT.—Rafael quiere hacerlo a principios de Diciembre.

ADELA.—¿Y tú, qué dices?

MARGOT.—Lo que él... ¿Vamos al jardín? Los rosales están hechos una lindura.

ADELA.—Sí, vamos.

ARMANDO.—(Llegando). ¿Dan su permiso?

MARGOT.—Pase, Armando.

ARMANDO.—Le deseo a usted felicidad, Margot.

MARGOT.—Gracias.

LOLITA.—Antipático!

ARMANDO.—¿Me hablaba, Lolita?

LOLITA.—Ni he pensado!

ARMANDO.—Creí...

MARGOT.—Nosotras íbamos al jardín; si gusta acompañarnos...

ARMANDO.—Gracias.

LOLITA.—Gracias, no.

MARIA.—Niña!

ARMANDO.—Me quedo entonces.

ADELA.—No seas chinchosa, niña; déjalo que vaya.

LOLITA.—Por mí ya puede hacerlo; que no se prive. (Las muchachas se han alejado). No se vayan, no me dejen sola.

ARMANDO.—No se cita el caso de que me haya comido a nadie.

MARGOT.—Las conversaciones de enamorados no se deben escuchar; son como una confesión.

LOLITA.—Yo no me voy a confesar ni estoy enamorada.

ARMANDO.—No necesita declararlo; ya se sabe.

ADELA.—Sin quererlo quizá lo haga.

MARGOT.—Hasta luego. En los rosales nos encontramos.

LOLITA.—No; voy con ustedes. (*Mutis Margot, Adela y María*).

ARMANDO.—Le suplico que me escuche unos instantes.

LOLITA.—Le ruego a usted que sea breve.

ARMANDO.—¿Por qué eres así, Lolita? Me haces sufrir. . . Tú. . .

LOLITA.—Le advertiré, y perdone que le interrumpa el discursito que se traía preparado, que es inútil que se encamine usted por este terreno. Perderá su tiempo y lo que es más lastimoso, su brillante oratoria.

ARMANDO.—Lola!

LOLITA.—Sí, señor don Armando. Nosotras las mujeres tenemos voluntad propia; somos escasas, pero las hay. De tal modo, si no era más lo que deseaba decirme, creo que hemos terminado. Lamento mucho que usted sufra tanto; vea médico y póngase en cura. Buenas tardes.

ARMANDO.—Oye tú, ¿qué es eso de buenas tardes? ¿Crees que te he detenido para escuchar todo ese torrente de ironías y chistes al uno por mil?

LOLITA.—No tengo tanto talento como tú.

ARMANDO.—Ni falta que hace.

LOLITA.—¿Cómo sabes tú?

ARMANDO.—Lo sé.

LOLITA.—No lo sabes.

ARMANDO.—Te digo que lo sé.

LOLITA.—No lo sabes. Aquí son inútiles todas tus observaciones psicológicas con que "epatas" a las señoritas cursis.

ARMANDO.—Así caíste tú.

LOLITA.—Yo no he caído nunca, a Dios gracias.

ARMANDO.—Lo digo en sentido figurado.

LOLITA.—Ni en sentido figurado ni en ninguna forma. Y basta, señor, basta; déjeme usted en paz. Las rabietas me dan jaqueca, igual cosa las latas; además con tanto gesticular para hacerle comprender que me carga, se me van a

caer los polvos que a usted no le gusta que me ponga. Adiós.

ARMANDO.—Oye, Lolita; déjate de "poses"... No te olvides que nos conocemos. ¿Para qué reñimos cuando yo te quiero y tú me quieres?

LOLITA.—Se equivoca el flamante psicólogo.

ARMANDO.—No me equivoco.

LOLITA.—Sí, te equivocas; digo, se equivoca usted.

ARMANDO.—Yo te digo que no.

LOLITA.—(*Dando pataditas en el suelo*). Sí, sí, sí y sí. No me porfíe.

ARMANDO.—Vamos al grano: ¿Por qué te sentiste ofendida? Porque dije que haciendo psicología habría llegado a la conclusión de que eras coqueta, ambiciosa y...?

LOLITA.—Bueno, basta.

ARMANDO.—No lo diré más y asunto concluído.

LOLITA.—No quiero ni que me hables; te odio.

ARMANDO.—Yo te adoro.

LOLITA.—Embustero, charlatán.

ARMANDO.—No seas tontita, mi Lolo.

LOLITA.—No me mire tanto.

ARMANDO.—Necesito mirarte para vivir, necesito tu cariño, él es mi vida toda.

LOLITA.—Paliquero.

ARMANDO.—Bien sabes que no miento.

LOLITA.—Oye; te perdono con una condición.

ARMANDO.—Dila. ¿Cuál? La que tú impongas.

LOLITA.—No vuelvas más a hacer psicología en mí.

ARMANDO.—Concedido, mi Lolita. (*Intenta besarla*).

LOLITA.—No, no; si todavía está en castigo. Hasta dentro de una hora no me puede besar.

ARMANDO.—Bueno. (*La besa*).

LOLITA.—Traidor.

ARMANDO.—Te quiero.

LOLITA.—Y yo a ti, tonto.

ARMANDO.—Prométeme que no volverás a coquetear.

LOLITA.—Lo hacía sólo para hacer desesperar. ¡Con lo que yo te quiero! Pégame!

ARMANDO.—Tontuela!

LOLITA.—¿Vamos al jardín a coger rosas?

ARMANDO.—Vamos: a ver si me clavás alguna espina. Picarona! ¿No nos pelearemos más, no...?

LOLITA.—¿Pero tú no harás psicología en mí?

ARMANDO.—Ay! Si no fuera por el mucho carácter que tienen las mujeres... (*Mutis ambos, foro, riendo. Queda un momento sola la escena. Luego salen, por lateral, Rafael y Gonzalo*).

GONZALO.—Aquí, en el jardín están.

RAFAEL.—No se moleste, don Gonzalo.

GONZALO.—Bueno. Y no se olvide que los esperamos.

RAFAEL.—Descuide usted. (*Mutis Gonzalo, mismo lateral. Margot, viniendo del jardín con un gran bouquet de flores*).

MARGOT.—(*A las muchachas que han quedado lejos*). Voy a dejar estas flores aquí en el hall y vuelvo.

RAFAEL.—Margot!

MARGOT.—Rafael!

RAFAEL.—Sí, yo, tú Rafael. ¿Mucho he tardado? ¡Qué bonita vienes!

MARGOT.—Creí que llegarías antes.

RAFAEL.—No fué por falta de deseos por llegar a ti, que demoré: estos joyeros son tan informales que aun no habían terminado de grabar las argollas.

MARGOT.—¿No las has traído? (*Con alegría*).

RAFAEL.—¿Ocurrencia! No me moví de allí hasta que las hubieron entregado. ¿Hagamos un convenio? Tú me das una rosa y yo te pruebo el anillo.

MARGOT.—La rosa te la doy. Toma.

RAFAEL.—Gracias.

MARGOT.—No, el anillo no, que dicen que es de mal agüero.

RAFAEL.—¿Eres supersticiosa? ¡Son niñerías!

MARGOT.—No, por favor; guárdalas. (*Con cierta repugnancia*).

RAFAEL.—¿Y por qué? ¡Ah! Vamos!

MARGOT.—Cuando estén todos.

RAFAEL.—Tienes razón. No eres egoísta, quieres que todos disfruten por igual de la alegría de vernos felices.

MARGOT.—Sí, los buenos siempre sienten alegría cuando ven seres dichosos.

RAFAEL.—En un momento como este. ¿Has pensa-

do, Margot, lo que significa esta fórmula de apariencia tan trivial? Un anillo que se coloca en el dedo de cada uno de los novios y desde ese instante se pertenecen ante el mundo: porque, ¿no es verdad que ante sus propios corazones ya están unidos?

MARGOT.—Sí.

RAFAEL.—Dame un beso.

MARGOT.—No, Rafael, aguarda un poco; bien sabes que han de ser tuyos.

RAFAEL.—Pero si esto no se pide... ¡Soy un necio!

MARGOT.—¡Rafael! ¿Por qué me has besado?

RAFAEL.—Porque los hombres somos, en amor, glotonos como los chicos; sabemos que el dulce que formando castillos luce en el centro de la mesa, lo comeremos al postre, y, a pesar de eso, no resistimos a la tentación de probarlo con un dedo.

MARGOT.—Y, como los chicos, si no vigilara la criada, seguirían probando hasta despabilarlo; y eso no debe ser, Rafael.

RAFAEL.—¡Vaya! ¿Te has incomodado?

MARGOT.—Incomodarme, no; pero no me agrada que seas así.

RAFAEL.—¿Pero, no somos novios? ¿No nos hemos de casar dentro de poco?

MARGOT.—Mayor razón para aguardar.

RAFAEL.—¿No me quieres tú?

MARGOT.—Suprema sinrazón que invocan los hombres: “¿no me quieres?”—“Sí”—“Pues, entonces tengo derecho a relajar tu moral, a exigirte que accedas a todos mis caprichos”. En vez de enorgullecerte cuando mi honradez se defiende, te enfadas.

RAFAEL.—Margot, eres injusta: estás diciendo cosas que me hieren. Ha sido un beso el que te he dado, un beso pleno de castidad, limpio de todo mal pensamiento, y tú juzgas cual si fuese un aguijón venenoso el que te han clavado mis labios.

MARGOT.—Perdóname si te he hecho daño.

RAFAEL.—No me pidas perdón, con ello evitas demostrar inferioridad ante mí. Si te digo esto, no es con el propósito de regañarte, ni menos para que te excuses. Es una conversación, exponer ideas; así lograremos ponernos de

acuerdo para vivir nuestra vida. Si nosotros, que vamos a unirnos en tal forma, que estaremos a diario frente a frente, no nos confesamos nuestro modo de sentir y de pensar, no sé yo quiénes pueden hacerlo. Y ya que has tocado el punto sinceridad, quiero decirte hoy, Margot, hoy que se va a sellar nuestro pacto de unión, algo que me mortifica desde hace mucho tiempo, algo que no ha salido de mis labios... ¿por qué te diré?... ¿por respeto?... No; porque tú no me has dado la confianza suficiente para...

MARGOT.—Pero, escucha, Rafael; si me molestó que me besaras, fué porque... comprende... nuestra delicadeza de mujer; miramos al novio idealmente, y un beso dado así de sorpresa, nos roza la carne, y hay una repulsión involuntaria que nos hace pensar que el hombre existe bajo otro aspecto que el soñado; eso ha sido todo.

RAFAEL.—Ves, ves tú, esto que me has dicho viene a corroborar mi pensamiento. Un beso de amor, Margot, aunque sean los seres más abyectos los que lo dan lo reciben purificado, y tal vez sea ese el único instante en que se elevan sobre sí mismos. No puede haber repugnancia a la sinceridad del amor, la más grande verdad de la vida.

MARGOT.—Todos los besos son iguales.

RAFAEL.—¿Lo crees tú así? ¿Besarías tú a Armando igual que me besas a mí?

MARGOT.—Es muy diferente; aunque, si llegara el caso, tal vez sí.

RAFAEL.—O mientes, o no me quieres.

MARGOT.—¿Por qué?

RAFAEL.—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Besas a doña Ofelia de igual modo que a mí?

MARGOT.—Mi tía, es mi tía.

RAFAEL.—Sublime, poderosa e indiscutible razón de mujer: Falta sólo que me digas: "porque sí" y "porque no", y entonces te me presentarás con la vulgaridad aplastante de todas las mujeres.

MARGOT.—Natural; hay cosas a las cuales no se puede responder.

RAFAEL.—Dí mejor a las cuales no se quiere responder.

MARGOT.—Tienes razón; no se quiere responder.

RAFAEL.—¿Y por qué?

MARGOT.—Porque no.

RAFAEL.—¡Lo ves! Porque no.

MARGOT.—¿Y qué quieres que te conteste?

RAFAEL.—Quiero que discurras, que razones, que tengas la sinceridad de expresar lo que piensas. Esas respuestas se dejan para la gente que no tiene instrucción ni talento.

MARGOT.—Yo no los tengo.

RAFAEL.—¿Ves tú? Eso es lo que me exaspera; que me contestes una tontería que no piensas.

MARGOT.—Pero, ¿y si yo pienso así?

RAFAEL.—No, no es verdad. Lo que hay es que, por no darte la molestia de razonar, por cortar la discusión, contestas de ese modo.

MARGOT.—¿Y si lo comprendes, para qué insistes?

RAFAEL.—Esto es lo que ha amargado mi alegría de quererte, Margot; desde que nos hablamos por primera vez, tú siempre has rehuído sostener una conversación seria conmigo y hemos tenido que limitarnos a la vulgar charla de novios cursi; no te enfades, hemos conversado como me imagino que lo hará el portero con la criada.

MARGOT.—Debió agradarte esa charla, ya que la has renovado tantas veces.

RAFAEL.—Sé que te soy molesto en este instante, pero... mira... cada día que llegaba a ti, venía dispuesto a conversar mucho contigo, a hablar de cosas nuestras, a contarte mis aspiraciones, mis esperanzas; a saber qué opinión tenías de la vida; cómo juzgabas mis actos, los tuyos, los de los demás; a formar un plan para el futuro, a hablar de nuestro amor; y tú esquivaste siempre la respuesta. "Mañana será" me decía, y llegaba el mañana, y como ayer... Y vuelta a la lucha sin desanimarse; y he nos aquí llegados al momento de nuestra unión, cuando debiéramos estar compenetrados de nuestro sentir y somos dos extraños: Tú te sorprendes de que yo te bese; yo, sorprendido de que no te desbesar.

MARGOT.—No ha sido por maldad, Rafael. Si yo lo hubiese sabido... Creí que te bastaba con decirte que te quería.

RAFAEL.—Ha sido mi gran amor lo que me ha retenido junto a ti. Tu indiferencia, más bien dicho, tu frialdad me ha ido exaltando. Te he ido queriendo, no ya como a una mujer, sino como a una caprichosa muñequita. "Seré

dueño de ella", me he dicho, y, entonces, cuando nadie pueda sustraerla a mi atención, le hablaré, le iré extrayendo, a fuerza de mimos y de caricias, los secretos de su alma femenina, esos secretos que, unidos a los míos, formarán nuestra vida y serán la de nuestros hijos. Porque, ¿no es verdad que nuestro pensar y sentir serán uno solo?

MARGOT.—Sí, sí, bueno, pero no te acerques tanto.

RAFAEL.—¿Por qué no, Margot?

MARGOT.—¿No ves que puede pasar alguien; que pueden vernos?

RAFAEL.—Nada tendría de particular. ¿No somos novios?

MARGOT.—Pero no, tontito. Será muy natural y todo lo que quieras; pero no me gusta que nadie se entere.

RAFAEL.—Si no es un secreto.

MARGOT.—¿Te enojas por eso?

RAFAEL.—No me enojo, Margot, pero cuando tomas estas actitudes parece que se forma un hielo entre nosotros que corta nuestros pensamientos y nos separa momentáneamente.

MARGOT.—Eres muy caprichoso, Rafaelito.

RAFAEL.—Tengo un mal presentimiento.

MARGOT.—Pero no te pongas así. Mira, haz lo que quieras, acércate bien a mí; no quiero verte así.

RAFAEL.—Ahora no lo quiero yo.

MARGOT.—¿Lo ves como eres un caprichoso?

RAFAEL.—No; déjame, no me toques.

MARGOT.—Pero no te pongas así conmigo; después dices que soy yo la indiferente.

RAFAEL.—Tú juegas conmigo como si fuese un muñeco de serrín.

MARGOT.—Los muñecos de serrín no se taiman nunca.

RAFAEL.—Me haces sufrir.

MARGOT.—¿Qué malitos son todos los hombres! Son insaciables como los chicos.

RAFAEL.—Ellos lo hacen de golosos.

MARGOT.—Y ustedes también, y tú también.

RAFAEL.—Lo hago por adivinar si es verdad.

MARGOT.—¿Y has adivinado?

RAFAEL.—No lo sé, Margot. Créeme que cada vez que te beso, quedo palpando labio con labio, a ver si adivino la

magnitud e intención de tu cariño.

MARGOT.—¿Y no lo adivinas? ¿Dudas de mí?

RAFAEL.—Adivino algo que no es lo que busco. Por eso vuelvo a inquirir y te miro a los ojos, y me dicen lo mismo, y tus caricias.

MARGOT.—¿Qué te dicen? . . . ¿Por qué me miras así?

RAFAEL.—Me dicen que no me quieres; que no me has querido nunca.

MARGOT.—Me ofendes.

RAFAEL.—No es una ofensa la que te quiero hacer; es una pregunta.

MARGOT.—¿Qué deseas preguntar?

RAFAEL.—¿Me quieres?

MARGOT.—Sí.

RAFAEL.—¡Mientes!

MARGOT.—¡Rafael!

RAFAEL.—Sí, mientes, tú no me quieres.

MARGOT.—¡Estás loco!

RAFAEL.—No. Dí que no quieres a otro.

MARGOT.—Sí, a mi tía; a mi padrino.

RAFAEL.—No te burles. ¿Quieres a otro hombre que no sea yo?

MARGOT.—¿Me insultas? ¿Estás celoso? ¿Has visto algo en mí que no sea correcto?

RAFAEL.—No. No contestas lo que te pregunto. ¿Quieres a otro hombre?

MARGOT.—No.

RAFAEL.—¿Estás segura?

MARGOT.—Sí.

RAFAEL.—Júralo.

MARGOT.—Pero . . . Sí, lo juro. Nunca te he visto así.

RAFAEL.—No; tú no me quieres.

MARGOT.— ¡Pero por Dios! ¡Piensa lo que dices!

RAFAEL.—No sé cómo explicarme. Aguarda . . . Díme: ¿Cómo me quieres?

MARGOT.—No te comprendo.

RAFAEL.—¡Oh!

MARGOT.—¿Qué te sucede?

RAFAEL.—¿En qué forma me quieres? ¿Cómo sientes el amor?

MARGOT.—Como todo el mundo.

RAFAEL.—Esa no es una explicación. No te rías. Parece ridículo que un hombre le pregunte a una mujer que va a ser su esposa, cómo lo quiere; por eso muchos no se atreven a hacerlo. Pero yo quiero saber, es preciso que lo sepa. ¿Qué sientes tú por mí? Contesta.

MARGOT.—Yo no sé explicarte. Yo te quiero. Yo creo quererte. Tú muy bien sabes: yo he sido en esta casa, la reglona, no he conocido a otro hombre que a ti; yo te quiero, tú eres muy bueno conmigo, tú...

RAFAEL.—Eso no es amor.

MARGOT.—Yo te quiero, Rafael. ¿Cómo te quiero? no lo sé.

RAFAEL. — Perdona mis brusquedades. Mira: ¿Has pensado alguna vez que podrías amar a otro hombre más que a mí? (*Ella intenta replicar*). No me contestes todavía; reflexiona, piensa mucho, Margot, antes de responder. Mira que se juegan nuestras vidas; mira que después ya no podrás volver atrás.

MARGOT.—Yo no he querido nunca a nadie.

RAFAEL.—Pero se llega a amar en la vida, y entonces, si fueras mujer y quisieras a otro, yo te mataría, yo... Mira que es tu alma y tu cuerpo todo entero lo que entregas a mí. Dime: ¿sientes que yo te soy indispensable para vivir feliz? ¿Has pensado alguna vez, cuando estoy lejos, que me puede suceder alguna desgracia, y has sufrido? ¿Has sentido celos pensando que yo pudiera querer a otra mujer? ¿Te has mirado alguna vez al espejo y has llorado porque te encontraste fea y ridícula y podría no quererte? ¿Has pensado en la muerte, si yo te faltara? ¿Has tratado de adivinarme para hacerme feliz? ¿Has pensado con amor en unos hijos que serán tu orgullo y el mío? ¿Pero qué tienes? ¿Estás llorando?

MARGOT.—¡Perdón! Perdóname, Rafael.

RAFAEL.—Pero, ¿por qué?

MARGOT.—No te quiero como tú me dices. Yo creí que lo que sentía por ti era amor. Si el amor es como tú dices, yo no he querido nunca.

RAFAEL.—Mi Margot, mi pobre Margot, no llores.

MARGOT.—¡Perdón!

RAFAEL.—¿De qué he de perdonarte? Tú no tienes culpa.

MARGOT.—Escúchame. Tú has sido muy bueno conmigo, yo muy mala contigo, pero ha sido sin querer. No me guardes rencor.

RAFAEL.—Habla, mī Margot.

MARGOT.—Yo he vivido mimada, nada me faltó nunca, mis deseos se cumplían a la primera palabra que pronunciara. Los padrinos me quieren, pero no sé por qué no les tengo confianza como yo siento necesidad de tenerla en alguien; no he encontrado en ellos el cariño que buscaba. Querer a un hombre que se va a casar con nosotras, yo creí que eso era amor. Yo estaba sola, tú llegaste, era un amigo que me hablaba de afectos desconocidos, los padrinos me dijeron que debía quererte, que eras bueno, que eras un buen partido; yo lo encontré todo muy puesto en razón. Estaba contenta de sentir que me querías, que me llenabas de atenciones; a tu lado, no sé, me sentía algo así como defendida de la vida; te veía superior a mí, inteligente. Creí quererte, te he hecho daño, no soy mala.

RAFAEL.— No llores, Margot; no seas niña. Yo te quiero mucho siempre.

MARGOT.—Por eso te huía, por eso no quería conversarte. Nunca me había atrevido a preguntarle a mi corazón si era amor el mío; he sido cobarde. Temía que tus preguntas me obligaran a hacer luz de verdad en mi corazón y mi cerebro; temía quedarme sola. He sido egoísta. Yo esperaba quererte...

RAFAEL.—Pobre mi Margot! Yo te digo mi Margot porque ahora te siento más mía que nunca; ahora te quiero como un padre porque te he hecho nacer a la verdad de la vida. El dolor que me causa tu confesión lo traiciona la emoción con que te hablo; ha sido un desgarrón a mi alma, pero era más horrible la duda.

MARGOT.—Eres muy bueno, Rafael. Mereces que te quiera una mujer y yo no sé hacerlo. ¡No sabes cuánto sufro por eso!

RAFAEL.—No te aflijas por mí, mujercita, alma de pájaro vocinglero. Para ti también llegará el amor y entonces querrás como dices que yo merezco que me quieran. Yo te estoy agradecido del sacrificio que ibas a hacer de tu amor, en nombre del que yo siento por ti! Tal vez, cuando aquello hubiese sido irreparable, no habrías dejado de arrepentirte. Hemos estado al borde de un abismo.

MARGOT.—Te vas a ir y voy a quedarme sola nuevamente. No te vayas.

RAFAEL.—No seas loquita. A qué continuar juntos.

MARGOT.—Qué habrás pensado de mí, yo que me dejé besar tantas veces! Dime que no me despreciarás.

RAFAEL.—Lo que me diste no eran besos; eran solitudes de matrimonio. ¿Te ríes?

MARGOT.—Por no volver a llorar. ¿Me guardarás rencor?

RAFAEL.—No.

MARGOT.—¿Seremos buenos amigos, entonces?

RAFAEL.—Sí. Puede que llegue el amor, que sientas por mí la pasión, que por ser tan grande, es noble y perdona.

MARGOT.—Quisiera yo querer como tú dices.

RAFAEL.—¿Sabes que hemos olvidado que íbamos a ponernos las argollas? (*Hace ademán de marcharse*).

MARGOT.—Verdad. Todos estarán esperando que vayamos. Rafael... (*Mira a todos lados, presiente el ridículo, va a quedar sola*).

RAFAEL.—¿Qué?

MARGOT.—¡Te quiero! (*Se abraza de él*).

RAFAEL.—¿Mucho? (*Abrazándola suavemente*).

MARGOT.—Mucho. No me abandones. ¿Qué dirán!

RAFAEL.—No te preocupes del que dirán. Es el terror de todas las mujeres... Yo te defenderé de él. Tú te mostrarás muy enojada conmigo; una mujer te ha enviado unas cartas en que me acusa de canalla; estás ofendida y no me perdonas, y...

MARGOT.—¿Qué estás diciendo?

RAFAEL.—Que tú no me perdonas, y se aplaza la ceremonia.

MARGOT.—Siento vergüenza; me siento pequeña ante ti. ¿Qué bueno eres! Prométeme que no piensas mal de mí.

RAFAEL.—No. Tú no eres culpable. Es nuestra vida de salvajes civilizados, llena de leyes y convencionalismos la que nos obliga a proceder así. ¿Ves los animales? Ellos sólo buscan el amor; nosotros en cambio, buscamos las conveniencias. Afortunadamente la lucha por la vida no me absorbió hasta el punto de no dejarme escuchar la voz de mi

corazón. Yo no he venido en busca de esposa por combinación comercial ni por estabilizar mi situación; yo quería amor y llegué hasta el fondo de tu alma en busca de él. ¿Que no lo encontré?

MARGOT.—Eres muy bueno.

RAFAEL.—Algo de bondad y algo de egoísmo; salvándome, te salvé. Libre queda el corazón para amar a tu desconocido.

MARGOT.—Yo no amaré jamás.

RAFAEL.—No digas niñerías. Tú y todas piensan lo mismo, cuando van a venderse a un hombre que no quieren. No vuelvas a decirlo. Vas a querer mucho, sentirás una pasión muy grande que convulsionará tu vida, y entonces le encontrarás justificación a tu existir. A mí me queda un placer: no podrás ser dichosa sin recordar que, en parte, me lo debes a mí. Cuando beses a tu amor, a tu ideal, a tu quimera, mi sombra de bondad se interpondrá entre los labios que besas y los tuyos y en vez de ser un remordimiento culpable, será cariño y gratitud lo que sentirás por mí. Es mi consuelo.

MARGOT.—No, no quiero querer.

RAFAEL.—Si todas las mujeres no se sugestionaran con esas ideas, serían menos los matrimonios desgraciados. No sabes si mañana, o quizá esta misma tarde, tu corazón estará de rodillas adorándolo, a él, al desconocido, a un hombre que vendrá a ti y entrará en tu vida, cuando venga el amor.

MARGOT.—No, no. No sufras por mí, te lo ruego. No quiero querer a nadie.

RAFAEL.—Agradezco la delicadeza que tienes al tratar de atenuarme el dolor de perderte.

MARGOT.—No, Rafael.

RAFAEL.—Calla. Vienen los muchachos.

VOZ DE LOLITA.—Si no vamos a buscarlos no crean que vendrán.

RAFAEL.—Adopta una actitud de enojo.

MARGOT.—No.

RAFAEL.—Sí.

MARGOT.—No puedo, Rafael.

RAFAEL.—No llores.

MARGOT.—¿A dónde vas?

RAFAEL.—Es preciso que no me encuentren. A hablar con tus padrinos.

MARGOT.—¿Volverás?

RAFAEL.—¿Quién lo sabe!

MARGOT.—Perdón, Rafael. Te quiero.

RAFAEL.—Puede que algún día sea verdad. Adiós.

Margot. (*Mutis Rafael por lateral, Margot lo llama angustiada, luego con desaliento*).

MARGOT.—¿Rafael! ¡Rafael! No. Si no le quiero. Si no le quiero, para qué me engaño. ¡Pobre Rafael! (*Llegan por foro Lolita, María, Adela y Armando*).

LOLITA.—Creíamos que estabas con Rafael.

ADELA.—Nosotros sin querer venir por no interrumpirlos.

ARMANDO.—Buena plancha hemos hecho.

MARIA.—¿Estás triste?

MARGOT.—Triste, pero más contenta que nunca.

LOLITA.—Tú te has vuelto loca.

ARMANDO.—Si Lolita dice que está loca, signo es de cordura, Margot.

ADELA.—¿Por qué estás tan sola?

MARGOT.—Estoy aguardando a que venga el amor.

ADELA.—Qué tontería!

TODOS.—Ja! ja! ja!

LOLITA.—Chifladuras!

MARIA.—Romanticismo!

ARMANDO.—(*A Margot*). ¿Y Rafael?

MARGOT.—No le quiero.

MARIA.—¿Pero, te casas?

MARGOT.—Cuando venga el amor.

LOLITA.—Qué disparate!...

MARGOT.—(*Llora. Todos la rodean sorprendidos*). Cuando venga, el amor!...

TELON

Imp. "Cultura".—Stgo.

## INDICE

	Págs.
	<hr/>
La Serpiente . . . . .	5
Pueblecito . . . . .	67
Cuando venga el Amor . . . . .	129

\*\*\*\*\*  
**TEATRO SELECCIONADO DE ARMANDO MOOCK**

Creemos que los aficionados al teatro y lectores en general recibirán esta publicación con verdadero agrado, pues es tan alto el mérito literario y artístico de la labor realizada por nuestro compatriota, que ella ha traspasado las fronteras, y sus obras son solicitadas por las mejores compañías y recibidas con agrado y justicieros aplausos por todos los públicos de las naciones hispanoamericanas, incluso en la misma España.

**EL TEATRO SELECCIONADO DE ARMANDO MOOCK SE PUBLICARA EN DOCE HERMOSOS VOLUMENES**

Precio de cada tomo: \$ 5.—

Orden de publicación.

(Etapa comprendida entre los años 1916 a 1936)

**TOMO I.—LA SERPIENTE.—3 actos.**

**PUEBLECITO.—3 actos.**

**CUANDO VENGA EL AMOR.—1 acto.**

**TOMO II.—MUNDIAL PANTOMIM.—3 actos.**

**NATACHA.—3 actos.**

**SEÑORITA CHARLESTON.—2 actos.**

**TOMO III.—LA ARAÑA GRIS.—3 actos.**

**ALZAME EN TUS BRAZOS.—3 actos.**

**ISABEL SANDOVAL MODAS.—2 actos.**

**TOMO IV.—EL CASTIGO DE AMAR.—3 actos.**

**CANCION DE AMOR.—3 actos.**

**UN LOCO ESCRIBIO ESTE DRAMA o LA ODISEA DE MELITON LAMPROCLES.—2 actos.**

**TOMO V.—ESTOY SOLO Y LA QUIERO. — (La Pasión de Francois).—3 actos.**

**LA FIESTA DEL CORAZON.—3 actos.**

**PRIMER AMOR.—1 acto.**

**TOMO VI.—MONSIEUR FERDINAND PONTAC.—3 actos.**

**EL MIEDO DE LOS PINGUINOS.—(Miedo). — 3 actos.**

**LAS AMIGAS DE DON JUAN.—2 actos.**

\*\*\*\*\*



- TOMO VII.—LOS PERROS.—3 actos.**  
**LA ORACION DE LA TARDE.—2 actos.**  
**CASCABEL CASCABELITO.—2 actos.**
- TOMO VIII.—ASES Y DAMAS.—2 actos.** Colaboración T. Insausti.  
**SEÑOR, ¿QUIEN ES USTED...?—2 actos.** Colaboración T. Insausti.  
**INFIERNO GRANDE.—3 actos breves.** Colaboración T. Insausti.  
**LOS REOS SOMOS ASI.—2 actos.** Colaboración A. Berrutti.
- TOMO IX.—A LA GRAN TIJERA.—3 actos.**  
**LA LUNA EN EL POZO.—(MOCOSITA).—3 actos.**  
**YO NO SOY YO.—1 acto.**
- TOMO X.—DEL BRAZO Y POR LA CALLE.—3 actos.**  
**COCKTAIL.—(COLA DE GALLO).—3 actos.**  
**ERA UN MUCHACHO ALEGRE.—2 actos.**
- TOMO XI.—EL QUERER VIVIR.—3 actos.**  
**LOS SIUTICOS.—3 actos.**  
**EL DUELO DE LAS BARCAS.—2 actos.**  
**MARIA DE LAS CAMELIAS.—1 acto.**
- TOMO XII.—RIGOBERTO.—3 actos.**  
**EL PRINCIPE SOÑADO.—3 actos.**  
**EL MUNDO Y YO NO ESTAMOS DE ACUERDO.—2 actos.**  
**PEPITO Y JUANCITO.—1 acto.**

Precio de cada tomo: \$ 5.—

Se admiten suscripciones a seis y doce tomos a los siguientes precios:

Suscripción a 6 tomos.. . . . .	\$ 27.—
"    a 12    "    . . . . .	\$ 52.—

Las suscripciones deberán cancelarse por adelantado en giro postal o letra, a la orden de Librería "Cultura", Santiago.



*Impreso*  
*en los talleres de*  
*la Editorial "Cultura"*  
*Santiago de Chile*

# ' ' LA ESCENA ' '

(Continuación)

N.º 28	<b>El Cañonazo del Mediodía.</b> Sainete cómico en un acto, de Pedro J. Malbrán. . . . .	\$ 1.00
N.º 30	<b>A Toda Máquina.</b> Comedia cómica en tres actos y en prosa, original de Alejandro Flores. . . . .	1.50
N.º 31	<b>El Puñal del Roto.</b> Sainete en tres actos y en verso, original de Roberto López Meneses . . . .	1.00
N.º 32	<b>Monólogos cómicos,</b> interpretados por Jorge Quedo. . . . .	1.00
N.º 33	<b>El Lazo Trenzado.</b> Comedia dramática en dos actos, original de Matías Soto Aguilar (Primeros Premios en la Sociedad de Autores y Congreso Social Obrero) . . . . .	1.00
N.º 34	<b>Un embrollo en un segundo.</b> Comedia cómica en un acto, de Mariano Casanova Vicuña . . . . .	1.00
N.º 35	<b>Monólogos con Pimienta,</b> por Chalupa y Romanánjel . . . . .	1.00
N.º 36	<b>Choapino Criollo,</b> Poemas y monólogos del Chilote Campos . . . . .	1.50
N.º 37	<b>Salió de Farra Don Otto,</b> sainete en un acto, de Pedro J. Malbrán . . . . .	1.00
N.º 38	<b>El hombre que casi maté,</b> farsa periodística-policia, en un acto, de Pedro J. Malbrán. . . . .	1.00
N.º 39	<b>Un crimen en mi pueblo,</b> comedia policial, en un acto, original de Armando Mook. En este mismo volumen se incluye el monólogo <b>Güen dar que soy fatal,</b> escrito en chileno, por este mismo autor . . . . .	1.50
N.º 40	<b>Mi mujer es muy hombre,</b> comedia en un acto original de Gustavo Campaña G . . . . .	1.00
N.º 41	<b>Cómo se organiza una Velada Bufa o una Función Teatral de Aficionados,</b> además contiene un prólogo de la Fiesta, Canto a la Reina y dos comedias cortas por Gustavo Campaña. . . . .	1.50
N.º 42	<b>El Cancionero del Niño.</b> Comedia en un acto original de Armando Mook. . . . .	1.50
N.º 43	<b>Diga 33,</b> comedia cómica en un acto, original de Mariano Casanova Vicuña. . . . .	1.00
N.º 44	<b>Geografía, Historia y Anatomía.</b> Nuevas conferencias de un estudiante primario. Monólogos cómicos de Miguel Montero S. . . . .	1.00
N.º 45	<b>Monólogos y Tallas del Tony Chalupa y Romanánjel.</b> . . . . .	1.00
N.º 46	<b>El Gallo de la Pasión,</b> farsa cómica en dos actos, original de Pepe Rojas y Pepe Fernández. . . . .	1.50
N.º 47	<b>Les Llegó el Pan del Campo.</b> Comedia asainetada de Pepe Rojas y Pepe Fernández. . . . .	1.50



**Precio: \$ 5.00**

Moneda Chilena